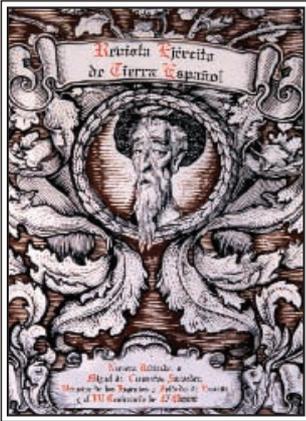




Revista Ejército
de Tierra Español

Numero Dedicado a
Miguel de Cervantes Saavedra,
Principe de los Ingenios y Soldado de España,
y al III Centenario de *El Quijote*

Índice



EDITA



MINISTERIO
DE DEFENSA

SECRETARÍA
GENERAL
TÉCNICA

DIRECCIÓN

Director

General de Brigada
José Ángel ARMADA de SARRÍA

Subdirector, Jefe de Colaboraciones y Administración

Coronel Javier CEDRÉS de la CALLE

Jefe de Ediciones

Coronel Eduardo ORTIZ de ZUGASTI AZNAR

CONSEJO DE REDACCIÓN

Coroneles

Meléndez Jiménez,
Ramírez Verdún, Lloret Gadea,
Arias Delgado y Torres Fernández.

Tenientes Coroneles

Alejandro Martínez, Arrabé Muñoz,
Fuente Cobo, Rey Arroyo y Granero Escudero.

Comandantes

Frías Sanchez, Bernal Martín y
Carbonel Navarro.

Suboficial Mayor

Illana Miralles

NIPO: 076-05-002-3 (Edición en papel)

NIPO: 076-05-072-6 (Edición en línea)

Depósito Legal: M. 1.633-1958

ISSN: 1696-7178

Correctora de Estilo:

Julia Fernández Fernández.

Servicio de Documentación:

Emilia Antúnez Monterrubio.

Corrector de Pruebas:

Teniente José Manuel Riveira Córdoba.

Diseño Gráfico y Maquetación:

Ignacio Moreno Piqueras,
Francisco J. Gallardo Gallardo y
Rubén Méndez Pérez .

Fotocomposición, Fotomecánica e Impresión

TALLERES DEL

CENTRO GEOGRÁFICO DEL EJÉRCITO

Promotor de Publicidad:

VÍA EXCLUSIVAS.SL

Albasanz, 14 Bis- 3ª Planta. 28037 Madrid

Teléf.: 91 448 76 22 / Fax: 91 446 02 14

Email: viaexclusivas@viaexclusivas.com

http://www.viaexclusivas.com

Fotografías: CEPUB y
Francisco J. Gallardo.

Presentación

JOSÉ ÁNGEL ARMADA DE SARRÍA.

General de Brigada. Infantería. DEM.



4

El Siglo de Oro, Cervantes y el Espíritu de la Milicia.

MARIO HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA.

Catedrático de Historia Contemporánea de América.



7

La idea sobre el hombre en *El Quijote*.

ÁNGEL SÁNCHEZ-PALENCIA MARTÍ.

Doctor en Filosofía.



11

Lepanto. La más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos.

FRANCISCO JAVIER GÓMEZ DÍEZ.

Doctor en Historia de América.



18

De cómo don Quijote estableció en su Discurso de las Armas y las Letras mandatos ordenancistas y principios doctrinales hogaño vigentes.

JUAN BAUTISTA GONZÁLEZ.

Coronel. Artillería. DEM



26

Génesis y difusión de *El Quijote*

JUSTO GARCÍA MORALES.

Sección de Cervantes de la Biblioteca Nacional.



35

Cervantes Militar

WALTER STARKIE.

Director del Instituto Británico de España .



45

Cervantes y el Oficio de la Sangre.

LUIS BERMÚDEZ DE CASTRO.

General de División. Director del Museo del Ejército.



50

NÚMERO DEDICADO A MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA,
PRÍNCIPE DE LOS INGENIOS Y SOLDADO DE ESPAÑA,
Y AL IV CENTENARIO DE *EL QUIJOTE*

Ejemplario.

EDUARDO MUNILLA GÓMEZ.
Comandante. Artillería.



El Alma española.

MIGUEL MARTÍN NARANJO.
Coronel de Estado Mayor.



Así murieron dos caballeros andantes.

MANUEL LAMATA DESBERTRAND.
Coronel Médico.



La profesión de las Armas en la obra cervantina.

JOSÉ JOAQUÍN ACUINAGA.
Comandante. Artillería



Las dos mitades de Miguel de Cervantes.

JOSÉ MANUEL MARTÍNEZ BANDE.
Capitán. Artillería



Las malaventuradas aventuras del Gran Luchador.

LUIS MARTÍNEZ KLEISSER.
De la Real Academia Española



La intención militar de *El Quijote*.

ÁNGEL GONZÁLEZ DE MENDOZA Y DORVIER.
Teniente Coronel de Estado Mayor



Presentación

■ ■ ■ JOSÉ ÁNGEL ARMADA DE SARRIÁ.
General de Brigada. Infantería. DEM.

Como es sabido, este año de 2005 se celebran los cuatrocientos años de la aparición en 1605 de la edición príncipe de la obra inmortal de Cervantes, *El ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha*. Como no podía ser de otra forma, *Ejército* se suma a esta conmemoración, que ha tenido gran repercusión en todas las esferas de la sociedad.

Si bien es verdad, como se ha escrito, que hay tantas lecturas legítimas de esta gran obra como lectores, para nosotros, militares, tiene una

especial connotación. Hace poco un premiado autor reflejaba en una entrevista su opinión de que «se escribe como se es». Según esta aseveración Cervantes escribe como es. Esto quiere decir que el alma de Cervantes queda reflejada en sus obras y entre ellas en la más insigne, en *El Quijote*. De esta forma conociendo y estudiando la personalidad del autor podemos desentrañar la esencia de la obra. Y de ahí viene nuestra especial atención. Porque Cervantes fue un soldado. Además de otras muchas cosas, sobre to-

▼ Cuadro de Moreno Carbonero



das ellas fue un soldado. Un soldado que vivió y sirvió en un siglo heroico para España, que vio y vivió cómo su Patria dominaba el mundo y que participó en el esfuerzo. Su vida militar, como soldado, se desarrolló en un ambiente idóneo para sublimar su oficio. Sirvió en los Tercios de Nápoles y Sicilia, las unidades señeras de la época, bajo las órdenes del más prestigioso caudillo, don Juan de Austria, y de carismáticos maestros de campo y capitanes. A la incomparable batalla de Lepanto, sumó su participación en otros combates como los de Navarino, Túnez, La Goleta y Corfú. Fue héroe en Lepanto donde recibió tres heridas graves; se recuperó en Mesina siendo visitado por el mismo don Juan y por don Álvaro de Bazán, y, para colmo, soportó cinco años de cautiverio en Argel donde, sin duda, le fueron muy útiles muchas de las virtudes militares que había vivido en los Tercios, como cuan-

do se responsabilizó ante sus carceleros de uno de los intentos de fuga que protagonizó.

Estas vivencias, que no olvidará nunca y que permanecerán siempre en el fondo de su obra, procuran una conjunción magnífica de las Armas y las Letras. Cervantes es un soldado que escribe, que siempre se enorgulleció de sus heridas y de su oficio de soldado. Perteneciente a una época en la que el sentido heroico informaba el tono general de la vida, sus páginas están llenas de temas relacionados con la milicia y en toda su obra se puede apreciar su espíritu militar.

Esta personalidad de Cervantes se volcó en sus escritos, sobre todo en su obra maestra, *El Quijote*. Tanto que muchos estudiosos opinan que a veces es imposible discernir quién es el creador y quién la criatura.

Lo que no cabe duda es que *El Quijote* es una obra maestra de la literatura occidental y la pri-



mera novela moderna. Su éxito fue inmediato a su publicación y en ese mismo año se hicieron siete ediciones distintas. El Romanticismo fue clave para su interpretación y, aunque la apoteosis de su éxito llega en el siglo XIX, el mayor entusiasmo lo demostraron los ingleses en el siglo XVIII. Como las grandes obras adquieren más mérito y solera con el paso del tiempo, *El Quijote* ha sido examinado y estudiado desde todos los puntos de vista. Así los más grandes pensadores —Unamuno, Ortega, Ramiro de Maeztu, etc.— y las grandes figuras de las letras —Menéndez Pelayo, Menéndez Pidal, etc.— han dedicado parte de su actividad a su estudio y se han hecho toda clase de investigaciones psicológicas y médicas sobre sus personajes.

Cervantes empezó a escribir *El Quijote* cuando estaba preso en la cárcel de Sevilla y su primera parte se publicó cuando tenía 58 años y la segunda diez años más tarde. Esto supone que a esa edad y con su experiencia vertió su madurez y pensamiento en su obra. La grandeza de su libro inmortal corresponde a la nobleza de su alma.

El Quijote ha quedado como símbolo de España y es un estudio psicológico de la complicada alma española, pero también tiene un ámbito universal, pues en cada hombre, no importa su raza, hay algo de Quijote, y está muy unido a la cosmovisión cristiana.

Nos interesa aquí resaltar dos facetas que se pueden percibir claramente en esta obra. Por

una parte el profundo y constante sentimiento por España, tanto es así que ya en el prólogo introduce el adjetivo emocional «nuestra España» que se repite en otras ocasiones y el mismo término *España* es citado cincuenta y nueve veces, treinta en la primera parte y veintinueve en la segunda. Por otra, en todo el libro se respira el espíritu militar de su autor, no solo en el llamado *Discurso de las Armas y las Letras*, donde el recuerdo de Lepanto es ineludible. Don Quijote expresa toda una visión completa de la personalidad del soldado. Así, sus virtudes son esencialmente militares. Nos dice cómo debe ser un Capitán, la importancia del prestigio del jefe, la necesidad de la economía de fuerzas, las virtudes del soldado español (brío, arrogancia, austeridad, valor, tenacidad, etc.) y hace un elogio a la disciplina, la obediencia y el valor.

Por todo ello, *Exército* no podía dejar pasar esta efeméride sin participar en ella. Y, además, esta no es la primera ocasión en la que participa sino que ya en 1947 dedicó un número extraordinario para recordar los cuatrocientos años del nacimiento del autor. En aquel número se publicaron artículos firmados por personalidades, todas ellas conocidas del lector, de tal categoría que prestigian nuestra revista y que aportan su valioso e intemporal punto de vista. Parte de ellos los reproducimos en este número extraordinario. En él, además, recogemos la inestimable colaboración de cuatro doctores universitarios

que añaden lustre actual a este homenaje al genial soldado. ■



El Siglo de Oro, Cervantes y el Espíritu de la Milicia

MARIO HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA.
Catedrático de Historia Contemporánea de América.

Hablar del «Siglo de Oro» tal como hacen los historiadores literarios, entendiéndolo como un periodo que se inicia con la extraordinaria obra del Bachiller Fernando de Rojas «La Celestina» (Burgos, 1499) y concluye con la muerte de Calderón de la Barca en 1681, resulta desorbitado y desproporcionado, hablando en términos de epocalidad temporal. Es imprescindible liberarse de tal desmesura, por mas que, en efecto, durante esos ciento ochenta y dos años se prodiguen —y nos asombre— las grandes creaciones españolas de Literatura, a cual más bella e importante. Debe tenerse en cuenta, por otra parte, que en el periodo indicado, existe una constelación verdaderamente esplendorosa de obras filosóficas, políticas, religiosas, antropológicas, históricas, además de las propiamente literarias. En esa diversidad existe un vínculo de gran originalidad y peculiaridad que podríamos llamar una mentalidad comunitaria que se aprecia de modo eminente en la organización de la convivencia, en el sentido de comunidad nacional y la apreciación de una identidad, casi siempre en función del Estado monárquico. Es evidente que tal riqueza estética, intelectual y de pensamiento, sólo fue posible que alcanzase un nivel de identidad a través de una conciencia política de integración que sólo pudo proporcionar la Corona, promotora de una profunda idea de unidad, muy próxima a lo que la Igle-

sia contribuye a tal ideal con la manifestación de una moral católica; ello en razón de un Estado que primero fue «nacional» y muy pronto hubo de alcanzar la condición de «universal».

Desde un punto de vista histórico, deslindar una época consiste en establecer fronteras culturales. Quizá entre las primeras manifestaciones del Humanismo español, tan profundamente estudiado por el profesor Luis Gil, y la tendencia hacia la ocultación de las formas, con el dramatismo con que lo hizo la cultura del Barroco. Esto acaso permitiría establecer una etapa cuyos límites pueden establecerse entre la Fundación de una sociedad nueva en América por España —con la creación de instituciones, ciudades, universidades, defensa, comercio, etc— entre 1530 y 1630. Entre el Humanismo y el Barroco pleno ¿podría llamarse a este siglo «Siglo del Quijote?». Así, al menos ha bautizado el gran historiador José María Jover Zamora, director de la «Historia de España Menéndez Pidal», editado por Espasa-Calpe, el tomo XXVI de dicha colección, añadiéndole la cronología específica de 1580-1680. Tal dimensión —y es de advertir las diferencias de espacialidad temporal que se advierte en los mas relevantes actos metodológicos respecto a la cuestión que nos ocupa— podría hacer pensar en una identificación según la cual la «Edad de Oro», se centra específicamente en





▲ Miguel de Cervantes

el siglo XVII. Resultan cargantes estas especificaciones intelectuales, pero ateniéndose a las más estrictas posiciones científicas, no hay más remedio que hacerlas para poder identificar experiencias que siempre, ineludiblemente, estarán condiciones por factores cosmológicos de espacio y antropológico-culturales de temporalidad.

De problemática del «Siglo de Oro», debemos plantear el tema central del «Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha» y a su autor, Don Miguel de Cervantes Saavedra, universalmente immortalizados en todas las lenguas del mundo, en múltiples ediciones acomodadas a todas las edades y todos los supuestos posibles de formación personal. Cervantes vivió en tiempos aparentemente decadentes en política y época doradas en literatura. Un tiempo que engloba —sea cual sea su dimensión temporal una considerable serie de obras escritas de alta calidad y también altamente encomiables en la exposición de una teoría política, que desde luego hace permisible hablar de una época áurea en el pensamiento de la modernidad, coincidente, por otra parte, con el impulso modélico que Cervantes dio a la novela como expresión específica de la época. En el año 1580, en virtud del principio genético dinásti-

co, el rey de España Felipe II incorporó Portugal a la Monarquía española que, en consecuencia, se convierte «de facto» en Universidad y no en «Imperio», como dicen sus detractores, promotores de la Leyenda Negra antiespañola.

Camoens en *Os Lusíadas* cantó el acrecentamiento del globo, así como las asombrosas hazañas de «as gentes fortes d'Esanha» realizadas desde 1479-1480 (Tratado de Acacovas-Toledo por españoles y portugueses. Resulta que el llamado «Siglo de Oro» se llena muy especialmente con la poesía dramática, aunque fue un escritor en llana prosa narrativa, Miguel de Cervantes, heroico soldado en Lepanto quien, prácticamente, ocupa todos los vientos universales con su genial «Quijote». La abundante novelística española se había dividido en especialidades muy características: novelas de caballería, noveles idílicas pastoriles; otros géneros, basados en la observación de la vida real de tendencia moralizante, como fue la formidable novela picaresca; se registra, también, la aparición de la novela fantástica.

Cervantes tomó algo de cada una de estas formas literarias y, añadiendo su propia inmensa genialidad, publicó, en dos partes, con algunos años de intervalo, su obra inmortal: «Don Quijote de la Mancha», un obra maestra de la literatura occidental, que se considera la primera novela moderna, de fama inigualable hasta alcanzar la condición y categoría de mito literario. Una profunda parábola de la vida humana de enorme e intemporal atractivo, sobre todo porque puede ser apreciada desde muy diferentes perspectivas, muy distintos enfoques, muy específicos niveles, en un choque permanente de riqueza consciente y real, de experimento vital directamente social, desbordado por un verdadero torrente escenográfico, episódico y discursos emanados directamente del inconsciente creador. Fue Don Miguel de Cervantes un eminente humanista y un heroico soldado que había vivido, visto, oído y meditado hasta alcanzar una considerable madurez, mediante su enorme agudeza de percepción. Todo cuanto había visto y vivido; pero cuando tomaba la pluma en su mano era capaz de expresarlo con la particularidad que, siendo formas de vida españolas, adquirían, a través de su genio narrativo un formidable sentido universal.

«Don Quijote» es, al mismo tiempo, narración cómica, novelística, fábula, parábola, girando to-



do en torno a dos maravillosos personajes: uno, alto, delgado, fantástico caballero que confundía los molinos de viento con gigantes enemigos y el otro, pequeño, realista y grosero campesino. Don Quijote está loco, vive en la irrealidad de las historias fantásticas, pero es cortés, gentil, valiente, sufrido, honesto, educado. Sancho Panza, solo piensa en comer, beber y disfrutar de una buena cama para descansar; se expresa a través de refranes campesinos, porque los campesinos, junto con los pastores, constituyen la fuerza de trabajo tradicional de la España de la época áurea. Sancho parece cuerdo, pero ¿qué ha ido a hacer tan lejos de su aldea y de su familia como escudero de un caballero loco? ¿Por qué entre dudas y quejas siguió fielmente a Don Quijote por el reino de la más elevada fantasía? Es que, sin comprenderlo, participa de aquel continuo soñar despierto del caballero, anhela su insula y se muestra absolutamente dispuesto a gobernarla con la aplicación de un sentido común y la esperanza de obtener máximos resultados políticos.

Cervantes participaba de una mentalidad de hidalgo orgulloso —aunque no soberbio— que, irónicamente, fue de aquellos tantos que en la España de esa época quedaron arruinados por la inflación originada, tal como ha sido estudiado por el historiador francés Pierre Chuanu (*Sevilla et l'Atlantique*), a consecuencia de la entrada de grandes contingentes de metales preciosos, producto del comercio con los territorios de la América española, que el mercantilismo hacía entrar en la rueda sin fin del lucro «ad infinitum», pese a los esfuerzos morales que, para limitar los productos a su justo precio, hicieron humanistas españoles como Tomás de Mercado o Martín de Azpilcueta. El mundo social arruinado por la inflación y los beneficios comerciales de los monopolizadores del comercio americano, los «cargadores» de Sevilla, se caracteriza —el propio Cervantes es

un ejemplo— por una lealtad inmovible al Rey, al Reino y a la firmeza de sus creencias católicas. Un auténtico espíritu militar, aplicado tanto a la defensa y expansión de España, cuanto a la defensa de los ideales religiosos, que de manera tan fuerte y sensible se expuso muy esencialmente en el carácter Contrarreformista de la

Compañía de Jesús, como en las líneas de la ascética y la mística de una Santa Teresa o en los admirables sentimientos religiosos, que hacen vibrar las fibras más sensibles, de la poesía de San Juan de la Cruz.

El espíritu militar se manifiesta, sobre todo, en San Ignacio de Loyola que, en su primera juventud se dedicó a la carrera de las armas, lo cual le mantuvo marcado durante toda su creación religiosa, la Compañía de Jesús. Herido en Pamplona durante un ataque del ejército francés de Francisco I, quedó maltrazo, recién cumplidos los treinta años, es decir, cuando ya se encuentra en plena madurez. Leyó y meditó largamente mientras curaba sus heridas, produciéndose en él una nueva luminosa actitud espiritual de renuncia a la guerra y a los placeres mundanos, para lo cual proyecta peregrinar a Tierra Santa. Pero hubo de detenerse en Calatufña. En Manresa, completa su formación religiosa, escribe sus «Ejercicios Espirituales», del cual dice el eminente historiador de la Iglesia, Joseph Lortz, que es el libro más importante del Catolicismo moderno. Estudia en las Universidades españolas —Barcelona, Alcalá de Henares, Salamanca— y en la de París, uniendo a su no extinto espíritu militar una profunda cultura humanística y teológica.

Su atractiva personalidad consigue convencer a muchas figuras relevantes y selectas y, en el año 1536, como una auténtica obra de madurez, crea la Compañía de Jesús, aprobada por el Papado en 1540, no sin vencer fuertes oposiciones.





▲ San Ignacio de Loyola

La Compañía de Jesús es una orden de fundación militar, portadora de una misión netamente espiritual, religiosa y católica, que añadía a la exigencia de los tres votos tradicionales, otro de obediencia al servicio de Cristo y del Papa, así como una misión de lograr la santificación de los miembros de la Compañía, mediante difusión de la fe entre los incrédulos, los hereáticos y los creyentes. Para conseguir estos objetivos la Compañía de Jesús fue organizada en un sentido de obediencia y acción, así como en virtud de una escrupulosa selección de sus miembros y eliminación de todo subjetivismo, de modo que se mantuviese una ardiente coherencia entre todos los miembros componentes de la Compañía.

Se plantea, en suma, un completo cambio de actitud ante la disidencia, o la crítica que pudiese provenir de los humanistas o de los protestantes. En definitiva, un auténtico espíritu militante, con pleno y heroico sentido de la obediencia, la disciplina y el honor. San Ignacio —como ha advertido el historiador Javier Gómez Díez, en sus luminosos estudios acerca de Ignacio de Loyola y, en general, de la Compañía de Jesús, sobre todo en su inmensa labor americana, acaso siguiendo las huellas en éste último campo del eminente historiador jesuita P. Miguel Batllori— conocía los excesos en que, con facilidad, podían caer los ideales del Renacimiento y en su larga meditación comprendió la necesidad de salir de los cenobios y enfrentarse abiertamente, en la vida real con

espíritu de milicia de Cristo, con el mundo hostil, para lo cual debe estudiar y, a través de la cultura, dedicarse al apostolado. En la constitución de la Compañía y como vínculo esencial de unión, se ha establecido la obediencia a un superior general y, en consecuencia, una configuración hierocrática mantenida firmemente por la obediencia ciega, que constituye para San Ignacio la aceptación de la misión asignada tras un dialogo explicativo racional y sincero. En el sentido ignaciano la autoridad en la Compañía ocupa el lugar de Cristo y es la garantía del cumplimiento de la misión que, en cada caso, fuese asignada a cada miembro de la Compañía.

La Compañía de Jesús proporcionó a la Iglesia Católica las más selectas fuerzas para la Reforma Católica. San Ignacio muere en 1556, precisamente el año en que Callos V, enfermo y cansado abdica la Corona en su hijo y heredero Felipe II. Las Constituciones de la Compañía se aprobaron en 1558, pero tanto el proyecto como su redacción las hizo el propio fundador, a partir del año 1550 ¿Existe un espíritu militar como han afirmado malévolamente los antimilitaristas, considerándolo una especie de oprobiosa realidad? Una cosa es la milicia de apoyo al Estado moderno y otra bien distinta la aplicación de los principios fundamentales de equilibrio y orden interno, así como de, garantía y defensa de una Nación constituida como tal y otra, bien distinta, es la aplicación de los principios de coherencia e identidad a una misión religiosa, orientada hacia la propagación y defensa de la Fe y la Verdad. El general de la Orden tenía su residencia en Roma y asumía plena autoridad teórica, limitada por la Congregación general. Lo que ocurre es que ese espíritu militar preexiste, por el mantenimiento del ideal de reconquista del territorio perdido por la invasión musulmana, en España conformando prácticamente la mentalidad —entendida como reacción psíquica colectiva— que a través del sacrificio, abnegación y espíritu militar, en la época de los Reyes Católicos y posteriormente con las acciones militares en defensa de la religión en el Imperio de Carlos, V, llena la conciencia de los españoles del siglo XVI. La Compañía de Jesús une a las virtudes de la hueste misionera, el espíritu de servicio, lealtad, entrega e impulso que son características permanentes de la institución militar. ■

La idea sobre el hombre en El Quijote

■ ■ ■ ÁNGEL SÁNCHEZ-PALENCIA MARTÍ.

Doctor en Filosofía. Decano de Humanidades de la Universidad Francisco de Vitoria.

ARTE Y ANTROPOLOGÍA

¿Podemos hablar de una «idea del hombre» en *El Quijote* cervantino? ¿Acaso la pregunta por el hombre no pertenece al ámbito de la filosofía y, dentro de esta, a la psicología o antropología metafísica? Antes de introducir al lector en la cuestión propiamente referida en el título del presente trabajo, estimo imprescindible dar razón de estas cuestiones, pues pienso que la fecundidad de una efeméride como la que celebramos a propósito de *El Quijote*, reside en la actualidad de la obra... y no es baladí preguntarse hoy por la legitimidad de *El Quijote* —de nuestra tradición española— en la ordenación de nuestra Patria y de la convivencia de los españoles por encima de los proteicos avatares políticos. «Lo único suficiente e imprescindible —escribe Ortega— para que un ser —individual o colectivo— exista con plenitud (es) colocarlo en su verdad, darle su *autenticidad*



▲ Don Quijote. Salvador Dalí



y no empeñarnos en que sea lo que no es, falsificando su destino inexorable con nuestro arbitrario deseo»¹... y de nuestro ser español constituye herencia insoslayable la obra que me propongo comentar desde la atalaya de la antropología.

En 1605 ve la luz en Madrid la primera edición de la Primera parte de *El ingenioso hidalgo don Quixote de la Mancha*. Compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra, hoy celebramos el IV centenario de la publicación de esta obra universal y, mi primera reflexión en estas páginas de la revista *Equinto*, se dirige a la universalidad de la obra de arte: ¿qué es una obra de arte universal? El artista, aquí Cervantes, es un hombre como nosotros que vive en un mundo como el nuestro. Pero en él —afirma I. Strawinsky— la facultad de crear nunca se da sola. «Va acompañada del don de la observación. Se conoce el verdadero creador en que encuentra siempre en derredor, en las cosas más comunes y humildes, elementos dignos de ser notados. No le es necesario un paisaje bonito; no le es preciso tampoco rodearse de objetos raros y preciosos. No tiene necesidad de correr a la búsqueda del descubrimiento, porque lo tiene siempre al alcance de la mano. Le bastará echar una mirada alrededor. Lo conocido, lo que está en todas partes, es lo que solicita su atención»². Es característica de la

actividad creadora la transmutación de lo cotidiano en extraordinario y, aunque al artista atañe realizarla de modo eminente, no es competencia exclusiva de él. La actitud creativa convierte lo prosaico de la vida en poesía: «Pero yo te digo —escribe Eugenio d'Ors— que cualquier oficio se vuelve Filosofía, se vuelve Arte, Poesía, Invención, cuando el trabajador da a él su vida, cuando no permite que esta se parta en dos mitades: la una para el ideal; la otra, para el menester cotidiano. Sino que convierte cotidiano menester e ideal en una misma cosa, que es, a la vez, obligación y libertad, rutina estricta e inspiración constantemente renovada»³. ¿Acaso esta afirmación no supone situar la filosofía, el arte, la poesía y la vida en el mismo plano? Sí, aunque no tanto situarlas, como descubrir su auténtica situación. Filosofía, arte y vida requieren un salto desde el nivel *objetivo* —el nivel de la realidad mostrenca, mensurable, material— al nivel *metaobjetivo* —más allá de lo físico-objetivo; es decir meta-físico— donde tiene lugar la auténtica

instalación del hombre en el entorno que, para él no es *medio* sino *mundo*, grávido de significación y sentido. En efecto, el arte da cuerpo sensible a realidades que quedan más allá de la sensibilidad. Cuando



Cervantes narra las aventuras del Caballero de la Triste Figura, no realiza oficio de cronista, inventariando en orden cronológico los «hechos» de don Quijote; sino que da forma a acontecimientos que superan por elevación la individualidad del personaje para alcanzar el ámbito de lo universal. No narra lo que le sucedió a Alonso Quijano. Como afirma Aristóteles en la *Poética* «no corresponde al poeta decir lo que ha sucedido, sino lo que podría suceder, esto es, lo posible (...). En efecto, el historiador y el poeta no se diferencian por decir las cosas en verso o en prosa; (...) la diferencia está en que uno dice lo que ha sucedido, y el otro, lo que podría suceder. Por eso también la poesía es más filosófica y elevada que la historia; pues la poesía dice más bien lo general, y la historia, lo particular»⁴. Personalmente, siempre he protestado en mi ínterin contra aquellos estudios cervantinos que indagaban en la historicidad del hidalgo manchego o se preguntan por el *ubi* del «...lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme». «Toda obra de arte auténtico constituye un origen (*Ur-Sprung*, Heidegger), el "salto" a una realidad que existe como confluencia de diversas realidades y acontecimientos»⁵. La obra de arte constituye así una ventana admirable desde la que

asomarnos a la naturaleza o esencia de la realidad; es decir, un medio de intelección de las profundidades de lo real o, lo que en clave platónica podríamos decir, de acceder al mundo de las ideas donde conocemos la auténtica realidad de la cual, esta, es solo un pálido y confuso reflejo. El artista capta esos modos profundos de realidad y les da cuerpo en un medio expresivo sensible. En este caso una novela, la más famosa novela de la literatura española... Por ello podemos afirmar con Santo Tomás de Aquino la comunidad esencial que existe entre arte y filosofía: «El motivo por el que el filósofo se asemeja al poeta es que los dos tienen que habérselas con lo maravilloso»⁶.

Piénsese además, que esta comunidad es, en rigor, la condición metodológica de posibilidad del presente ensayo sobre la antropología de *El Quijote*. Toda obra de literatura de calidad, como toda filosofía, constituye una oferta de mundo; es decir, una cosmovisión —una idea del hombre, del mundo y de Dios— que accede por la puerta grande de la cultura en la medida en que contribuye a la perfección del hombre, que es su felicidad⁷, y esa medida la encuentra, justamente, en las verdades que ofrece acerca del hombre, del mundo y de Dios



▲ Cuadro de Moreno Carbonero

que constituyen, por decirlo así, los puntos cardinales de la existencia en la que, cada cual, se juega el destino de su vida personal.

EL HOMO HISPANICUS EN EL QUIJOTE

Sobre la realidad de los hidalgos españoles de su tiempo, el genio de Cervantes muestra en nuestro Caballero más universal, si se me permite decirlo así, la idea platónica del Caballero hispánico: «El hidalgo de nuestros siglos XVI y XVII recibía en su niñez, adolescencia y juventud, una educación tan dura, disciplinada y espinosa, que el pueblo reconocía de buena gana su superioridad. Todavía en tiempos de Felipe IV y Carlos II sabía manejar con igual elegancia las armas y el latín. Hubo una época en que parecía que todos los hidalgos de España eran al mismo tiempo poetas y soldados»⁸. La excelencia en las letras y las armas están presentes en nuestra tradición desde los lejanos tiempos de Ramon Llull, a quien debemos el *Libro de la orden de caballería*, escrito hacia 1275. En él, ambos oficios gozan de la mayor nobleza en razón de su fin común: «la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida»⁹. Allí leemos: «Ciencia y doctrina tienen los clérigos para poder, saber y querer amar, conocer y honrar a Dios y a sus obras, y para dar doctrina a las gentes y buen ejemplo en amar y honrar a Dios; y para ser ordenados en estas cosas, aprenden y frecuentan las escuelas. De donde, así como los clérigos, por vida honesta y por buen ejemplo y por ciencia, tienen orden y oficio de inclinar a las gentes a devoción y a santa vida, así los caballeros, manteniendo la orden de caballería con la nobleza de su corazón y la fuerza de sus armas, tienen la orden en que están para inclinar a las gentes al temor, por el cual temen los hombres delinquir los unos contra los otros»¹⁰. Mas nuestro caballero, tiene en mayor estima la orden de caballería que las letras, según leemos en el *Discurso de las armas y las letras*: «Fin, por cierto, generoso y alto y digno de grande alabanza, pero no de tanta como merece aquel a que las armas atienden, las cuales tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida. Y así, las primeras nuevas que tuvo el mundo y tuvieron los

hombres fueron las que dieron los ángeles la noche que fue nuestro día, cuando cantaron en los aires: “Gloria sea en las alturas, y paz en la tierra, a los hombres de buena voluntad”; y a la salutación que el mejor maestro de la tierra y del cielo enseñó a sus allegados y favoritos, fue decirles que cuando entrasen en alguna casa, dijese: “Paz sea en esta casa”; y otras muchas veces les dijo: “Mi paz os doy, mi paz os dejo: paz sea con vosotros”, bien como joya y prenda dada y dejada de tal mano; joya que sin ella, en la tierra ni en el cielo puede haber bien alguno»¹¹.

Mas conviene decir que esa paz de la que hablan Llull y Cervantes que confiere, en razón de fin, sentido y nobleza al ejercicio de las armas y al cultivo de las ciencias no es, como puede pensarse, la mera tranquilidad o ausencia de conflicto. El *homo hispanicus* que, inspirado en la hidalguía española de su época, da vida a don Quijote, está enraizado en la cosmovisión cristiana, como muestra, por ejemplo, en la cita anterior, el recurso al argumento de autoridad evangélico. En ella, la paz se entiende como *quies animi* o «tranquilidad de espíritu», que es el primero y más inmediato efecto de la virtud cardinal de la templanza. «La templanza tiene un sentido y una finalidad, que es hacer orden en el interior del hombre. De ese orden, y solamente de él, brotará luego la tranquilidad de espíritu. Templanza quiere decir, por consiguiente, realizar el orden propio del yo»¹². Conviene destacar que ese *yo* no se refiere al *homo homini lupus* —el hombre es un lobo para el hombre— propio de la Modernidad¹³, sino más bien al *zoon politikon* aristotélico, de naturaleza social; y así como la templanza dice del orden en el reino interior, también refiere el orden de la *res publica*, precisamente, en virtud de dicha naturaleza social del ser humano. Según la cosmovisión cristiana, el orden social conformado por la justicia tiene como fruto la paz entre los hombres y los pueblos. No se trata por tanto, de mera ausencia de conflicto. El mundo actual puede ofrecernos numerosos testimonios de «tranquilidad» sobre un sustrato de injusticia.

La paz que se erige ante la conciencia de don Quijote como el mayor de los bienes entre los mortales, es, pues, una realidad mucho



más profunda y fundamental que el apaciguamiento subjetivo que Goethe diferencia lúcidamente de la paz; que la ausencia de ambiciones que caracteriza el *aura mediocritas* de los clásicos, o que el silencio ascético de las sensaciones y las pasiones de sabor, al mismo tiempo, estoico y oriental. Se trata, más bien, de la paz que reina en la *Ciudad de Dios* de San Agustín. Conocida es la diferencia que establece el santo obispo de Hipona entre las dos ciudades, la terrena y la celeste: «Dos amores han dado origen a dos ciudades: el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios, la terrena; y el amor de Dios hasta el desprecio de sí, la celestial. La primera se gloria en sí misma; la segunda se gloria en el Señor (...). La primera está dominada por la ambición de dominio en sus príncipes o en las naciones que somete; en la segunda se sirven mutuamente en la caridad los superiores mandando y los súbditos obedeciendo»¹⁴.

Corresponde a la noble orden de caballería la titánica tarea de construir la Ciudad de Dios entre los hombres, y tal fue el ideal que anima a nuestro don Quijote, como lo fue del *homo hispanicus* que descubrió y fundó la América española. Como ha dicho Vasconcelos, con *El Quijote* dio España a la humanidad uno de sus libros fundamentales. En cada hombre hay algo de Quijote, no importa cuál sea su raza; pero en el español, se acentúan sus rasgos y en todo aquel cuya alma se ha forjado en el len-



▲ Don Quijote. Salvador Dalí

guaje de Castilla. Por eso puede afirmarse que *El Quijote* es tan hispanoamericano como español... *El Quijote* estaba ya en América, pese a que no llegó a visitarnos Cervantes; vino aquí como adelantado de la raza y fue misionero y capitán; vino en la esforzada voluntad de Hernán Cortés, un Quijote al que le salió bien la aventura... en las leyes de Indias, promulgadas al dictado de la sabiduría de la Escuela de Salamanca, en la comunicación de la fe...¹⁵

Y esta titánica tarea es, precisamente, la que da razón de la locura de nuestro caballero. Es cierto que de la obra más universal de nuestra literatura pueden realizarse tantas lec-

turas legítimas como auténticos lectores-contempladores tenga, mas es cierto también que todas ellas hundan su lucidez y fecundidad en las profundidades insondables de la realidad metafísica imitada por el poeta. A lo que se me alcanza, la locura de don Quijote no es privación del juicio o del uso de la razón —según definición del *Diccionario de la Lengua Española*— sino rareza. En sus numerosos discursos don Quijote hace gala de buen juicio¹⁶. En efecto, los trabajos y los días del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha son raros, extraordinarios, poco comunes o frecuentes; sobresalientes o excelentes, extravagantes, singulares... como lo es su aspecto ridículo que mueve a risa... y es que don Quijote es un héroe medieval que vive en el Renacimiento, en la Modernidad... como lo fue España mientras reinó la casa de Austria.

Es muy significativo a este respecto el discurso que proclama don Quijote a los cabreros en el capítulo XI de la Primera parte. En él alaba nuestro héroe una «dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío* (...). Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia: aun no se había atrevido la pesada reja del corvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre; que ella, sin ser forzada, ofrecía, por todas partes de su fértil y espacioso seno, lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían». Mas esa edad de oro, ahora corrompida, precisa ser restaurada; la ciudad de los hombres ha de ser conducida hasta la Ciudad de Dios... y tal es la razón de ser de la orden de caballería. Así igualmente en Lull: «Faltó en el mundo caridad, lealtad, justicia y verdad —escribe en el comienzo de la obra—; comenzó enemistad, deslealtad, injuria y falsedad, y de ahí nació error y turbación en el pueblo de Dios, que fue creado para que los hombres amasen, conociesen, honrasen, sirviesen y temiesen a Dios. Al comenzar el mundo el menosprecio de la justicia por disminución de la caridad, convino

que justicia recobrase su honra por medio del temor; y por eso se partió todo el pueblo en grupos de mil, y de cada mil fue elegido y escogido un hombre más amable, más sabio, más leal y más fuerte, y con más noble espíritu, mayor instrucción y mejor crianza que todos los demás. Se buscó entre todas las bestias la más bella, la más veloz y capaz de soportar mayor trabajo, la más conveniente para servir al hombre. Y como el caballo es el animal más noble y más conveniente para servir al hombre, por eso fue escogido el caballo entre todos los animales y dado al hombre que fue escogido entre mil hombres; y por eso aquel hombre se llama caballero»¹⁷. En ambos textos resuena el mito del Paraíso perdido, según nuestra tradición judeo-cristiana, a causa del pecado original. Desde entonces, el hombre, todo hombre es hijo de Adán y de sus propias obras. Esto es, justamente, lo que significa la palabra española *hidalgo*. En *La vida de don Quijote y Sancho*, Miguel de Unamuno refiere la doctrina del doctor Huarte: «El español que inventó este nombre, hijodalgo, dio bien a entender... que tienen los hombres dos géneros de nacimiento. El uno es natural, en el cual todos son iguales, y el otro espiritual. Cuando el hombre hace algún hecho heroico o alguna extraña virtud y hazaña, entonces nace de nuevo y cobra otros mejores padres, y pierde el ser que antes tenía. Ayer se llamaba hijo de Pedro y nieto de Sancho: ahora se llama hijo de sus obras. De donde tuvo origen el refrán castellano que dice: cada uno es hijo de sus obras, y porque las buenas y virtuosas llama la Divina Escritura algo, y los vicios y pecados nada, compuso este nombre hijodalgo, que quiere decir ahora descendiente del que hizo alguna extraña virtud...»¹⁸.

A mi juicio, para comprender *El Quijote* y, sobre todo, la radical diferencia entre el héroe cristiano de Cervantes y los héroes paganos de los clásicos —y lo que ahí subyace: la antropología clásica y la cristiana—, es menester considerar debidamente no solo la hidalguía —que en cierto sentido es común entre el héroe griego y el caballero; y se cifra en las virtudes cardinales: prudencia, justicia, fortaleza y templanza— sino la filiación adánica; es decir, el pecado original que convierte el nobilísimo in-

tento caballeresco en un ideal inalcanzable cuya persecución hasta el heroísmo marca, sin embargo y de manera paradójica, el camino de santidad y el sentido de la vida. La «utopía» cristiana solo es alcanzable en Cristo, y nuestro caballero, el *homo hispanicus* que es hombre cristiano, se hace pequeño —humilde— a fuera de fracasar una y otra vez en la conquista de lo grande. Y, precisamente, en esa humildad que, en palabras de Santa Teresa de Jesús, es andar en verdad, recibe el hombre la salvación que anhela y corona su frente de laurel en la Ciudad de Dios, no conforme a sus méritos, sino en virtud de los méritos de la pasión y muerte del Salvador.

Tal vez ese sea el sentido más profundo del comienzo del Quijote: «En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme...» o no *puedo* acordarme, si querer es poder, pues imposible es para el hombre solo lograr su más profundo anhelo y, sin embargo, en intentarlo consiste su grandeza, su felicidad... Tal vez esta sea la más profunda *lectio* de Antropología dictada en la cátedra de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*... ¡Ojalá que en este año de celebración quijotesca sean legión los que, leyendo o releendo *El Quijote*, interioricen esta *lectio*... la hispanidad necesita quijotes y el mundo necesita de la hispanidad!

NOTAS

¹ Cf. *Misión de la Universidad*, FUE, Madrid, 1988, pp. 13-14.

² De la Lección en la Cátedra de Poética Charles Eliot Norton de la Universidad de Harvard, en *Poética musical*, trad. E. Grau, Emecé, Buenos Aires, 1946, 2ª edición, pp. 57-62.

³ Cf. *Aprendizaje y heroísmo. Grandeza y servidumbre de la inteligencia*, EUNSA, Pamplona, 1973, 2ª edición, p. 23.

⁴ Cf. *Poét.* 1451a-b. Hemos de entender la palabra “poesía” en sentido amplio. Aristóteles mantiene un sentido amplio del griego *poiein* que abarca el quehacer artístico en general y también, según esta notación, el verso. En efecto, la lucidez de la sencilla distinción aristotélica entre historia y poesía —arte—, mantiene intacta su capacidad iluminadora si entendemos el verso no solo como la palabra sometida a rima y cadencia, mas

también como la galanura de la frase literaria en general.

⁵ Cf. A. López Quintás, *La experiencia estética y su poder formativo*, Editorial Verbo Divino, Estella, 1991, pp. 151-152.

⁶ Citado por Josef Pieper en *El ocio y la vida intelectual*, Rialp, Madrid, 1998, p. 77.

⁷ Así en la definición personalista de la cultura de Santo Tomás de Aquino: «Todas las ciencias y las artes se ordenan a una sola cosa, a la perfección del hombre, que es su felicidad», *In Metaphys.*, Proem.

⁸ Cf. Ramiro de Maeztu, *Defensa de la hispanidad*, Rialp, Madrid, 2001, p. 76.

⁹ *Don Quijote*, I, cap. 37.

¹⁰ Cf. Ramón Llull, *Libro de la orden de caballería*, Alianza, Madrid, 2000, p. 28.

¹¹ *Ibid.*

¹² Cf. Josef Pieper, *Las virtudes fundamentales*, Rialp, Madrid, 1998, 7ª edición, p. 225.

¹³ Con el Profesor Carlos Valverde, entendemos por Modernidad «el proceso de secularización o laicización, es decir, la ruptura y el progresivo distanciamiento entre lo divino y lo humano, entre la revelación y la razón, o, si se prefiere, la lenta y sucesiva sustitución de los principios y valores cristianos, que habían dado unidad y sentido a los pueblos europeos durante al menos diez siglos, por los valores pretendidos de la razón pura». Cf. *Génesis, estructura y crisis de la Modernidad*, B.A.C., Madrid, 1996, p. XIII. Así entendida, la Modernidad, que tiene una connotación específicamente filosófica e ideológica, constituye una *forma mentis* que tiene vigencia en Occidente desde los albores en el siglo XIV hasta nuestros pies.

¹⁴ Cf. San Agustín, *La Ciudad de Dios*, XVI, 28, B.A.C., Madrid, 2001, vol. 2, pp. 137-138.

¹⁵ Véase el estudio de Agustín Basave Fernández de Valle, «Filosofía del Quijote: (un estudio de antropología axiológica)» en *Abril*, 62 ([http://www.iespana.es/revista-abril\(62\)basa.htm](http://www.iespana.es/revista-abril(62)basa.htm)).

¹⁶ Sobre la virtud de la prudencia en *El Quijote*, puede verse un reciente y meritorio estudio de Ángel Pérez Martínez, *El buen juicio en El Quijote. Un estudio desde la idea de la prudencia en los siglos de oro*, Pre-textos-Fundación Amado Alonso Valencia, 2005.

¹⁷ R. Llull, *op. cit.*, pp. 25-26.

¹⁸ Miguel de Unamuno, *Vida de don Quijote y Sancho*, Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1952, p. 26. ■



Lepanto.

La más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos

■ ■ ■ FRANCISCO JAVIER GÓMEZ DÍEZ.
Doctor en Historia de América.

Durante las primeras décadas de su reinado, y con independencia de la posterior evolución de su política, la máxima preocupación de Felipe II se sitúa en el Mediterráneo¹, donde ningún gobernante español podía desentenderse de la amenaza otomana. Incapaces de ocupar todo el Mediterráneo y de hostigar directamente a España, los turcos encontraban, para hacerlo, la asistencia berberisca, la francesa y, al menos en principio, la de los moriscos granadinos. La mayor amenaza se fundaba en las pequeñas pero numerosas flotas de piratas norteafricanos, sobre todo a partir de 1516, cuando piratas de origen turco se adueñaron de Argel y dieron refugio a gran número de moriscos. El fracaso de Djerba, en 1560, mostró la supremacía naval otomana: Malta, en peligro, se daba por perdida y, en 1561, una flota turca fue avistada cerca de Ma-

llorca. Entonces Felipe II puso en marcha un amplio plan de reformas: reforzó las fortalezas costeras y multiplicó la labor de los astilleros. Logró obtener una fuerza permanente casi cuatro veces superior a la existente durante el reinado de su padre. Las galeras de España pasaron, entre 1565 y 1578, de 14 a 37, las de Nápoles, de 6 a 54 y las de Sicilia, de 4 a 22. Comenzaba a invertirse una situación que, con Carlos V, había sido manifiestamente favorable al turco. Además, la vasta máquina militar otomana, con unas reservas de dinero y hombres aparentemente inagotables (aproximadamente la mitad de los habitantes del mundo mediterráneo eran, por entonces, súbditos de *La Puerta*), tenía sus debilidades. No era la menor el hecho de que la guerra naval, como la terrestre, se sufragase a sí misma por medio del pillaje sistemático y la cap-

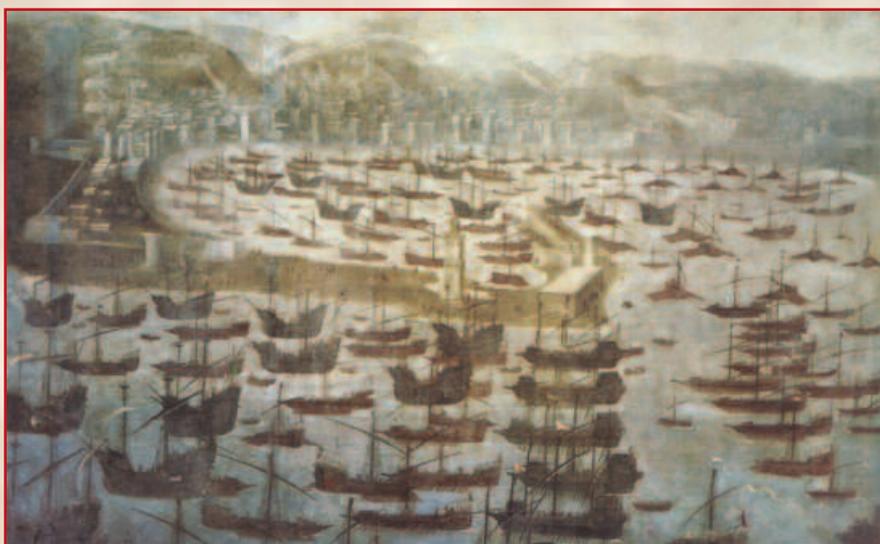


tura de botines, haciendo indispensables las conquistas continuas para mantener la coherencia y el ímpetu bélico. Además, Felipe II —aunque también tenía compromisos en otros lugares— contaba con la necesidad otomana de atender a su frontera asiática y con el hecho de que la Europa occidental se estaba colocando técnicamente por delante de cualquiera de sus rivales.

El 18 de mayo de 1565, cuando la inferioridad española era aún manifiesta, sucedió lo que se había esperado durante años: una inmensa flota turca atacó Malta. Su caída abriría el camino hacia Sicilia e Italia; fortalecería los lazos entre piratas berberiscos y turcos, y el Mediterráneo occidental quedaría indefenso. La Orden de San Juan había acumulado trigo y vituallas, municiones y armas, pero no sabía con quién podría contar; mientras Maximiliano II tenía demasiados problemas en su frontera Este y, por unas u otras razones, no cabía esperar nada de Inglaterra, Francia, Génova o Venecia, el Papa, Pío IV, solo pudo enviar dinero. 25.000 turcos desembarcaron en una isla defendida por 541 caballeros, tres o cuatro mil malteses y un número aproximado de soldados enviados por el Virrey de Sicilia. Iban a protagonizar una de las mayores hazañas militares del siglo, defendiéndose con heroísmo hasta la llegada, en septiembre, de la ayuda española. Aunque la burocracia filipina y la prudencia asociada a la necesidad de salvar Malta sin perder la flota, hizo muy difícil llegar antes, la retirada turca manifestó, de forma indiscutible, según Braudel, que había sido la flota española, único obstáculo efectivo frente al avance otomano, la salvadora de Malta y el Mediterráneo central. Aun así, Felipe II no proyectaba una política de agresión, expansión o cruzada. No tenía la mira puesta en el dominio del mar interior y estaba muy lejos del aventurerismo de su hermano. Li-

mitó su horizonte a un papel defensivo y buscó incesantemente la paz, sabedor de que España no tenía medios para financiar la guerra. Otras naciones, a la vista de la vasta extensión de sus dominios, preferían no creerle.

Fortalecida España, la confluencia de varios factores permitió firmar la Santa Liga. El más importante fue, quizá, la elección de Pío V. Todos sus contemporáneos coincidieron con el juicio de Granvella, para el cual la Iglesia no había tenido durante tres siglos un pontífice de personalidad tan extraordinaria. Elegido en 1566, procedía, dice Braudel, «de una cuna muy humilde. De niño, había guardado rebaños. Es uno de esos innumerables hijos de pobres en quienes la Iglesia encuentra a menudo, en el siglo de la Contrarreforma, a sus más apasionados servidores. A medida que transcurre el siglo, son ellos, los pobres, quienes dan el tono y la pauta a la Iglesia. [...] Pío V era cabalmente uno de estos [...]; no un cardenal *principesco*, ni un amigo y conocedor del mundo, dispuesto a los compromisos sin los que *el mundo* no existiría, sin los cuales no habría política posible. Tiene el fervor, la convicción, la aspereza y la intransigencia de los pobres y, a veces, su extrema dureza y su dificultad para perdonar». Acarició la visión de una gran Cruzada y, en la medida en que llegó a realizarse, fue obra suya, más que de nadie. De todas formas, durante los primeros años solo obtuvo respuestas evasivas de España, preocupada por



▲ Reunión de la flota de la Liga Santa en el Puerto de Menorca



▲ Ali Bajá.

Jefe de la Armada Turca en Lepanto

los Países Bajos, la crisis sucesoria asociada a la locura y muerte de don Carlos y el levantamiento de los moriscos granadinos; y de Venecia, interesada en no comprometer sus relaciones con los turcos, de las que dependía su prosperidad comercial.

La situación comenzaría a invertirse con el levantamiento morisco. Aunque, al no poder acudir en su ayuda, el Imperio otomano perdió una clara oportunidad de asestar un decisivo golpe sobre España, miró con simpatía la lucha de sus hermanos contra la dominación cristiana, y cuatro mil turcos y beréberes lucharon con los rebeldes en la primavera de 1570. Los españoles dieron entonces crédito a las advertencias del Papa. Lo mismo les sucedería pronto a los venecianos.

Si la guerra en Granada era impensable para el turco, aprovechando esta, presionó sobre Venecia, exigiéndole, a comienzos de febrero de 1570, la inmediata cesión de Chipre. Los venecianos habían buscado mantener la paz por medio de una habilidosa diplomacia y el apoyo de los tradicionales aliados del sultán: los franceses. Las guerras civiles en Francia y la consecuente

disminución de su influencia los dejaron expuestos. Era la ocasión esperada por el Papa, que no pidió a Felipe II que socorriera Chipre como había socorrido Malta, sino una alianza en toda regla argumentando con los intereses defensivos de la monarquía hispánica y autorizando a esta la venta de las *bulas de cruzada*, que suponían unos 400.000 ducados al año; ya antes le había hecho otras concesiones económicas. De este modo, en mayo de 1571 la *Santa Liga* pudo al fin firmarse. Los aliados se comprometían a constituir —haciendo uso principalmente de rentas eclesiásticas— una armada de 200 galeras y 100 naves redondas, con 50.000 soldados. La alianza estaba dirigida contra los turcos y el teatro de operaciones era el Levante: se contemplaba la posibilidad de una conquista de los Dardanelos y, si fuera posible, la de los Santos Lugares. España debía contribuir con la mitad de los fondos, los venecianos con un tercio y el Papa, con un sexto. Don Juan de Austria fue designado comandante en jefe. Aunque, en teoría, se trató de una confederación perpetua, el acuerdo militar se limitó a tres años y no cabía esperar una duración mayor: la concesión española para que los mercaderes venecianos pudieran abastecerse en granos de Sicilia y sustituir así sus habituales compras de trigo turco, no resolvía la imperiosa necesidad veneciana de mantener abiertas sus rutas comerciales con Turquía.

«Nosotros mismos nos fabricamos nuestra ventura»

El pilar de las flotas que iban a reunir tanto cristianos como musulmanes era la galera, un buque que, remontando su existencia a la antigüedad, había sido recuperado en el siglo XIII por los venecianos para sustituir a las pesadas y lentas naves *redondas*. De casco estrecho y bajo, se construían con uno o dos palos de velas latinas y unos 25 remos por banda, que proporcionaban una movilidad esencial en combate y durante encalmadas o entrada a puerto. Las galeras navegaban normalmente a vela, la resistencia física de los remeros no permitía otra cosa. Aunque, en comparación con otros barcos, era desproporcionadamente larga, para incluir muchas bancas, y estrecha, para reducir la resistencia del mar, gracias a su gran timón de codaste a popa y a la posibilidad de ayudarse en los giros y evoluciones con los remos, hacía de

la galera uno de los buques más maniobrables de la historia de la navegación. La utilización del remo, que es más eficaz cuanto más bajo está en relación con la superficie del mar, hacía imprescindible que el casco del buque fuera muy bajo. En consecuencia se trataba de un buque adecuado al Mediterráneo, muy rápido y maniobrero, pero poco apto para navegaciones prolongadas y muy sensible al temporal, por eso, solo navegaba entre la primavera y el otoño.

En la galera embarcaban la chusma, o gente de remo, la gente de mar y la gente de guerra. En el siglo XVI esta última está constituida por guarniciones de infantería. En cuanto a la gente de mar es necesario distinguir entre la oficialidad, los artilleros y la marinería, ejecutora de la maniobra en los buques. Los oficiales, con un saber específico, agrupan los mandos de naturaleza teórica: capitán, cabo bombardero, condestable, cómitre y sotacómitre, maestre y piloto. La chusma —unos 250 galeotes de media— estaba formada básicamente por presidiarios o esclavos turcos. Los voluntarios o *buenas boyas* eran los muy escasos galeotes que, una vez cumplida su condena e incapaces de encontrar otro trabajo, volvían a la boga. El cómitre y sus alguaciles recorrían continuamente la crujía, encargados de marcar el ritmo de boga con tambores, trompetas y, de ser necesarios, látigos a los galeotes. A ambos lados de la crujía estaban los talares, cubiertas postizas de 3 a 4 metros de ancho que sobresalían dos metros por cada costado y sobre los que iban situados los bancos de los remeros. Los talares tenían una fuerte inclinación hacia fuera para favorecer la salida del agua embarcada por golpes de mar y por la lluvia y también los residuos de los galeotes. Allí se instalaban algunas piezas ligeras de artillería para defender la línea de remos. Los extremos de los talares quedaban a un metro de la flotación y sobre ellos se apoyaban los remos, que medían unos 12 metros de largo sobresaliendo unos 8 metros del buque. Un remo, construido con dos o tres piezas de madera de haya, pesaba unos 150 kilos y requería al menos cinco hombres para ser manejado.

A popa se encontraba el lugar reservado al jefe de a bordo: la *carroza* y, detrás de esta, situados en una plataforma, trabajaban los timoneles. A proa, a un metro sobre la línea de flotación, se



▲ D. Juan de Austria.
Jefe de la Armada Aliada en Lepanto

instalaba un arma exclusiva de la galera: el espolón, una robusta pieza de madera y de hierro que sobresalía 3 o 4 metros, con la que se embestía al contrario. A su espalda se encontraba el castillo de proa: la *tamboreta*, una pequeña cubierta para maniobra de anclas y de garfios de abordaje; la *corulla*, donde se situaban cañones y la *arrumbada*, desde donde la infantería saltaba al abordaje.

En combate, era vital mantener la línea firme y sin huecos para evitar que fuera atravesada o bordeada por el enemigo, que buscaba atacar el costado o, con mucha suerte o pericia, la popa, la zona más desprotegida y donde se encontraba el mando. Los cañones estaban instalados sobre cureñas fijas, alineadas con el eje del buque, por lo que la puntería se hacía maniobrando el buque y, dada la dificultad de la recarga una vez que se habían embestido los buques y pasado al combate cuerpo a cuerpo, convenía retrasar al máximo la descarga artillera, que no buscaba dañar al buque enemigo sino provocar el mayor número de bajas. Efectuada la descarga, con el máximo de fuerza que daban los remos, se embestía al contrario con el espolón y los sol-



▲ Guión de D. Juan de Austria
en Lepanto

dados pasaban al abordaje, donde en último término se resolvía el ataque.

Para aumentar la capacidad artillera de las galeras, los venecianos idearon las *galeazas*, grandes galeras de hasta 1.500 toneladas, con un aparejo de velas cuadradas y latinas y hasta cincuenta piezas de artillería. En teoría era una idea excelente, pero la técnica de la época nunca resolvió satisfactoriamente el problema de combinar remos y cañones en los costados de una misma embarcación, sobre todo si era de gran tonelaje. El problema radicaba en que los remos, para poder operar con el mayor rendimiento, debían estar lo más bajo posible, cerca de la línea de flotación del buque, y lo mismo sucedía con los cañones de gran calibre, que por su peso y retroceso amenazaban la estabilidad del buque. Los venecianos situaron los cañones en la cubierta baja y los remos más arriba. Con ello resultaron unos buques formidables y muy bien artillados para la época, de altas bordas inaccesibles para las galeras turcas, pero que apenas podían moverse a remo y carecían de maniobrabilidad. De hecho, las que participaron en Lepanto llegaron a la zona remolcadas por galeras.

«Y así no os quiero decir más, pues no lo permite el tiempo»

En el momento de la batalla el contingente cristiano era similar al turco, pero peligrosamente heterogéneo: iban al servicio de España unos 20.000 hombres, casi 8.000 españoles y, los de-

más, en su mayoría, alemanes, sicilianos y napolitanos; la República de Venecia reclutó unos 8.000 y el Papa unos 2.000. Entre julio y septiembre se reunieron en Mesina. Cuando llegó don Juan, la moral de los aliados era bastante baja y las galeras concentradas distaban mucho de encontrarse en perfecto estado. Mientras las españolas y napolitanas causaron una gran impresión, muchas de las venecianas tenían el casco dañado y sus dotaciones, como lamentó Requesens, eran escasas e indisciplinadas. Don Juan de Austria, en coincidencia con su subordinado, escribe a García de Toledo: «no están tan en orden cuanto yo quisiera y fuera necesario al servicio de Dios y beneficio común de la Cristianidad». Ayudado por el Papa, que había manifestado, con su tan característica rigidez, una aguda desilusión ante las deficiencias de la flota veneciana, dispuso don Juan que soldados al servicio de España reforzaran las dotaciones venecianas para compensar los desequilibrios. Pese a la oposición y a las graves tensiones que pronto se manifestaron, se había logrado superar la heterogeneidad de la flota; que todas las galeras pasasen a ser idénticas entre sí, intercambiables e igualadas en fuerza de combate.

Los cristianos casi doblaban el número de bocas de fuego otomanas, algo decisivo en la fase de aproximación. Pero estando el resultado final en manos de la infantería, nada permitía a priori asegurar el triunfo: la temible infantería jenízara iba a encontrarse con los tercios, el fruto más acabado del primer ejército moderno de Europa, que había comenzado a forjarse en la guerra de Granada bajo el impulso reformista de los Reyes Católicos.

Aunque la estación de campañas estaba avanzada y los turcos gozaban de una nada despreciable ventaja numérica que recomendaba evitar el encuentro, don Juan, aprovechando que el rey no había dado instrucciones terminantes, tomó el partido de la ofensiva.

Para la navegación dispuso que la armada se organizara en un grupo de exploración y cuatro escuadras. La escuadra de descubierta, con tres galeras españolas y cuatro venecianas, navegaría ocho millas por delante de la flota. La primera escuadra, mandada por Juan Andrea Doria y formada por 53 galeras, combatiría en el ala derecha. La segunda, el *cuerpo de batalla*, la forma-

ban 64 galeras al mando de don Juan de Austria. La tercera, a la izquierda, quedaría al mando de Agostino Barbarigo con 53 galeras. La de retaguardia, con 30 galeras al mando de don Álvaro de Bazán, navegaba detrás de la flota para recoger las naves retrasadas y, durante el combate, acudir en ayuda de los sectores más necesitados. Las seis galeazas venecianas al mando de Francesco Duodo, irían por parejas entre las escuadras, repartiéndose las galeras el trabajo de remolcarlas. Una formación de 20 naves más lentas, cargadas con los mantenimientos, seguía a la orden de César de Ávalos. También sería esta la formación de batalla, pasando las galeazas a primera línea.

La armada cristiana desplegada en formación de combate ocupaba más de seis kilómetros de largo. La turca desplegó tres escuadras al mando de Mohamed Sirocco, la derecha, de Alí Pachá, a bordo de *La Sultana*, la central y de Uluch Alí, la izquierda. Su flota de combate era superior a la cristiana, pero su escuadra de reserva, al mando de Murat Dragut, solo contaba con 8 galeras.

A las siete y media de la mañana las vanguardias de ambas armadas se divisaron. Ya era demasiado tarde para que los otomanos pudieran forzar la salida del golfo. Había que presentar batalla. Don Juan arenga a sus tropas: «Gentiles hombres, ya no da el tiempo lugar ni es menester que yo ponga ánimo a vosotros porque veo que vosotros me lo dais a mí; pero solo os quiero traer a la memoria el dichoso estado en que Dios y vuestras buenas suertes os han traído, pues en vuestras manos está puesta la religión cristiana y la honra de vuestros Reyes y de vuestras naciones, para que haciendo lo que debéis y lo que espero que será, la fe cristiana sea ensalzada, y vosotros, cuanto a vuestras honras, seáis los más acrecentados soldados que en nuestro tiempo ha habido; y cuando a las haciendas, los más gratificados y acrecentados de cuantos han peleado: y así no os quiero decir más, pues no lo permite el tiempo, sino que cada uno considere

que en su brazo derecho tiene puesta la honra de su Dios y de su vicario, y de toda la religión cristiana, llevando certidumbre que el que muriere como varón va a gozar otro reino mayor y mejor que cuantos en la tierra quedan».

Tras los desafíos de rigor, las escuadras invirtieron toda la mañana en desplegarse y aproximarse. Todos se disponían a la lucha y, con la ayuda de franciscanos, agustinos y jesuitas, a bien morir. Hacia las once el viento pasó a soplar de poniente, proa a los turcos, que obligados a impulsar sus naves a remo, se desordenaron y consumieron tiempo. Las galeazas pasaron una milla por delante de la armada cristiana y, cuando el enemigo se les puso a tiro, comenzaron el fuego. A los turcos solo les cabía rebasar la línea de galeazas: asaltarlas era imposible debido a su altura y cualquier maniobra contra ellas, reorientando los cañones de las galeras, habría alterado la línea de ataque cuando el choque era inminente. La intervención de las galeazas fue breve pero efectiva: hundieron dos galeras, dañaron otras y desbarataron la formación turca. Luego, en la retaguardia turca, pasaron a ser espectadoras de la lucha.

Tras la embestida y el desembarco la batalla naval se transformó en un terrible choque de infantería, que no terminó hasta las cinco de la tarde. Don Juan de Austria condujo a sus hombres



▲ Detalle de la Batalla de Lepanto

a la victoria garantizando la homogeneidad de su flota, acertando en la distribución de mandos e imponiendo una adecuada estrategia ofensiva. Esta sorprendió a Alí Bajá, que desaprovechó la importante ventaja de la mayor movilidad y velocidad de sus galeras y se dejó encerrar en el golfo de Lepanto. Fue también importante la superioridad artillera de la flota cristiana, manifestada en la acción de las galeazas y, multiplicada por la astuta decisión de serrar los espolones de las galeras cristianas. Anulando el arma más característica de estos barcos, se permitía a los cañones cristianos apuntar más bajo y barrer literalmente las cubiertas enemigas, mostrando, al confiar más en los cañones que en el clásico espolón, hasta qué punto estaba cambiando el carácter del combate naval. Tampoco cabe olvidar el cansancio y el desgaste previos de los soldados y hombres de mar turcos, ni el inteligente uso por parte de Álvaro de Bazán de la reserva, que consolidó el triunfo del ala izquierda, auxilió al centro y ayudó a enmendar el grave error de Doria en el ala derecha. Con todo, no se trató de una victoria de tácticas y maniobras: tras la colisión frontal la lucha fue cuerpo a cuerpo.

«Lo quise dejar todo y venirme, como me vine, a Italia»

Cervantes se había alistado como soldado en la compañía del capitán don Diego de Urbina, del Tercio de don Miguel de Moncada, y en agosto de 1571, con los doscientos hombres de Urbina, se unió en Nápoles a la armada de la Santa Liga. No era un recluta atípico: ciudadano, no campesino; probablemente tenía 22 años en el momento en el que se alistó; no debía ser hidalgo y su salida de España no deja de ser oscura. Sobre las razones que le llevaron a unirse a la armada, se limita a señalar —por boca del cautivo quijotesco—, que cuando «... se tuvo nuevas de la liga que la Santidad del Papa Pío Quinto, de felice recordación, había hecho con Venecia y con España, contra el enemigo común, que es el Turco [...] lo quise dejar todo y venirme, como me vine, a Italia...». Aparte de verdadera veneración por don Juan de Austria, siempre se sintió orgulloso de su condición de soldado, convencido de «que es escuela la soldadesca donde el mezquino se hace franco, y el franco, pródigo; y si algunos soldados se hallan miserables, son como monstruos que se ven ra-

ras veces». El 7 de octubre, yacía en la enfermería de *La Marquesa*, aquejado de altísima fiebre. Con todo, sobreponiéndose a sus males, solicitó a su capitán participar en el combate. Lo hizo, al mando de 12 soldados, en la popa, donde los abordajes eran más peligrosos. Los jenizaros asaltan *la Marquesa* y Cervantes, a pesar de su fiebre, se bate con heroísmo, recibiendo no menos de tres heridas.

Las heridas no fueron mortales, pero le mantuvieron hospitalizado en Mesina hasta marzo de 1572, asistido económicamente por don Juan de Austria. La mano izquierda le quedó inútil, como la más meritoria de las medallas: «Perdió en la batalla naval de Lepanto —recuerda en el prólogo de sus *Novelas Ejemplares*— la mano izquierda de un arcabuzazo, herida que, aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros, militando debajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra, Carlos Quinto, de feliz memoria». En abril de 1572 se alistó de nuevo en la compañía de don Manuel Ponce de León, del Tercio de don Lope de Figueroa, hasta abandonar el ejército a finales de 1574. Un año después, en septiembre, con dos cartas de recomendación, firmadas por Juan de Austria y el virrey de Nápoles, en las que se certificaba su valor, inicia el que debería haber sido el viaje de regreso a casa, y fue el origen de una nueva aventura, al caer cautivo del renegado albanés Arnaute Mamí.

«Y aquel día ... se desengañó el mundo»

Por mucho que en torno a la década de 1580 la importancia del Mediterráneo fue definitivamente sustituida por la atlántica, en lo que acertadamente Braudel llama el giro al norte de la historia europea, la victoria de Lepanto no puede en modo alguno ser minusvalorada considerando los resultados militares posteriores; la necesidad que tuvo España de dirigir su atención a los Países Bajos, o la prisa, tan criticada entonces, que se dieron los venecianos en buscar la paz. Su comercio estaba sufriendo en demasía y, como consecuencia, el 7 de marzo de 1573, Venecia firmó con el Sultán un tratado de paz en cierto modo humillante: renunciaba a Chipre y a los territorios que había perdido en Dalmacia, devolvía a los turcos sus conquistas en Albania y les



pagaba una alta indemnización. Cervantes recuerda: «...el Gran turco, y, usando de la sagacidad que todos los de su casa tienen, hizo paz con venecianos, que mucho más que él la deseaban...». Cuando se hizo recuento, el día 8, de la armada cristiana faltaban quince galeras, aunque hubo que desguazar otras treinta, entre ellas *La Real*, por los destrozos que habían sufrido. Se apresaron al enemigo 130 naves recuperables. Unos 15.000 cristianos resultaron heridos y la *Liga* había perdido unos 9.000 hombres, más del doble sufrieron los turcos. Además, mientras se rescataron unos 12.000 cautivos, otros tantos debieron ser los apresados.

Era la mayor victoria conseguida por las armas cristianas contra el islam desde la toma de Granada. El mito de la invencibilidad turca se había basado en victorias, que más que ser disputadas en combates frontales, se habían obtenido por medio de la sorpresa o de audaces maniobras. Lepanto no fue solo la primera gran victoria naval sobre los turcos; fue el primer auténtico encuentro entre ambas flotas y demostró que los turcos no eran invencibles y que los cristianos contaban con la moral suficiente y los recursos técnicos para contenerlos. La estrategia otomana pasó a la defensiva y renunció a sus expediciones marítimas casi anuales contra el Adriático, Calabria, Sicilia y, en ocasiones, el Levante español. La agresividad de los corsarios de Túnez, Argel, Tetuán o Salé quedó también muy menguada. Además, la distancia entre ambos rivales no dejaría de crecer. *La Puerta* comenzaba su lenta decadencia. Sus grandes recursos podían poner a flote, y lo hicieron, una flota comparable a la perdida en Lepanto, pero falta siempre de suficientes remeros e inferiores en artillerías y en hombre de guerra a las cristianas. Por lo mismo, el Imperio otomano dejó en lo sucesivo de tener confianza en su poder naval, y centró toda su estrategia en las fuerzas terrestres, algo especialmente grave —y a la larga vinculado a su decadencia— porque hacía difícil seguir siendo una gran potencia en la era de la apertura

de las rutas oceánicas y del comercio trasatlántico.

«Si en vez de fijarnos exclusivamente en lo que viene después de Lepanto, concluye Braudel, paramos la atención en lo que precede nos daremos cuenta de que esta victoria pone fin a un estado de cosas lamentable, a un verdadero complejo de inferioridad por parte de la cristiandad y una primacía no menos verdadera por parte de los turcos». En verdad tenía razón Cervantes: «...yo me hallé en aquella felicísima jornada [...] Y aquel día, que fue para la cristiandad tan dichoso, porque en él se desengañó el mundo y todas las naciones del error en que estaban, creyendo que los turcos eran invencibles por la mar, en aquel día, digo, donde quedó el orgullo y soberbia otomana quebrantada ...».

NOTAS

¹ Junto a la imprescindible obra de F. Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en época de Felipe II*, México, 1987, merecen destacarse las obras de J. H. Elliott, *Europa en la época de Felipe II*, Barcelona, 2001; H. Kamen, *Felipe de España*, Madrid, 1997; R. Mackenney, *La Europa del siglo XVI: expansión y conflicto*, Madrid, 1996; L. Serrano, *España en Lepanto*, El Escorial, 1986; y las recientes monografías de A. R. Rodríguez González, *Lepanto, la batalla que salvó a Europa*, Madrid, 2004, y H. Bicheño, *La batalla de Lepanto*, Barcelona, 2005. ■



▲ Buques en la lucha contra el turco

De cómo don Quijote estableció en su Discurso de las Armas y las Letras mandatos ordenancistas y principios doctrinales hogaño vigentes

■ ■ ■ JUAN BATISTA GONZÁLEZ.
Coronel. Artillería. DEM.

En el castillo que a los ojos de Sancho no era más que venta y tras la batalla que sostuvo el «ingenioso hidalgo» contra un odre de vino que era en realidad gigante, tuvo lugar una cena, sin duda la más famosa después de aquella otra, en Jerusalén, origen de la ceremonia que une, todos los domingos y fiestas de guardar, a cuantos estamos registrados en la verdadera fe.

Sentose don Quijote, a ruegos de los demás comensales, en preferente lugar desde el cual dirigió a su abigarrada compañía el discurso que, llamado *de las armas y las letras*, pasó del verbo apasionado de quien lo pronunció a las páginas del libro que narra sus increíbles aven-

turas. Salvado así, a Dios gracias, del olvido, podemos hoy, los que ejercemos la misma profesión que elevó a la fama a tan noble caballero, estudiarlo, comparándolo a la vez con la regla moral y las máximas ilustradoras de la práctica de nuestro oficio. Lo cual nos permite descubrir que una y otras, nonatas en el tiempo de las quijotescas andanzas, ya fueron enunciadas por quien las emprendió. De lo que se deduce que don Quijote no estaba loco, a no ser que locos estemos los que hemos elegido como norma de vida los trabajos propios de la carrera militar. Y tal vez, algo hay de eso y qué más da.



CONTRA LA INJUSTA ASEVERACIÓN, LA JUSTA COMPARANZA

Frente a los que defienden al letrado en demérito del guerrero, don Quijote sentencia en el inicio de su parlamento: «Quítenseme de delante los que dijeren que las letras hacen ventaja a las armas». Y de seguida, critica su opinión, según la cual «las armas sólo con el cuerpo se ejercitan, como si fuese su ejercicio oficio de ganapanes (...), como si en esto que llamamos armas los que las profesamos no se encerrasen los actos de la fortaleza, los cuales piden para ejecutarlos mucho entendimiento (...) y como si no trabajase el ánimo del guerrero que tiene a su cargo un ejército o la defensa de una ciudad sitiada, así con el espíritu como con el cuerpo».

Enfatiza don Quijote como propios del soldado *los actos de la fortaleza*, virtud cardinal que consiste en vencer el temor y huir de la temeridad y que ha de ser cualidad moral tanto del que manda como del que obedece; del primero porque debe velar por las vidas de sus hombres; del segundo porque, si valero so, lo cual se da por supuesto, mejor está vivo y útil que muerto e inútil. Y pues que habla de virtudes, refiérese también al *ánimo* en los difíciles trances que ha de arros-

trar el guerrero, resumiendo en solo un vocablo el valor, el esfuerzo, la energía, la intención y la voluntad, tesoros de su alma que lo elevan, entre los doctrinales elementos de la acción, al rango de decisivo.

Porque dicen las castrenses doctrinas al uso, que el hombre, y en la guerra el soldado, es portador de valores morales e intelectuales. Y habiendo citado los primeros, no olvida el hidalgo manchego hacer mención de los segundos cuando requiere *mucho entendimiento* para el que se entrega al oficio de las armas. Siendo el entendimiento, según las autoridades sabias en nuestra lengua, potencia del alma en virtud de la cual concibe las cosas, las compara, las juzga, e induce y deduce otras de las que ya conoce, está don Quijote describiendo el proceso intelectual al que todo mando ha de ajustarse antes de llegar al supremo acto de decidir. En estas consideraciones del Caballero de la Triste Figura late lo que prescribe el artículo 44 de las *Reales Ordenanzas*, código de conducta de todo el que se honra siendo soldado: «Se esforzará en alcanzar una sólida formación moral e intelectual, un perfecto conocimiento de la profesión y una adecuada preparación física



▲ Ilustración de Gustavo Doré

(llama a esto *buenas fuerzas* el personaje cervantino) que le permitan cumplir sus misiones con la debida competencia y actuar con eficacia en el combate». Y abundando en esto, espeta don Quijote a sus contertulios, asombrados por tan cuerdos razonamientos procedentes de un cerebro seco que, aparentemente, solo alberga fantasías: «Véase si se alcanza con las fuerzas corporales a saber y conjeturar el intento del enemigo, los disignios, las estratagemas, las dificultades, el prevenir los daños que se temen».

Respetuoso, en fin, con cuanto toca a la fe, a cuya defensa también el caballero se debe, y si no que a los herejes y al turco se lo pregunten, distingue don Quijote entre las letras divinas y las humanas. Y puesto que las primeras «tienen por blanco llevar y encaminar las almas al cielo», ve en ellas «un fin tan sin fin» «que ninguno otro se le puede igualar». El debate está, pues, en la comparación de las letras humanas con el oficio de las armas. Con buen juicio expone que el fin de aquellas es el de «poner en su punto la justicia distributiva y dar a cada uno lo que es suyo; y entender y hacer que las buenas leyes se guarden». Fin que merece alabanza. Pero, remitiéndose a lo que predicó el Redentor, afirma que: «las armas tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida». Y como por inspiración de esta sentencia quijotesca, leemos en el artículo 5 de las *Reales Ordenanzas* que «la fortaleza material y espiritual de los ejércitos es garantía de seguridad y paz», deseables estados que el artículo 9 amplía al entero ámbito humano: «Cuando unidades militares (...) actúen en misiones de colaboración para mantener la paz y la seguridad internacionales, se sentirán nobles instrumentos de la Patria al servicio de tan elevados fines». La observación anticipatoria de don Quijote se torna axiomática cuando asevera este que «dicha paz es el verdadero fin de la guerra», con lo que nuestro personaje se sitúa, de paso, fuera de la nómina de los belicistas. Y remacha, pasando ya a otras consideraciones: «Prosupuesta, pues, esta verdad, que el fin de la guerra es la paz, y que en esto hace ventaja al fin de las letras, vengamos ahora a los trabajos del cuerpo del letrado y a los del profesor de las armas, y véase cuáles son mayores».

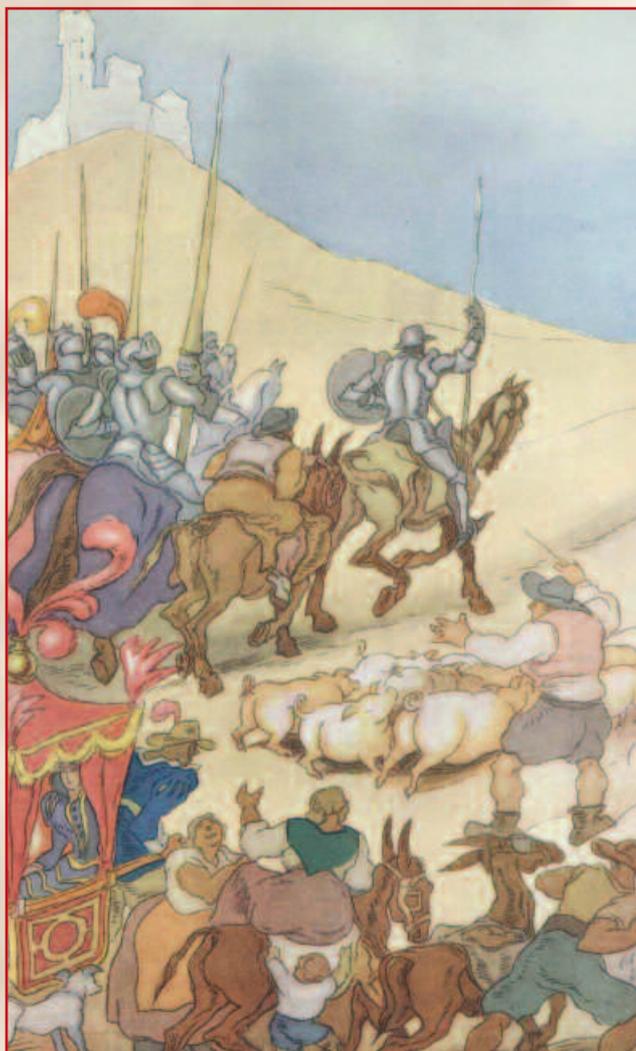
ELOGIO DE LA POBREZA

Antes de transcribir, comentar y traer a estos nuestros tiempos los pensamientos de don Quijote en relación con los trabajos que a las letras y las armas dan sus respectivos caracteres, menester es tener en cuenta que su ingenio apunta ahora al *letrado* y al *profesor de armas*, a quienes contempla desde el logro de sus ambiciones: perito en letras o leyes el uno; mando de unidades el otro, describiendo los caminos que conducen a la satisfacción de sus recíprocos afanes. Y entonces, contrapone la pobreza del estudiante a la del soldado, carencia, dice, que el primero «padece por sus partes, ya en hambre, ya en frío, ya en desnudez, ya en todo junto», pero en la que «es más rico el soldado», porque su magra paga «viene o tarde o nunca»; y en cuanto a su desnudez, es tanta que «un colete acuchillado le sirve de gala y de camisa» de forma que «en la campaña rasa se calienta con sólo el aliento de su boca, que, como sale de lugar vacío» (alusión al poco pan que, de ordinario, mete entre pecho y espalda), «tengo por averiguado que debe de salir frío, contra toda naturaleza». Y en cuanto a la cama, señala que: «jamás pecará de estrecha, que bien puede medir en la tierra los pies que quisiere y revolverse en ella a su sabor, sin temor que se le encojan las sábanas». Parejas necesidades e incomodidades, que a favor del soldado se decantan, pues, llegado el día llega también «la hora de recibir el grado de su ejercicio», o lo que es lo mismo, «de la batalla, que allí le pondrán la borla en la cabeza, hecha de hilas, para curarle algún balazo que quizá le habrá pasado las sienas o le dejará estropeado de brazo o pierna», lo que bien sabía Cervantes-Quijote por propia y desdichada experiencia. Y al exponer tan difícil medro, pregunta a su auditorio: «Decidme, señores, si habéis mirado en ello, cuán menos son los premiados por la guerra que los que han perecido en ella». Así pues, en el soldado, a la pobreza añádese el hecho de la muy probable muerte, pese a lo cual don Quijote encomia el estoicismo con que se enfrenta a su incierto destino. Años después de que don Quijote exaltara estas fatigas e incomodidades, Calderón de la Barca, soldado en Milán y Flandes, expresaría en verso las mismas ideas:

«Aquí la necesidad
no es infamia, y si es honrado,
pobre y desnudo, un soldado,
tiene mayor calidad
que el más galán y pulido;
porque aquí, a lo que sospecho
no adorna el vestido al pecho
que el pecho adorna al vestido.
Y así, de modestia llenos
a los más viejos verás
tratando de ser lo más
y de parecer lo menos».

Y si no a la pobreza pura y dura, porque los tiempos cambian, y aunque la carrera de las armas no produce ricos, que al que es rico y soldado (y alguno hay, pues la excepción confirma la regla) le viene la riqueza de acomodados ancestros y no de las habilidades de su oficio, a la austeridad como cualidad inherente a la vida militar se refieren las *Reales Ordenanzas*, y no una vez, sino varias, dejando bien sentado que el bien a conquistar por el guerrero ni se mide ni se cuenta ni se exhibe y pertenece al reino de lo espiritual. Así, ordena el artículo 51 al soldado que «no manifestará tibieza en el servicio, sentimiento de la fatiga que exige su obligación, ni desagrado por las condiciones que impone la vida militar». El 71, califica de desidioso e inepto al oficial que se excusare «con males imaginarios o supuestos a las fatigas que le corresponden». El 31 exige al militar «ser abnegado y austero», y el 36, sintetizando a los anteriores, «subordinar la honrada ambición a la íntima satisfacción del deber cumplido, pues esta es la mayor recompensa a que un militar puede aspirar».

Así pues, antaño y hogaño, el soldado, más pobre o menos, sí ha de ser pobre de espíritu al modo que establecen las Bienaventuranzas, que dictan al buen cristiano lo que, supuesta su obediencia a los Mandamientos, han de obrar para ser santos, y en lo tocante al ejercicio de las armas, para elevarse a los niveles de lo heroico. Por eso, dice cuerdamente don Quijote rematando el cotejo entre la estrechez civil y la castrense, que «llegar uno por sus términos a ser buen soldado le cuesta todo lo que al estudiante, en tanto mayor grado, que no tiene comparación, porque a cada paso está a pique de perder la vi-



da». Y en llegando a esta sentencia, hasta el Cura, comensal en aquella cena, asintió aprobatoriamente, y ello porque, pese a que como buen clérigo profesaba la pobreza, comprendía que en él era parte de su vocación mientras que en el que a las armas se dedica resulta condición acatada, mas sobrevenida.

SOBRE EL DEBER Y EL ARROJO EN EL COMBATE

Llegado a este punto, pasa don Quijote a comparar los riesgos que corren el estudiante y el soldado, preguntándose: ¿Qué temor (...) puede llegar ni fatigar al estudiante que llegue al que tiene el soldado, que hallándose cercado en alguna fuerza y estando de posta o guarda en al-



▲ Ilustración de Gustavo Doré

gún revellín o caballero, siente que los enemigos están minando hacia la parte donde él está, y no puede apartarse de allí por ningún caso, ni huir del peligro que de tan cerca le amenaza? Solo lo que puede hacer es dar noticia a su capitán de lo que pasa, para que lo remedie con alguna contramina, y él estarse quedo, temiendo y esperando cuándo improvisamente ha de subir a las nubes sin alas y bajar al profundo sin su voluntad. Estas sensaciones, esta proximidad del peligro cierto no son percibidas por el estudiante, salvo con ocasión de travesuras, pendencias o alguna inoportuna visita a casada complaciente, como aquella que hizo el gran Hernán Cortés cuando era aprendiz de leyes y de la que no obtuvo otro provecho que una pierna rota al saltar una tapia perseguido por el marido de la infiel. Pero estos peligros son consecuencia de bullentes hormonas y no propios de la actividad estudiantil, y

además, no está libre de ellos el soldado, a quien también acometen los viriles desasosiegos.

A ese soldado vigilante, al centinela insomne de cuya diligencia depende la seguridad de sus compañeros y del lugar que guarda, refiérense las *Reales Ordenanzas*, y en términos que apenas se separan de los expresados por don Quijote. Y así, dice el artículo 62 que «dará la alerta cuando la situación lo requiera e informará al cabo o comandante de la guardia de las novedades que se produzcan». En el siguiente leemos que «mientras esté de centinela dedicará todo su cuidado a la vigilancia de su puesto», en cuya defensa, el artículo 127 deja pendiente de un hilo la vida del que lo ocupa: «El que tuviere orden absoluta de conservar su puesto, a toda costa lo hará». Lacónico mandato con el que queda claro que si hay que morir, se muere.

En estas disquisiciones se muestra don Quijote como un doctor de la táctica. Ha hablado de la situación defensiva y de las servidumbres que conlleva. Y a

continuación le viene a las mientes lo que acaece en la ofensiva, que, como caballero andante, es la acción de sus preferencias. Pero, curiosamente, él, que es combatiente de tierra adentro y de quien mesetarias tierras fueron los testigos de sus glorias, al describir un masivo ataque se sitúa en el escenario naval. Ahora no perora el «ingenioso hidalgo», que poco sabe de batallas en la ondulante superficie del océano, sino el mismísimo Cervantes cuyo cuerpo quedó tatuado en Lepanto con honrosas cicatrices. Y así, recuerda: «el embestirse dos galeras por las proas quedando enclavijadas y trabadas, viéndose el soldado sin más espacio del que concede dos pies de tabla del espolón y ante los cañones de artillería de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza». Y hace notar que «lo que es más de admirar, que apenas uno ha caído (...), cuando otro ocupa su mismo lugar; y si éste también

cae (...), otro y otro le sucede sin dar tiempo al tiempo de sus muertes». Las *Reales Ordenanzas* reflejan ese ánimo ofensivo y su derivada concantenación de esfuerzos. Dicta el artículo 122 que «el valor, la acometividad, la serenidad y el espíritu de lucha son cualidades que ha de poseer el buen combatiente». El 123 prescribe que «en el combate, todos (...) concentrarán su atención y esfuerzo en el cumplimiento de su misión con plena entrega, sacrificio y energía». Y que, si todos los mandos caen en el encuentro fragoroso, «el soldado más apto tomará el mando y proseguirá la lucha». El 124, que «el combatiente, solo o como miembro de una unidad o tripulación, pondrá el mayor esfuerzo en conseguir el objetivo asignado, apoyándose en sus compañeros y auxiliándoles en el cumplimiento de su misión». El 125, que «en todo momento del combate proseguirá la lucha con ánimo resuelto hasta conseguir el éxito, llegando, si es preciso, hasta el total agotamiento de sus medios».

Acabada esta reflexión que, como hemos visto, las *Reales Ordenanzas* recogen, lanza don Quijote una condena que a los artilleros nos escuece por injusta, y que no puedo por menos de contradecir objetando razones que me parecen tan honorables como lógicas y que, si ocasión hubiese tenido, habría presentado en aquella cena aun corriendo el riesgo de provocar la ira de nuestro noble caballero.

EL ALEGATO ANTIARTILLERO

En efecto, don Quijote arremete al final de su discurso contra los artilleros y sus ingenios, y con tanta destemplanza que, de no ser cristiano viejo sus denuestos habríanse extendido sin duda hasta la santa que veneramos. De modo que, caballero de lanza, espada y armadura, exclama, incontenido: «Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería, a cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invención, con lo cual dio causa que un infame y cobarde brazo quite la vida a un valeroso y noble caballero, y que, sin saber cómo o por dónde, en la mitad del coraje y brío que enciende y anima a los valientes pechos, llega una desmandada bala (disparada de quien quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la

maldita máquina), y corta o acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecía gozar luengos siglos». Pues bien, con algunas centurias de retraso voy a salir al paso de estas acusaciones, pues artillero soy y de ello me precio, y no me espanta, como don Quijote aventura, el resplandor de los fuegos de mis armas. Que si valor y honor tienen los que a caballo o a pie acometen al enemigo, no nos faltan esos dones a quienes con la tormentaria apoyamos su maniobra ahorrándoles vidas y quitándoselas al contrario. Y tan eso es así, que en la bélica jerga no se ha encontrado mejor expresión para explicar el celo y los esfuerzos del que batalla que aquella de *estar al pie del cañón*.

No se me escapa que en este visceral alegato es Cervantes quien habla de nuevo a través de don Quijote, y ello porque, en Lepanto, de un arcabuzazo le quedó inútil la mano izquierda, de manera que mal recuerdo podía tener de la pólvora y los proyectiles. Pero salvado esto, de lo que se deduce la filípica transcrita, y razonando con cordura, hay que decir a Cervantes-Quijote que un cañonazo informó a la humanidad de la existencia de América; que unos pocos cañones más ruidosos que certeros contribuyeron a la conquista de México por el Marqués del Valle y que con un estampido intimidador comenzó en Cajamarca la conquista del Perú. Y a estas observaciones, otras puedo añadir, pues con el arma de fuego nuestros rodeleros mutáronse en mosqueteros por obra y gracia del Gran Capitán, quien, con el uso de tan eficaz ingenio amplió los espacios de la batalla, la cual cobró a partir de entonces la categoría de pugna de inteligencias y confrontación de movimientos ganando los laureles de la victoria no la parte más fuerte sino la más hábil. Y de acuerdo con esto, tan evidente, nuestros hábiles Tercios fueron terror de todos los ejércitos a lo largo y ancho de Europa durante dos trepidantes siglos.

¿Y qué decir de las aptitudes del artillero para merecer los tratamientos propios de la Caballería? Porque tales alcanzó, por ejemplo, don Francisco Ramírez de Madrid, quien, cuando la guerra de Granada y durante la jornada de Gibraltar, fracasada la porfía de la Infantería por abrir brechas en las murallas de la fortaleza malagueña, con sus truenos abatió los pétreos muros facilitando la invasión del recinto y su poste-



rior conquista. Allí mismo, ante aquellos lienzos desmayados por su acción plena de acierto, el rey don Fernando el Católico le armó caballero, condición que heredamos cuantos hemos seguido la estela de aquel primer general de nuestra Artillería, el cual, por cierto, a más de bravo debía poseer un buen caletre, pues la docta Beatriz Galindo lo eligió como marido, y no creo yo que tan alta señora, con autoridad docente sobre la mismísima reina Isabel, se casase con cualquier lego.

Y ya que hablamos de *buen caletre*, he de añadir que el que quiera ser artillero ha de poseer esta cualidad, ya naturalmente, ya como efecto de su voluntad, y que es esta opción, pues requiere esfuerzo, la preferible para integrarse en la grey de la Artillería. Que inteligencia sin ejercicio poco vale, a diferencia del entendimiento adquirido robándole horas al sueño y haciendo trabajar a la mente, como don Quijote con sus lecturas, «de claro en claro y de turbio en turbio». Y no es vanagloria, sino gloria a secas, afirmar que los artilleros hemos contribuido a que la alquimia se llamase química y astronomía la astrología, las regiones del mundo se plasmasen en mapas, mejorase la metalurgia y se perfeccionasen y generalizasen los caminos mediante la utilización del explosivo, que sirve para hacer la guerra pero también para laborar en la paz. En consecuencia, y concluyo con la defensa del gremio al que pertenezco, resultamos los artilleros tan soldados como los que tan caros a don Quijo-

te son y tan obligados como ellos por las *Reales Ordenanzas*, que, por cierto, no distinguen entre quienes manejan armas blancas o de fuego.

LAS HERIDAS HONROSAS Y ALGUNAS DIGRESIONES

Si las letras aventajan a las armas o viceversa, es cosa difícil de saber. Lo cierto es que don Quijote con su discurso demostró ser un retórico de primera, y Cervantes, quien lo puso en su boca, merecería ser incluido en la relación de nuestros tratadistas. Sobre el asunto volvió siglos más tarde el gran Antonio Machado, quien pensando en sí mismo y en su posible gloria como poeta, tal vez teniendo en cuenta el quijotesco parlamento y deseando que en tablas termine la complicada partida, escribió en rimados alejandrinos:

«¿Soy clásico o romántico? No sé. Dejar quisiera mi verso, como deja el capitán su espada: famosa por la mano viril que la blandiera, no por el docto oficio del templador preciada».

Salgamos ahora de aquellos sabios razonamientos de nuestro caballero andante para buscar los del propio Cervantes en relación con los hechos que le llevaron a ser el manco más famoso de la historia. Y así, cuando prologa la Segunda Parte de su *Ingenioso hidalgo*, solo echa en cara al incógnito Avellaneda: «que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase



por mí, o si mi manquedad hubiera nacido en una taberna, sino en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros». Y a continuación, como ya hiciera en *El Laurel de Apolo* su enemigo Lope (quien, por aquello de molestar fue quizá la musa del tal Avellaneda), dedica a su mano inválida un encendido elogio: «Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas, a los menos, en la estimación de los que saben dónde se cobraron; que el soldado más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga; y esto es en mí de manera, que si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella facción prodigiosa que sano ahora de mis heridas sin haberme hallado en ella». El Cervantes que expresó esto se hallaba más cerca de la muerte que de la vida, su triunfo como escritor no era ya español sino europeo, pero en aquel tiempo próximo a su instalación en el recuerdo eterno de los hombres retorna su pluma a la evocación de «la más alta ocasión que vieron los siglos», en la que participó y de la que obtuvo la marca que emparejó su gloria en

las letras con la gloria de las armas.

Procede señalar que además de heroico soldado fue

Cervantes sufriendo cautivo, situación nada deseable, ajena a todo ánimo y en la que honor y valor se han de fundar en la paciencia, virtud que solo en el santo Job fue ilimitada. En efecto, tras la jornada de Lepanto había convalecido largamente en Mesina, donde le visitó su general don Juan de Austria. Con cartas de recomendación de este, que, presumiblemente, debían proporcionarle un buen empleo en España, retornaba a las costas patrias con su hermano Rodrigo cuando la nave en que viajaban fue asaltada por piratas argelinos, y sus ocupantes llevados a Argel. El dey, Asan Bachá, los incorporó a su lucrativo negocio consistente en cambiar hombres por dinero.

Por cuatro veces en los cinco años que duró su cautiverio, intentó Cervantes la fuga, con lo que a sus dictámenes ordenancistas expresados con la pluma, añadía ahora otro materializado con su ejemplo: «el militar, en caso de caer en poder del enemigo —dicen las *Reales Ordenanzas* en su artículo 142— hará todo lo necesario para evadirse y ayudar a que sus compañeros lo hagan». Su segunda tentativa fue la que estuvo más cerca del éxito: liberado su hermano, acordó con él una fecha para que, con una embarcación, acudiera a hacer posible su huída. Otros quince cautivos le acompañarían, quienes escarparían escalonadamente ocultándose en un bosque cercano hasta una semana antes de la evasión definitiva, reuniéndose para ello todos en una cueva situada a me-





▲ Monolito levantado
delante de la cueva donde se refugió
Miguel de Cervantes

dia ladera entre el palacio del dey y el puerto y desde la que se podía divisar la llegada del barco salvador. Un converso al islam apodado «El Dorador» mantuvo alimentados a los fugitivos hasta el último momento, traicionando entonces su confianza. Cinco meses de confinamiento en las mazmorras de la Kasba fue el resultado de la aventura.

Vengamos ahora al año presente, año de *El Quijote*, y por ende, de quien concibió al universal personaje. Aquella gruta cervantina se hallaba —y se halla todavía— en el barrio argelino de El Hamma, a la izquierda según se baja hacia el área portuaria y frente al número 76A del Bulevar de Cervantes (nombre dado a esa vía urbana por las autoridades municipales de Argel). Está al fondo de una terraza natural desde la que se contempla una hermosa panorámica de la bahía.

En relación con este espacio se pueden reseñar unos interesantes datos contemporáneos: en el mes de marzo de 1887, la dotación de una escuadra española que ancló en Argel quiso recordar la presencia de Miguel de Cervantes en aquella ciudad y colocó una placa conmemorativa sobre la entrada de la gruta que le sirvió de esperanzador refugio cuando por segunda vez buscó la libertad. Después, hacia los años veinte del pasado siglo, la colonia española de Argel

(numerosa entonces) acondicionó la zona e instaló una fuente y un cipo con estela y blasón en la terraza a la que la cueva se abre, conjunto monumental que todavía existe. Los disturbios acaecidos en 1988 dejaron su lamentable huella en aquel entorno aunque nada tuviera que ver con los problemas políticos y religiosos que los originaron. Por desgracia, hoy día no es agradable un paseo por el lugar, que está sucio, abandonado y sin referencias a quien rinde homenaje. Fijado a la pared del edificio fronterero, el visitante puede leer (sin que le quepa explicarse por qué) el nombre de la calle: «Boulevard de Cervantes». Unos adolescentes que exhiben unos papeles dudosamente oficiales, se ofrecen, por unas monedas, a mostrar la cueva (cerrada con mohosa reja) al transeúnte que, intrigado, echa la mirada al recinto.

En 1999, dos funcionarios de nuestra Embajada recuperaron la placa, que estaba sumida en los detritos de un vertedero cercano, y ahora luce en una de las paredes del despacho del Agregado de Defensa. Evidentemente, su localización actual es honorable, pero no está donde debe de estar. Mientras tanto, continúa vulnerable ese monumento argelino, el único que a la memoria de Cervantes hay erigido en el continente africano, en una ciudad donde desarrolla su actividad el instituto que lleva su nombre y que es capital de una nación a cuya lengua han sido, entre tantas otras, traducidas las aventuras de *El ingenioso hidalgo*. A alguno de nuestros organismos públicos *de cuyo nombre no quiero acordarme* (digo, prudente, echando mano de la amnesia cervantina), le corresponde la tarea diplomática y cultural de promover su restauración. Hermosa cooperación sería, entre Argelia y España, en este año crucial, la de honrar así la memoria de aquel escritor-soldado (o soldado-escritor, qué más da) con quien tiene una deuda inmensa la Humanidad.

BIBLIOGRAFÍA

Cervantes, Miguel de.- *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.

Doctrina para el Empleo Táctico de las Armas y los Servicios, 1980.

Reales Ordenanzas para las Fuerzas Armadas. Ley 85/1978.

Diccionario de la Real Academia Española. ■

Génesis y difusión de *El Quijote**

■ ■ ■ JUSTO GARCÍA MORALES.

Sección de Cervantes de la Biblioteca Nacional.

**Artículo ya publicado en el n.º 93 de esta revista correspondiente a octubre de 1947, número extraordinario editado con motivo del IV Centenario del nacimiento de don Miguel de Cervantes Saavedra.*

Con razón podemos ufanarnos los españoles de poseer en nuestra riquísima literatura la obra profana que más se ha reimpreso y traducido: *El Quijote*. Por ello creemos que el mejor homenaje que debemos brindar a la inmarcesible memoria de Cervantes, en este cuarto centenario de su nacimiento, es enumerar y divulgar, siquiera sea brevemente, algunas de las particularidades que coincidieron en la génesis y difusión de su inmortal novela.

¿CUÁNDO Y CÓMO SE ESCRIBIÓ EL QUIJOTE?

Una curiosidad muy natural nos incita a conocer las circunstancias que rodearon la concepción de todas las grandes obras artísticas. Queremos penetrar un poco dentro de ese maravilloso halo de luz que envuelve al genio en el momento de su máxima exaltación espiritual. La mayoría de las veces resulta vano este empeño. El tiempo y el olvido, unidos a la indiferencia de los contemporáneos, ponen inabordables barreras a nuestro propósito.

¿Cuándo y cómo escribió Cervantes su *Don Quijote*? Trataremos de satisfacer la curiosidad del lector, exponiéndole las pocas e inconexas noticias que sobre este particular poseemos.

Al comenzar el siglo XVII, Cervantes sentía acercarse la vejez. Cincuenta y tres años son muchos años cuando se ha vivido intensamente. Su espíritu, sereno y equilibrado siempre, se había templado como el acero en las amargas aguas



▲ Don Quijote. Ignacia Zuloaga

de la ingratitud y del desengaño. Su heroísmo, sorprendente aun en aquella época esplendorosa, no había recibido la recompensa que merecía. Y no fue esto culpa de nadie, sino de su mala



▲ Don Quijote. Gustavo Doré

estrella, o quizá inescrutable designio de Dios, que sabe los secretos de la maravillosa alquimia que transforma el dolor en virtud o en belleza. Tres graves heridas, largos años de cautiverio, varias comisiones militares reservadas y difíciles no merecieron otro premio que modestos cargos subalternos. Por entonces, el insigne manco se encontraba sano en Sevilla, antesala de las Indias y rico emporio donde se entremezclaba y confundía cuanto de bueno y de malo ofrecía la abigarrada España de los Felipes: riquezas, arte, religiosidad y picaresca. Buen escenario para un espíritu observador y comprensivo como el de Cervantes, que de los inútiles afanes del mundo hacía pura obra artística. Su ironía suave, piadosa como un bálsamo, limaba las duras y descarnadas aristas de la realidad y la ennoblecía con una delicada y casi imperceptible filosofía.

En aquellos años, Cervantes se ganaba la vida como encargado de hacer acopios de víveres para nuestras Armadas. Aun en los cargos administrativos su vida estuvo unida siempre a la suerte de los Ejércitos españoles, pues en realidad desempeñaba un papel muy semejante al de los actuales miembros del Cuerpo de Intendencia. Tarea ingrata y poco brillante que le ocasionó innumerables disgustos, pero que le puso en contacto con la realidad palpitante de la vida nacional. Tenemos una abundante documentación de aquella época, en que su nombre glorioso aparece unido a miles de arrobas de aceite, de fanegas de trigo y de cebada, a los vulgares apellidos de arrieros, molineros, carreteros, bizcocheros, alguaciles y demás gente de este jaez.

Los escasos días de reposo que su inquieta profesión le permitía, Cervantes los dedicaba a

cultivar la amistad de los hombres de letras, frecuentando no las academias cultas y elegantes de los consagrados, sino los círculos modestos y un tanto tabernarios de los poetas hampones y apicarados. Nunca se había extinguido en él la afición por la literatura, que se inició en su adolescencia; se desarrolló en el ocio del cautiverio, y culminó a su regreso de Argel entre la alegre gente de la farándula. Las dos grandes ilusiones de su vida fueron la milicia y el teatro. Ni la una ni la otra se le lograron: en la primera tropezó con el rigor de su menguada fortuna; la segunda, porque en el momento en que se iniciaba su carrera dramática surgió «el gran Lope de Vega», a quien él también llamaría el «Monstruo de la Naturaleza», y que al *alzarse con la monarquía del Teatro* anuló a todos los que para él escribían, y entre ellos a Cervantes.

Esto y otros motivos poco o nada conocidos que debieron de existir originaron la fría amistad o enemistad encubierta que hubo entre el Fénix y el Príncipe de nuestras letras, y que tuvo no pequeña parte en la génesis de *El Quijote*, lleno de terribles ironías contra Lope, hasta el punto de que todos los versos preliminares de nuestra gran novela son una constante y finísima sátira de los extravagantes y fogosos apasionamientos de Lope de Vega. Puede asegurarse —y no somos los primeros en mantener esta opinión, que han compartido con nosotros muy eruditos críticos— que muchas de las locuras del ingenioso hidalgo, incluso su exaltación amorosa por Dulcinea, no son otra cosa que una ridiculización de los defectos del Fénix, unida a una más amplia parodia de la absurda literatura caballeresca, por la que entonces el pueblo sentía una desmedida afición.

Tales eran las ocupaciones y preocupaciones de Cervantes cuando el año 1602 entró en la Cárcel Real de Sevilla a causa de no haber rendido unas cuentas de las muchas en que intervenía por sus comisiones y apremios.

La cárcel de Sevilla era el más pintoresco y a la vez espantoso lugar de la abigarrada España de entonces. En ella convivían repugnantes criminales con personas como Cervantes, a las que su mala estrella conducía a tan inmundas Babel. Los presos eran innumerables; el escándalo, continuo. Se jugaba en tablas alquiladas, se bebía y comía en sus cuatro bodegones, alternan-

do los cantos báquicos con los lamentos de los condenados a muerte. Aquel fue el escenario que rodeó a Cervantes mientras escribía *El Quijote* por ahuyentar sus negros pesares, y quizá por preparar unos miserables recursos para cuando saliera de tal infierno «donde toda incomodidad tenía su asiento y donde todo triste ruido hacía su habitación».

LA EDICIÓN PRÍNCIPE DE *EL QUIJOTE*

Cervantes, al salir, por fin, de la Cárcel Real de Sevilla, debió de pensar en buscar algún dinero con que atender a sus más perentorias necesidades. Allí estaba el cartapacio de su novela a medio concluir, con el que creyó que quizá conseguiría varios centenares de reales. En Toledo o en Valladolid, donde a la sazón se hallaba la Corte, remató la *Primera Parte*, y algún tiempo después se la entregó a su amigo y paisano el librero (editor diríamos ahora) Francisco de Robles. Nada sabemos de la cantidad que percibió por la venta de la propiedad de *El Quijote*, aunque es presumible que no fue mayor de los 1.600 reales que cobró por sus *Novelas Ejemplares*.

El primer problema bibliográfico que presentan las impresiones de *El ingenioso hidalgo* es el precisar la fecha en que apareció su edición príncipe. Se ha querido asegurar que fue en 1604, y no en 1605, cuando vio por primera vez la luz, porque en un libro registro que por entonces llevaba la Hermandad de libreros, y en un asiento que comienza aquel año de 1604, figuran «2 *Don Quixotes*, a 85 pliegos». Por otra parte, se habla ya del famoso héroe en unos versos de *cabo roto* que preceden a la novelita *La pícarra Justina* (compuesta en 1604); y Lope de Vega, en cierta carta de fecha insegura, aunque atribuida al mismo año, dice malignamente de nuestro autor: «... De poetas no digo. Muchos en ciernes para el año que viene, pero ninguno hay tan malo como Cervantes, ni tan necio que alabe a *Don Quijote*». A pesar de todo esto, parece seguro que fue en los primeros días de 1605 cuando vio la luz la más reproducida de las novelas que se han publicado.

Los ejemplares de la que actualmente se considera edición príncipe (en los que ha creído hallar variantes el bibliógrafo don Homero Serís) escasean mucho, y ya en 1912 adquirían un pre-



cio de 1.460 libras esterlinas. La causa de esta rareza la atribuyó don Francisco Rodríguez Marín al gran número de ejemplares que se enviaron a América (unos 1.500 antes de 1606), y que, por las circunstancias climatológicas de aquel Continente, se han perdido en su mayoría.

En cuanto al aspecto material de los primeros ejemplares, puede asegurarse que nada dice en ellos la magnífica estrella con que nacieron al mundo de las letras. Su papel es malo, amarillento; sabemos que procedía de los molinos de El Paular; sus tipos redondos, grandes y desgastados (caracteres conocidos técnicamente con los nombres de *atanasios*, los del texto, y *curtivos de lectura*, los de los epígrafes); las iniciales, toscas y emborronadas. Abundan las erratas y hasta la foliación está equivocada. Si acaso hay en él algo pomposo y opulento, son los barrocos títulos del magnate a que van dedicados, y que tan mezquinamente se portó con Cervantes. Quizá nos hable algo del maravilloso destino de la obra el anchuroso escudo tipográfico que aparece en la portada con su leyenda: *Post tenebras, spero lucem*, a la que tanto partido se le ha querido sacar, aunque ya en 1592 la usaba el tipógrafo madrileño Pedro de Madrigal. En cuanto al impresor Juan de la Cuesta, que tuvo el honor de fijar por primera vez el texto de *El ingenioso hidalgo*, poseemos referencias de que era un modesto tipógrafo segoviano, que en 1599 vino a Madrid a regentar el taller de María de Quiñones. Su imprenta, una de las cuatro que había entonces en Madrid, se hallaba en la calle de Atocha, aunque luego se trasladó al próximo callejón de San Eugenio.

El texto de la primera edición aparece dividido en cuatro partes, aunque luego el mismo Cervantes, al publicar en 1615 su verdadera *Segunda Parte*, prescindió de esta división, por lo que no se sigue en las ediciones modernas. También ha extrañado a los bibliógrafos que *El Quijote* apareciera sin algunos de los requisitos que solían llevar las obras de entonces: la licencia del vicario, la aprobación o censura eclesiástica y la civil o del Consejo Real. En cuanto a las numerosísimas erratas que afean el texto, no pueden atribuirse todas a descuido del tipógrafo, pues hay omisiones de pasajes enteros, como aquel en que se habla de la pérdida del rucio de Sancho; más creemos que se debieron a la forma en

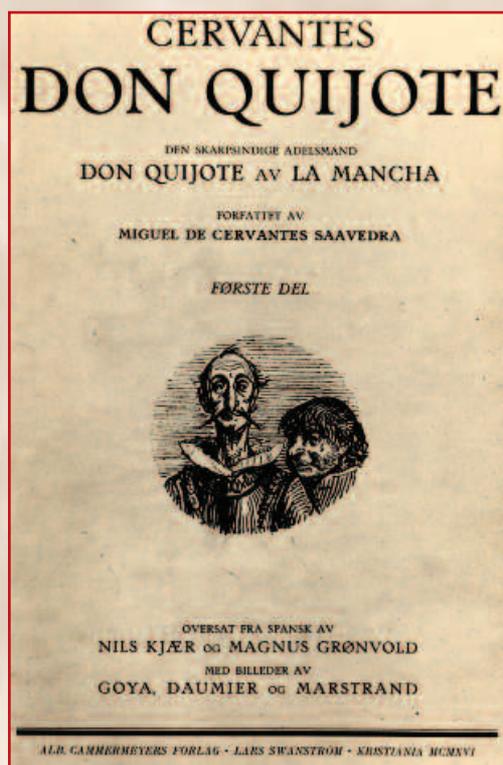
que Cervantes componía sus libros, sin un ambiente propicio y tranquilo. Desde luego no corrigió las famosas pruebas de su inmortal obra (pruebas que creyó haber encontrado fantásticamente un editor, y cuyo supuesto hallazgo hizo trasladarse precipitadamente de Madrid a Palencia a don Marcelino Menéndez y Pelayo), primeramente porque entonces no se solían corregir, y después porque Cervantes no se encontraba por entonces en Madrid. Las erratas de *El Quijote* han sido continua obsesión de sus comentaristas, que hubieran dado cualquier cosa por poseer ese manuscrito que con frecuencia buscan en nuestra Biblioteca Nacional algunos lectores poco enterados.

ÉXITO Y DIFUSIÓN DE *EL QUIJOTE* EN EL SIGLO XVII

Pocas obras de la literatura española, y aun extranjera, han tenido un éxito tan rápido y definitivo como *El Quijote*. En el mismo año de su aparición se hicieron ya siete ediciones distintas: dos en Madrid, por Juan de la Cuesta; tres en Lisboa, por Jorge Rodríguez y Pedro Crasbeeck, y otras dos en Valencia, por Pedro Patricio Mey. El gran favor que este libro mereció del público lo comprueba, además, el hecho de que, dos meses después de su aparición, dos tipógrafos lisboetas se decidieran precipitadamente a reproducirlo, aprovechando la circunstancia de que la obra solo tenía privilegio para Castilla y no para los otros reinos que formaban entonces la nación española. Esto obligó a Cervantes a dar poder a Diego de Alfaya y a Francisco de Mar para querellarse contra los que en Lisboa habían reimpresso *El ingenioso hidalgo*.

Pero, aunque rápido, no fue un éxito efímero el de *El Quijote*, y nuestro autor pudo ver impresas, en los once únicos años que le quedaban de vida, catorce ediciones castellanas, una inglesa y dos francesas. Por cierto que, a propósito de la popularidad que alcanzó en Francia este libro, cuenta el licenciado Márquez Torres, en la aprobación de su *Segunda Parte*, que varios de los caballeros que formaban parte de la comitiva del embajador extraordinario Duque de Mayenne mostraron deseos y lograron ver a Cervantes en su pobre buhardilla de la calle de Francos, donde le demostraron su devoción y entusiasmo por su obra. ¡No pequeño consuelo para el insigne





▲ Edición Noruega (1916)



▲ Edición Turca (1933)

alcalaíno, en medio de las amarguras e ingratitudes que acibararon su vida!

En la centuria decimoséptima se hicieron ya 77 ediciones distintas de *El Quijote*: 29 castellanas, 22 francesas, 12 inglesas, 6 alemanas, 5 holandesas y 3 italianas. Nuestros hermanos los italianos no se distinguieron entonces, ni tampoco después, por su entusiasmo por la inmortal novela, no obstante los innumerables lazos de religión, gustos y raza que nos son comunes.

Las más notables de estas traducciones se deben a Tomás Shelton y a J. Philips, las inglesas; a César Oudin, F. de Rosset y Filleau de Saint-Martin, las francesas; a Basteln, las alemanas; a Lamberto van den Bosch, las holandesas, y a Lorenzo Franciosini, las italianas.

Las primitivas impresiones aparecieron desprovistas de toda clase de láminas e ilustraciones. Únicamente en la portada llevaban pequeños grabaditos de surtido, de los que solían mostrar los libros de caballerías. En 1618, Blaunte adornó la portada de una de las traducciones inglesas con cierta pequeña lámina en que por

primera vez aparecen, de forma extraña por cierto, las figuras de Don Quijote y de Sancho. Treinta años más tarde, un dibujante alemán desconocido se atrevió a dibujar cinco estampas quijotescas, en que se representa muy joven al héroe y muy cabezudo a Sancho. Pero es en Holanda, tierra de grandes pintores y grabadores, donde en realidad se hacen las primeras ilustraciones de *El ingenioso hidalgo*, muy reproducidas ciertamente en aquellos años. A Salomón Savry y a F. Bouttas se debe la discutible gloria de haber iniciado, con poco acierto en verdad, la interpretación plástica de los personajes cervantinos. Un pésimo grabador y dibujante español, Diego de Obregón, calca mal y algo añade por su cuenta, en la edición madrileña de 1673 o 1674, a estos dibujos iniciales. Todavía un inglés que firma con las iniciales J. P., adorna con un frontispicio muy impropio la impresión inglesa de Tomás Hodgkin (1687).

El Quijote fue recibido por las gentes contemporáneas como una obra extraordinariamente regocijada, en la que un loco estafalario seguido

de un criado necio y glotón hacía mil divertidos disparates. No calaron más hondo. Nada vieron en él simbólico ni trascendental. La actual manera que tenemos de ver y comprender *El ingenioso hidalgo* es hija del siglo XIX, y más concretamente del romanticismo. La anécdota incierta, pero muy repetida, que cuenta cómo Felipe IV, viendo un día desde los balcones de Palacio reír a carcajadas a un estudiante que leía un libro, aseguró primero y logró cerciorarse después de que la obra que tenía entre sus manos no era otra que *El Quijote*, comprueba este concepto bufonesco que mereció entonces nuestra más profunda novela. Todavía las gentes sencillas que se deleitan con *El ingenioso hidalgo* no admiran en él otra cosa.

La gran popularidad que consiguió *El Quijote* en la primera centuria de su aparición no la testimonia solo el crecido número de reimpressiones que de él se hicieron, sino las repetidas imitaciones que mereció y su influencia reflejada en todas las artes. Músicos, pintores y dramaturgos compitieron en el honor de seguir a Cervantes: Shakespeare, Calderón, Guillén de Castro, Alarcón..., entre otros muchos, toman de él argumentos para sus obras. La escuálida figura del buen manchego se paseó por plazas y calles públicas, en festejos populares como mascaradas, estafermos, juegos de cañas, etc. Lo mismo en los blancos y recientes poblados de las lejanas Indias, como en los señoriales castillos de la Europa central, desde un principio las gentes se acostumbraron a ver de carne y hueso los héroes fantásticos de Cervantes.

EL QUIJOTE EN EL SIGLO XVIII

Debemos al siglo XVIII la adecuada valorización de *El Quijote*, y los primeros intentos en la interpretación y anotación de su texto, a la vez que dos documentados estudios de la vida y de la obra de Cervantes. En él se hace doble número de ediciones que en la centuria anterior (ciento cincuenta y cinco), enriqueciéndose la bibliografía cervantina con dos versiones rusas, debidas a N. Osipov; una danesa, hecha por Teodora Biehl; otra polaca, de autor que se encubre con las iniciales F. H. P. K. M., y una, en fin, portuguesa, de traductor anónimo.

Las primeras impresiones del siglo XVIII poco ofrecen de particular: la parte tipográfica es ordi-

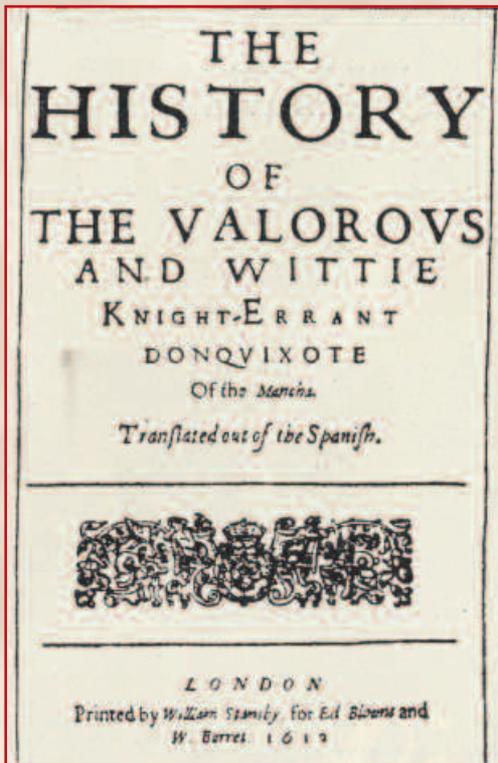
nariamente mala; van adornadas con las primitivas ilustraciones, y a veces llevan estrambóticos subtítulos y preliminares como los que puso Torres Villarroel a la edición madrileña de 1730. Y así hasta que en 1738 aparece en Londres una impresión castellana patrocinada por el Barón de Carteret, precedida de una meritoria biografía de Cervantes escrita por el insigne erudito Mayans y Siscar; va ilustrada con sesenta y ocho magníficas láminas de Vanderbank. Poco después empiezan a reproducirse en España los grabados de Coypel, y como curiosidad indicaremos que la primera impresión en que la palabra Quijote se escribe con *j* y no con *x* es la de Madrid, Manuel Martín, 1765. Quince años más tarde, el célebre tipógrafo madrileño don Joaquín Ibarra publica una excelente edición corregida por la Real Academia Española, y acompañada de una interesante vida de Cervantes compuesta por el Teniente Coronel don Vicente de los Ríos; la impresión es magnífica, y aunque no tan notables las treinta y una láminas que la ilustran, obra de seis dibujantes distintos (Carnicero, Castillo, Barranco, Brunete, Gil y Ferro), presentan el interés de ser el primer intento serio de interpretar plásticamente *El Quijote* en España. También avalora esta impresión un mapa de los parajes por donde anduvo el «Ingenioso Hidalgo».

El año de 1781 es célebre en los anales cervantinos por haber visto luz en Salisbury el primer comentario de *El Quijote*, hecho por el inglés John Powle, comentario que aun hoy día es preciso consultar.

También merece especial mención la impresión de don Gabriel Sancha (Madrid, 1727), muy cuidada y adornada con láminas de Camarón, Ximeno y Paret, y sobre todo valiosa por las notas y estudios de don Juan Antonio Pellicer sobre *El Quijote*.

Los ingleses en el siglo XVIII extreman su entusiasmo por *El ingenioso hidalgo* hasta el punto de reproducirlo cuarenta y nueve veces, trece más que en España, y lo enriquecen con láminas de Vanderbank, Hayman, Wale, Riley, Corbould y Kirk, comentando su texto y publicando la primera edición de lujo de la novela cervantina. P. Motteux, Ozell, Jarvis, Smollet, Kelly y Wilmont son los mejores traductores anglosajones de este siglo. Como anécdota curiosa nos referiremos a la pasión con que el General inglés conde de Peter-





▲ Edición inglesa (1612)



▲ Edición polaca (1815)

borough se entregaba, en Valencia, con descuido de sus ocupaciones castrenses, a la lectura de *El Quijote*, durante la guerra de Sucesión.

No son literariamente muy notables las cuarenta y siete versiones francesas de *El Quijote* que se hacen en este mismo siglo, obra de Vacquette d'Harmilly y del caballero Florian, pues modifican y arreglan el original a su sabor. Antoine, Arrewyn, Bonard, Coypel, Demeuse, Tremolier, Le Bas, Cochin fils, Boucher y Julien son los mejores ilustradores de la época.

Los alemanes hacen once ediciones en este siglo (traducciones de Bertuch y Tieck, ilustraciones de Chodowiecki), y cuatro los holandeses.

Conviene hacer notar que una de las primeras veces que se emplea la palabra *romántico* va unido este vocablo a la novela de Cervantes. Aparece en los versos que acompañan una lámina quijotesca publicada en cierta edición de 1774. No es una mera casualidad esto, sino un indicio seguro del prerromanticismo que se inicia a finales del siglo XVIII, y que ha de dar toda la trascendencia que hoy día tiene a la inmortal novela de Cervantes.

APOTEOSIS DE EL QUIJOTE EN EL SIGLO XIX

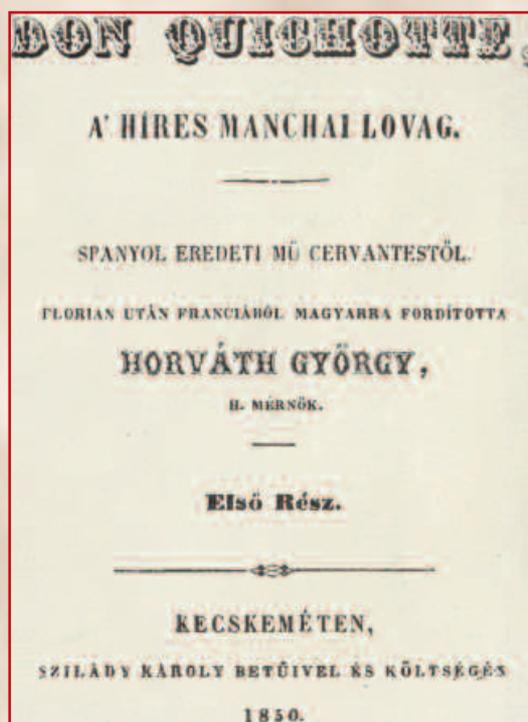
Las grandes obras artísticas, y entre ellas los buenos libros, cuanto más tiempo trascurre adquieren más mérito y solera. Esto sucede en el caso de *El ingenioso hidalgo*, y lo evidencia más que nuestra apreciación personal el hecho de que en el siglo XIX casi se cuadruplica el número de las impresiones de la centuria anterior (aproximadamente unas quinientas setenta y cinco). *El Quijote* llega a su apoteosis. Los pensadores alemanes lo consideran un libro sublime en el que se compendia la eterna epopeya de la Humanidad, siempre fluctuando entre el ideal exaltado del buen Alonso Quijano y el prosaico realismo de su escudero. En España se inicia una concienzuda labor de anotación y comentario textual, desde las notas sueltas y rudimentarias de Ideler hasta la sólida investigación biográfica del marino Fernández de Navarrete, sin olvidar, claro está, las magistrales anotaciones de don Diego Clemencín, padre de los estudios cervantinos; ni las de Arrieta, E. Sales A. M., Ochoa, Hartzenbusch (que tuvo la caprichosa



▲ Edición Serbia (1882)

idea de trasladar a Argamasilla una imprenta para imprimir allí nuestra novela); de Cuesta, Janer, del olvidado cuanto meritorio León Maínez, de Tárrego y de Asensio.

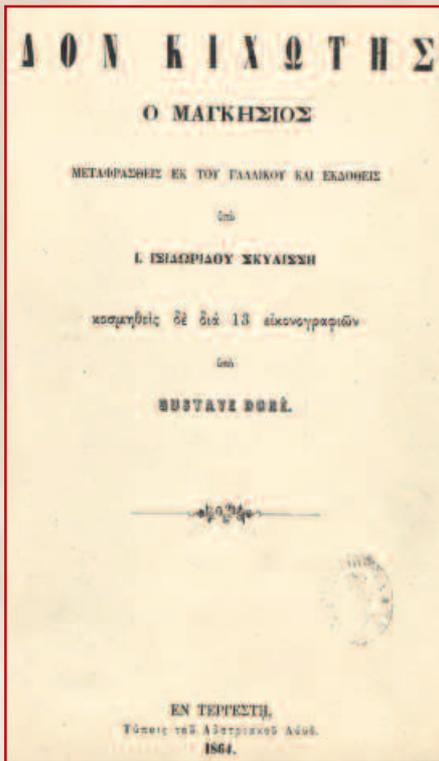
La interpretación gráfica de *El Quijote* adquiere una gran perfección. Muy buena en este sentido es la edición de Gorchs de 1859, en que colaboran nueve dibujantes distintos, entre ellos Madrazo, Espalter y Fluyxench. También merecen citarse los dibujos de Zarza, Urrabieta, Barneto, Narváez, Puiggarí y Pahisa. La invención de la litografía y de la técnica tipográfica del color nos permite disfrutar de las láminas de Apelles Mestre, De los Ríos (aguafuertes), Pellicer, Balaca, Seriná, Barráu y Moreno Carbonero. Nuestras impresiones tampoco desprecian los dibujos de artistas extranjeros como Cruikshank, Johannot, Staal, Nanteuil (magníficas de colorido), David, y sobre todo las maravillosas de Gustavo Doré, que para hacerlas con toda propiedad se trasladó y viajó por nuestra Patria. Mediado el siglo, el Coronel López Fabra hace la primera edición facsímil de la inmortal novela, con extraordinaria perfección.



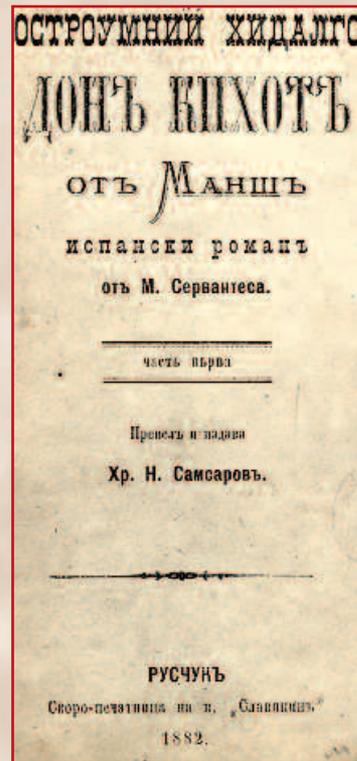
▲ Edición húngara (1850)

A mediados de este siglo, el insigne erudito don Adolfo de Castro, gran conocedor del lenguaje de nuestros clásicos, cayó en la indisculpable tentación de falsificar una obra de Cervantes, *El Buscapié*, diciendo que la había encontrado después de estar varios siglos olvidada. Tal libro, del que se había hablado de forma vaga, y que era una especie de reclamo editorial a la moderna de *El Quijote*, originó una terrible polémica, en la que intervinieron numerosos escritores, hasta que don Bartolomé José Gallardo y don Cayetano Alberto de la Barrera demostraron con mucha gracia y erudición el carácter espurio de *El Buscapié*.

La travesura de don Adolfo de Castro quizá dio lugar a que varios literatos del siglo XIX sufrieran la peregrina ilusión de creer que *El Quijote* estaba escrito en forma simbólica o en clave, y que en su texto Cervantes encubre terribles ataques a las más respetables personas e instituciones de su época. Fueron muchos los autores que sostuvieron tal teoría, aunque nunca se pusieron de acuerdo en los detalles. Don Nicolás Díaz de Benjumea, en sus obras *La estafeta de Urganda*; *El correo de Alquife*; *El mensaje de*



▲ Edición griega (1864)



▲ Edición búlgara (1882)

Merlín, y en otras por el estilo, mantuvo sus hipótesis con gran habilidad e ingenio.

En el extranjero disfrutó *El Quijote*, en la centuria decimonona, de mayor éxito que en España si cabe, aun cuando en cuanto a su número vuelven a recuperar en este siglo la supremacía las impresiones castellanas sobre las inglesas y francesas (ciento noventa y siete españolas contra ciento treinta y dos francesas y noventa y tres inglesas). Nuevas lenguas pueden ufanarse de haberse enriquecido con traducciones de nuestra obra: la catalana, la latina, la sueca, la húngara, la bohemia, la rumana, la griega, la turca, la servia, la finlandesa, la croata y la búlgara. Con una tirada políglota se inician en esta época las ediciones raras cervantinas de bibliófilo.

Francia, que en la época neoclásica había considerado *El ingenioso hidalgo* como una obra de mero pasatiempo, en el siglo XIX la sublima y la compara con la *Ilíada* (Bouchon), y a propósito de ella Auger asegura que nuestra lengua «es la más hermosa que se habla bajo el cielo desde que la griega no suena». En francés se hacen numerosas y algunas muy perfectas traduccio-

nes, entre las que citaremos las de Bouchon, Launoy, Viardot, Lejeune, Damas Hinard, Furne, Remond, Biart y Thery. Quizá no hay país en el que *El Quijote* se ilustra tanto como en Francia. Más de cincuenta dibujantes distintos interpretan sus escenas; con mucho acierto lo hacen Dusalchoy, Deveria, Vernet, Lamie, Johannot, Dumoraine, Nanteuil, Janet-Lang, Grandville, Girardet, Forest, Gustavo Doré (mejor que nadie), Telory, Roux, Geffroy, Lalauze, Guerin, Henri Pillé, etc.

En Inglaterra hay menos variedad de traducciones en este siglo, pues suelen repetirse las anteriores de Jarvis y de Smollet; sin embargo, son estimables las de Smirke, Duffield, Ormsby y Watts. De gran importancia son los estudios cervantinos de Roscoe, Lockhart y Ormsby. Tampoco faltan excelentes ilustradores como Stothard, Jones, Banks, Shelley, Thurston, Uwins, Smirke, Westall, Cruickshank (aguafuertes), Gilber, Houghthon, Dalziel y Brangwyn.

Los alemanes del siglo XIX, como hemos dicho, sintieron una profunda admiración por *El Quijote* y por su autor; los más grandes artistas,



▲ Don Quijote. Francisco de Goya

como Heine y Hoffman, se complacen en estudiar y prologar esta novela. También hay gran cantidad y variedad de traducciones, contándose entre las principales las de Soltau, Förster, Müller, Keller, Zolter, Lanckhard, Seifart, Wolzogen, Braunfelds y Hübner. Sus dibujantes, sin embargo, no sienten gran predilección por ilustrar *El ingenioso hidalgo*, no obstante ser muy aceptables las láminas Rosmaesler, Löffler, Offerdinger y Zweigle.

EL QUIJOTE EN LO QUE VA DE SIGLO

¿Qué es lo que ha aportado el siglo actual a la interpretación y difusión de *El Quijote*? Por lo pronto, los trabajos de erudición e investigación sobre *El ingenioso hidalgo* se han perfeccionado y sistematizado notablemente, adquiriendo un riguroso carácter científico. Las figuras máximas de nuestras letras han consagrado gran

parte de su actividad al cervantismo, y más concretamente a *El Quijote*, Menéndez y Pelayo, Navarro Ledesma, don Juan Valera, Cortejón, Givanel, el P. Mendizábal, Menéndez Pidal, y sobre todo Rodríguez Marín (el mejor conocedor de la inmortal novela) han casi agotado, hasta lo que es humanamente posible, su estudio. Por otro lado, nuestros más eximios pensadores contemporáneos se han esforzado por sorprender en todos sus matices las ideas trascendentales que se encierran en las páginas de *El ingenioso hidalgo*: Unamuno, Ortega y Gasset, Ramiro de Maeztu, Madariaga, Azorín, así lo han hecho, entre otros. Se ha intentado, y se ha conseguido en muchos casos felizmente, una verdadera interpretación psicológica. Unida a esta tendencia explicativa hay otra muy característica de la época científica actual, que se enlaza con ella: el estudio médico o biológico de los personajes de *El Quijote*. Goyanes, Gómez Ocaña, Juarros son algunos de los médicos que han seguido esta corriente. El motivo ocasional, y como ocasional efímero, de los centenarios cervantinos ha contribuido a divulgar la obra del gran Manco Sano.

Las ediciones de *El ingenioso hidalgo* han conseguido una belleza y perfección extraordinarias. Insignes artistas como Sorolla, Jiménez Aranda, Urrabieta Vierge, Bilbao, Muñoz Degrain, Collaut Valera, Ricardo Marín y Segrelles han interpretado de manera muy original y acabada sus páginas.

En el extranjero, el amor por Cervantes y por su libro no se han extinguido; antes se va aumentando y convirtiendo en idolatría. Las más lejanas y exóticas tierras pueden ufanarse de poseer ediciones de nuestra obra excelsa: en China, Japón, la India y Palestina se leen ya sus páginas incomparables. Casi todos los hispanistas han consagrado gran parte de su actividad al estudio y divulgación de *El Quijote*.

¿Seguirá así, en forma ascendente, la fortuna de nuestra novela? De esta manera lo esperamos y nos atrevemos a vaticinarlo. Por lo pronto, ya es un motivo de legítimo orgullo el saber que en cualquier parte de la tierra suena siempre unido el nombre de Don Quijote, máxima creación del espíritu humano, al inmortal de España. ■

Cervantes

Militar*

PROFESOR WALTER STARKIE.
Director del Instituto Británico en España.

*Artículo ya publicado en el n.º 93 de esta revista correspondiente a octubre de 1947, número extraordinario editado con motivo del IV Centenario del nacimiento de don Miguel de Cervantes Saavedra.

En este año del IV Centenario del nacimiento de Cervantes, todos rinden homenaje a la memoria del Gran Manco de Lepanto. En todos los países hay conmemoraciones especiales, la mayor parte de ellas dedicadas a su obra inmortal, *Don Quijote de la Mancha*. Porque si existe en la literatura universal un libro que sea el símbolo de su país, este lo es *El Quijote* con respecto a España. Hasta tal punto ha llegado a conseguir su deificación *El Quijote*, que muchas veces, para muchos, el héroe es más inmortal que su mismo autor. Hay grandes escritores, como Unamuno, por ejemplo, que han discutido el valor de Cer-

vantes como hombre y que no comprendían el milagro de que este hombre escribiese semejante obra y crease un tipo como don Quijote. Yo creo que es ya tiempo de dirigir los pensamientos al hombre mismo, a Cervantes en persona, porque si Cervantes no hubiese escrito una sola línea de su *Quijote* o de sus *Novelas Ejemplares*, hubiera sido igualmente un hombre merecedor de vivir en el recuerdo eterno de los españoles por su vida misma. Y de las tres ideas fundamentales, una es que *El Quijote* es la pintura de toda la maravillosa ilusión de España en el mundo; otra, que es el sueño de este hombre idealis-



▲ Don Quijote sale al camino. Ilustración del dibujante español Fajissa

ta que fue Cervantes, y la tercera, que es el sueño de la masa humana representada por Sancho, la humanidad caballerosa que quiere elevarse y que solamente puede hacerlo debido a la inspiración del Gran Caballero.

Para mí es importantísimo destacar lo que fue Cervantes en su vida. Los de mi generación en Inglaterra, que hemos soportado dos guerras mundiales, que hemos visto dos veces alzarse la idea de crear un mundo digno de vivirlo, con toda esa ilusión que hemos acariciado; nosotros vemos a Cervantes como uno de los más grandes ex combatientes que jamás hayan sido. Y entre todas sus cualidades, quiero yo destacar lo que fue Cervantes como militar. Hay una escena en la segunda parte de *El Quijote*, cuando el Caballero de la Triste Figura y su escudero se dirigen hacia El Toboso para ver a Dulcinea, en-

encuentran a un mozo gallardo y con brío que viene por el centro de la carretera cantando alegremente, con su espada y con su uniforme militar al brazo, para que no se empolve con la marcha; va a Cartagena a embarcar para las guerras. Este es el retrato de Cervantes joven, un Cervantes de veinte años, pleno de esperanzas en el futuro, con el júbilo del soldado que sirve a su patria. No hay nada en él de la niebla que más tarde ha de empañar sus horizontes. Es interesante ver cómo este joven lleno de sed de ideales sobrevive en el viejo Cervantes, cuan-

do en Valladolid apoyaba su mano inútil sobre el papel, escribiendo a toda prisa los últimos capítulos de la primera parte de su *Don Quijote* en el año 1603. Al lado del hombre desilusionado, melancólico, que conoce donde van a parar todas las ilusiones del mundo, está la semblanza del muchacho alegre, el joven soldado, hecha por un viejo soldado que ha sufrido todas las vicisitudes de muchas campañas.

Una de las cosas que más me emocionan en el primer capítulo de la obra, es la descripción de la casa, con unos palmos de tierra en su entorno. Es el hidalgo español que vive de modo ascético, como discípulo de Séneca, pero que todo lo que tiene no empece para soñar. Vestía sayo de velarte, calzas de velludo; pero no le impedía tener un lebril y un rocín —más huesos que carne—, lanza en astillero y adarga antigua. Su existencia se basaba sobre la historia, la tradición: los sábados duelos y quebrantos, lo que, según los académicos de Argamasilla, quería decir el «salón» de una oveja que los pastores aseguraban había muerto el viernes y de la que sólo presentaban al amo la piel. Pero, atendiendo a Rodríguez Marín, significaba muy otra cosa: el chocolate de la Mancha, o sea torreznos y huevo. Y no olvidemos algún palomino, por añadidura, los domingos.

Cervantes nació a la sombra de la Universidad de Alcalá, a seis leguas de Madrid. Era el gran centro de la vida de trabajo: también de algazara estudiantil. Otro contemporáneo de Cervantes, Quevedo, en *La Perinola*, nos hace una descripción del viaje de la Corte a Cómpluto. Nació Cervantes, pues, en una atmósfera de frailes, corchetes y capigorriones y, de vez en cuando, algún rico estudiante con su hato. Esta atmósfera la encontramos en Lope de Rueda, el cómico que fue para Cervantes una de las primeras glorias. Pero el joven Cervantes sintió pasión por las armas. En toda su obra apreciamos el espíritu militar, y muchos envidiosos de su gloria se lo reprochan como una especie de quijotismo ridículo. Don Quijote, con su estafalaria armadura, llevando en 1605 la rodela de 1250, empieza siendo un figurón de comedia, casi un fantasma; pero poco a poco gana las simpatías y el loco se convierte en cuerdo, el libro evoluciona hasta ser una autobiografía inmensa del Gran Manco, que había luchado a



las órdenes del Caballero Andante del siglo XVI que fue don Juan de Austria. Así, el libro llega a ser como un símbolo de las aspiraciones de la raza española.

No solo encontramos rasgos militares en *Don Quijote*, sino también en otras obras, como *El gallardo español*, que es Fernando Saavedra, el cual capturó él solo un navío turco frente a la costa de Orán. Es un hombre que ha matado a cien semejantes en batalla y siete en duelo. Cuando Cervantes llegó a Roma, pasó poco tiempo como cortesano, porque bullía en él su sangre guerrera, y así se enroló como soldado contra los turcos y tomó parte en la batalla de Lepanto. Don Juan de Austria es el héroe de la cristiandad, es hermoso, generoso, de nacimiento real. La batalla fue realmente una cruzada del Papa, los venecianos y España. Es interesante ver cómo Cervantes pasa de estudiante a soldado, y hay que recordar que se ha dicho que no hay mejor soldado que los que han abandonado las letras por las armas.

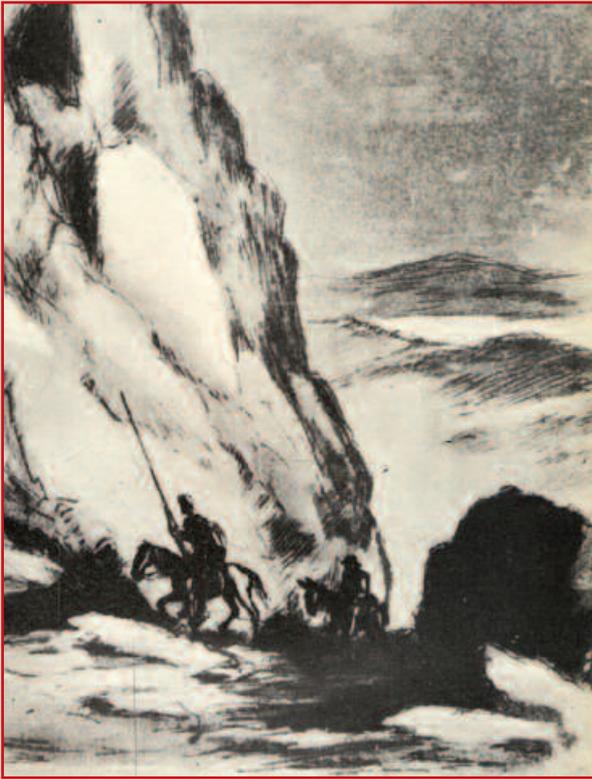
Servía en el navío «La Marquesa», y el día de la batalla de Lepanto, 8 de octubre, sufría fiebre. Cervantes estaba abajo en su cama; pero cuando vio los preparativos de la batalla se levantó como pudo y corrió a su puesto de combate. El Capitán le mandó a la cama, y así también se lo rogó uno de sus amigos, Mateo de Santisteban. Pero Cervantes gritó que hasta el momento había servido como buen soldado, y que estando enfermo, mejor valía morir combatiendo por Dios y su rey, que ponerse a buen recaudo. Recibió cuatro heridas y perdió la mano izquierda. Súbito el viento de la batalla sopló favorable para los españoles como en una especie de milagro. Y en el mástil de la galera de don Juan se colgó la ensangrentada cabeza del almirante enemigo, Alí Bajá. Cervantes habló de modo emocionante de toda esta batalla, que le quedó grabada en su mente, y, sin duda, de esto salió uno de los más prodigiosos capítulos de *El Quijote*, aquel en que el Caballero de la Triste Figura hace su discurso sobre las armas y las letras. La descripción que Cervantes hace de la vida del soldado resulta tan de nuestros días como de aquel tiempo, y nos muestra cómo solo un guerrero como él, de alma noble, ha podido escribir unas palabras de significado tan universal y de todas las épocas. Estudia la pobreza del estu-

dante, que él había conocido muy bien viviendo entre los capigorriones de Alcalá, para decir después del soldado que no hay ninguno más pobre en la misma pobreza, porque está atenido a la miseria de su paga, que viene o tarde o nunca, o a lo que garbeare por sus manos, con notable peligro de su vida y de su conciencia. Y añade que su desnudez es tanta, que en la mitad del invierno se suele reparar de las inclemencias del tiempo, estando en la campaña rasa, con solo el aliento de su boca, que como sale de lugar vacío, debe salir frío contra toda naturaleza.

Y describe los peligros de la batalla, recordando los por él sufridos, diciendo el que supone el embestirse dos galeras por las proas, no quedándole al soldado más espacio que el

que concede dos pies de tabla del espolón; viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan, cuantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria, y que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de los pies iría a visitar los profundos senos de Neptuno. Y lo que más es de admirar es que apenas uno ha caído donde no podrá le-





▲ Ilustración del dibujante francés Mucha

vantarse hasta el fin del mundo, cuando otro ocupa su mismo lugar.

Y hablando de los endemoniados instrumentos de la artillería, hace quizá la reflexión más noble cuando dice:

«Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería, a cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invención, con la cual dio causa que un infame y cobarde brazo quite la vida a un valeroso caballero, y que, sin saber cómo o por dónde, en la mitad del coraje y brío que enciende y anima a los valientes pechos, llega una desmandada bala (disparada de quien quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina) y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecía gozar luengos siglos».

¡Qué hubiera dicho el Gran Manco de los bombardeos de hoy y de los efectos de la guerra atómica! No podría emitirse un juicio en palabras

más nobles que las que él escribió en 1605 acerca de las guerras de entonces. Y por si no fuera esto bastante prueba de su grandeza de alma, de su austeridad senequista, tenemos los días terribles de su cautiverio en Argel. En este elevado temple moral juega siempre importante papel su sentido religioso, de resignación cristiana, que le ayuda a soportar los rudos golpes que el Destino le asesta, en el preciso momento en que parecía iba a obtener el éxito. Así, por ejemplo, ocurre cuando vuelve a España, con las cartas de recomendación de don Juan de Austria, en el navío «El Sol», que es capturado por los turcos del cojo Dali-Mami. En vez de la recepción que los documentos que traía le hubieran proporcionado, encuentra el negro porvenir de un largo cautiverio en Argel. Gracias a las cartas, le trataron como a caballero principal, si bien esto no dejó de perjudicarlo, porque hizo que elevasen el precio del rescate. Pero Cervantes nunca perdió su ánimo de luchador, de guerrero, e incesantemente, contra todo y contra todos, intentó huir. Es extraordinario ver que cuando sus intentos de evasión fallan, se hace en absoluto responsable de su acto, le encadenan, le amenazan, ve salir libre a su hermano camino de España, y él solo sabe decir: «Yo declaro que nadie entre los cristianos es culpable, y yo solo soy el que los he animado a huir».

Cuando, al fin, llega el día de la liberación, por los monjes trinitarios, vuelve a España. ¿Y qué es cuando vuelve a la patria? Un tipo que nosotros los ingleses admiramos y hemos aprendido a conocer: el viejo soldado, herido, mutilado, que no tiene dinero y vaga de empleo en empleo; el excombatiente —*«ex-serviceman»*— pobre y sin carrera. Treinta y tres años tenía; su padre, muerto; la madre, enferma; su hermano, en el Ejército; todos sus amigos, desaparecidos en busca de fortuna. Más tarde se casa y entra de lleno en la literatura. Otro nuevo tropiezo: aparece la estrella de Lope de Vega en el teatro. Se ve obligado a buscar empleo, y por él llega a ser Comisario de Víveres para la Armada Invencible. A causa de su cargo, empieza un éxodo por tierras de Andalucía y La Mancha, atacado por los campesinos, que no quieren dar su grano al precio que se les fijaba. Para, en fin, en la cárcel por deudas. Y le perdemos de vista unos años, de 1598 a 1603.

Sabemos únicamente que creó *El Quijote* en la cárcel, en palabras del propio Cervantes, ese hijo suyo, «seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno, bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación».

Le imaginamos más tarde en su pobre casa de Valladolid, viviendo con su esposa, su hija natural Isabel, sus hermanas y su sobrina, en solo dos habitaciones: una cuadrada, con techo de vigas, y la otra una especie de cocina. Las mujeres bordan y cosen los vestidos para la Corte, y este constituye su medio de subsistencia. Y vemos al Gran Manco, apoyando su mano maltrecha sobre el papel, terminando febrilmente su obra inmortal. No habían acabado sus infortunios, porque una noche surgió una grave contradicción. Acertó a caer mortalmente herido a la puerta de su casa el caballero Gaspar de Espelleta; Cervantes acudió a socorrerle, y esta y otras circunstancias motivaron que la Justicia culpara a él y a su familia del hecho. Después le vemos ya en Madrid, en una casa de la calle de la Magdalena no lejos del convento de la Trinidad. La última visión que nos queda es la de su viaje de Esquivias y su encuentro con un estudiante. Viajaba Cervantes con dos amigos, a caballo, de Esquivias a Madrid.

Toparon con un joven «estudiante pardal» —siempre el estudiante— que, montado en una borrica, hacía el mismo camino. Al oír que uno de los viajeros mencionaba como al azar el nombre de Cervantes, el joven se apea de su cabalgadura, «cayéndosele aquí el cojín y allí el portamanteo», corre a él y, asiéndole de la mano izquierda, le dice: «Sí, sí; este es el manco sano, el famoso todo, el escritor alegre y, finalmente, el regocijo de las Musas». A lo que Cervantes le replicó «abrazándole por el cuello, donde le echó a perder de todo punto la valona»: «Ese es un error donde han caído muchos aficionados ig-

norantes; yo, señor, soy Cervantes; pero no el regocijo de las Musas ni ninguna de las demás baratijas que ha dicho. Vuesa merced vuelva a cobrar su burra y caminemos en buena conversación lo que nos falta de camino». Cervantes le habló de su enfermedad y el estudiante le dio sus consejos. Cervantes le contestó: «Yo me voy tranquilamente y, según mi pulso, el próximo domingo dejaré de vivir». Se separaron en el Puente de Toledo. Poco después Cervantes pedirá por última vez la pluma y los papeles; pondrá punto final a lo que ya tenía escrito, y con trazos desiguales, en la triste alegría de esta primavera en que se acaba su vida, escribirá su postrer adiós a las cosas y a los hombres. «A Dios, gracias; a Dios, donaires; a Dios, regocijados amigos, que yo me voy muriendo y deseando veros presto contentos en la otra vida».

Semanas después vistió el sayal de San Francisco y vino a morir el 23 de abril. ¿Qué soldado hubiese podido morir más noble y cristianamente? Por todos estos rasgos de la figura gigantesca de Cervantes, vengo yo a rebatir a los que han dicho que como hombre no estaba a la altura de su obra. La grandeza de su libro inmortal corresponde a la alteza de su corazón y a la nobleza de su alma. Su ejemplo es un consuelo eterno, no solo para los españoles, sino para el mundo entero. ■



▲ Don Quijote sale al camino.

Ilustración del dibujante francés Albert Guillaume

Cervantes y el Oficio de la Sangre*

■ ■ ■ LUIS BERMÚDEZ DE CASTRO.

General de División. Director del Museo del Ejército.

**Artículo ya publicado en el n.º 93 de esta revista correspondiente a octubre de 1947, número extraordinario editado con motivo del IV Centenario del nacimiento de don Miguel de Cervantes Saavedra.*

CUMBRE, la más alta de la literatura española, Miguel de Cervantes y Saavedra se enorgullece más de haber sido soldado que de ser el autor de sus obras inmortales; considera la batalla de Lepanto como la ocasión culminante de todas las batallas habidas y por haber en los tiempos pasados y venideros, no porque creyese que ninguna otra habría de igualarla, sino porque, siendo aquel excepcional combate la liberación de las civilizaciones europeas y de la Cristianidad, abatía el gran peligro de los turcos, y suponía, con razón y fe de buen cristiano, que nunca volverían a estar en mayor riesgo que entonces las naciones europeas. No podía imaginar que andando los siglos se repetiría otra ocasión semejante y peor. Poderoso y temible era el islam; venía de Oriente a destruir los cimientos de una sociedad en que el espíritu cristiano se sobrepone al materialismo y frena con la religión los malos instintos de la raza humana. Más todavía, aquellos feroces soldados del Sultán eran creyentes; el peligro de ahora, que se acerca y se le siente llegar, nunca fue soñado por Cervantes; no podía entonces el sublime manco suponer que se diera otra mayor ocasión que la que vieron los siglos en la batalla naval dirigida por don Juan de Austria.

En los libros y obras escénicas de los grandes escritores del Siglo de Oro palpita un sentido militar, forjado en el tiempo en que sus autores sirvieron a su Patria con las armas en la mano; los más fecundos Lope de Vega y Calderón, revelan en sus obras el fondo de un sentir adquirido en la guerra, profesan el culto al honor después del

que a Dios rinden y consideran y estiman sobre todas las cosas terrenas de la vida las virtudes militares, cimentadas en la veneración, el valor personal y el puntillo de honra; pero ninguno como Cervantes estiliza, labra y adorna estas virtudes que subliman las aventuras del loco caballero de La Mancha, y ninguno las esparce tan pródicamente por todo el haz de la tierra en un libro que, como ninguno otro español ni extranjero, fue traducido a tantos idiomas y divulgado con tan extrema profusión.

No favoreció, ciertamente, la fortuna al autor de *El ingenioso hidalgo*; con frecuencia los que Dios elige para dotarles de un superior espíritu van acompañados durante su vida de pobreza, trabajos y disgustos, como si estuviesen destinados a llenar de luz los entendimientos ajenos y a no recibir la luz de la gloria hasta después de muertos; las miserias del vivir pobre les siguen como la sombra al cuerpo y, atezados siempre por el dolor, llégales la muerte sin haber gustado jamás un momento de tranquilo bienestar.

Posiblemente sin el largo y penoso cautiverio en Argel, Lepanto para Miguel de Cervantes habría sido el principio de una carrera militar brillante, porque el creador de las *Novelas ejemplares* tenía hechura de soldado y al sentar plaza en su Tercio de Infantería no lo haría seguramente con la intención limitada de asistir a una sola batalla. ¿Qué causas le impidieron satisfacer su vocación? Porque de que la tenía muy honda no cabe dudar después de leído el discurso que en boca de don Quijote pone acerca de las Armas y de las Letras. Tal vez percibió un germen de descompo-



sición de los Tercios de aquella época y esta fue una de las desilusiones de su vida y la que después de su cautiverio en Argel le retrajo de vestir el colete amarillo de los Tercios, si no eran otras las razones íntimas que a veces en la vida no se pueden vencer y arrastran a tomar caminos que no son del propio gusto.

No eran, en verdad, los tiempos del Rey Prudente los mismos para el Ejército que los del Emperador Carlos V, arcabucero de la primera Compañía del señor Antonio de Leyva; había muerto el Emperador, mandaban los hombres de «aldas negras y largas» y no los Maestres de Campo; los soldados, a menudo descalzos, andrajosos, sin pagas y hambrientos, tenían que recurrir a vergonzosos motines para alcanzar unas migajas de lo mucho que se les adeudaba; del tiempo de Cervantes era el desengañado Capitán Marcos de Isaba, autor del famoso libro titulado *Cuerpo enfermo de la Milicia española*, y no menos desengañado aparece Cervantes en el mencionado discurso, pero no por eso se desprende de su alma la afición al oficio de las Armas, porque en ese mismo libro de *El Quijote*, impregnando las varias filosofías que desarrolla y las homilías del Ingenioso Hidalgo, brilla la filo-

sofía militar que el autor siente profunda y arraigada porque es en él innata predisposición. En su diatriba sobre el estado y situación de los Tercios es el más discreto de todos los críticos de aquella situación y en las palabras elogiosas del oficio de soldado se trasluce la queja propia tanto como el dolor por los sufrimientos de sus antiguos compañeros de armas.

En el mismo instinto que le impulsa a olvidar la fiebre en el día de Lepanto para abandonar la litera en que yace y acudir a la pelea a medio armar; subiendo presuroso a la cubierta de la nave convertida en liza, se advierte su vocación militar; allí pelea cuerpo a cuerpo y dan fe de su arrojo la eterna manquedad de su destrozada mano izquierda y la herida en el pecho que él cita pocas veces porque el destrozo de la mano le trae de esta herida perpetuo recuerdo, ya que los dolores no le abandonarán a lo largo de su azarosa existencia.

En las páginas del libro inmortal estampa siempre con marcial estilo pensamientos más propios de soldado que de literato; es un soldado quien escribe, que por los puntos de la pluma va destilando la esencia de la profesión de las armas como el agua cristalina fluye de un manantial. Cer-





▲ Retrato de Miguel de Cervantes existente en el Museo del Ejército

vantes, Capitán o Maestre de Campo, de empujarle la suerte a las cumbres de la Milicia, habría seguido siendo el escritor, porque en él también eran vocación las letras; pero posiblemente, sin sentir los acucios de la necesidad, las letras habrían sido entonces algo borradas por las armas y España hubiera perdido la gloria cervantina a cambio de unos cuantos laureles más logrados en la guerra, que son los grandes Capitanes muchos más en número que los grandes escritores cuya fama llena el mundo. Cierto es que, como dice el mismo Cervantes, nunca la pluma embotó la espada ni la espada la pluma, pero es más verdadero que si no se embotan ambos instrumentos, algo se entorpecen, pues el tiempo que se tarda en combatir no puede emplearse en escrituras.

El Ejército español no ha sido ingrato con la memoria del soldado de Lepanto; otorgole las insignias coronelas en las filas de los gloriosos mutilados por la Patria, y en el Templo de las Glorias Militares, que es el Museo, en una de las salas dedicadas a la Infantería tiene Cervantes una efigie suya, la que, en medio de las discusiones aún no resueltas sobre este punto, entiendo

yo como la verdadera y auténtica. Encuadrada en damasco de su época, a modo de hornacina, y sobre la adamascada mesa que sostiene el retrato, un talaverano tintero, una espada del tiempo cervantino y un ejemplar antiguo de *El Quijote* abierto por las páginas donde se contiene el famoso discurso de las Armas y las Letras; una luz a manera de lámpara votiva ilumina la figura ya envejecida, la pálida faz y el cansado busto del que puede considerarse por derecho propio «Rey de la Literatura española».

El retrato —acertadísima copia del original pintado por Jáuregui, contemporáneo y amigo de Cervantes— concuerda exactamente con el que de sí mismo y con su pluma hizo el propio don Miguel al pedir públicamente que algún artista decorase con su efigie la portada de alguno de sus libros, como era uso y costumbre de los escritores del Siglo de Oro. Decía así Cervantes en el prólogo de sus *Novelas ejemplares*:

«Quisiera yo, si fuera posible (lector amantísimo), excusarme de escribir este prólogo, porque no me fue tan bien con el que puse en mi *El Quijote* que quedase con ganas de secundar con este».

«Desto tiene la culpa algún amigo de los muchos que en el discurso de mi vida he granjeado, antes con mi condición que con mi ingenio; el cual amigo bien pudiera, como es costumbre y uso, grabarme y esculpirme en la primera hoja deste libro pues le diera mi retrato el famoso D. Juan de Xáuregui, y con esto quedara mi ambición satisfecha y el deseo de algunos que querían saber qué rostro y talle tiene quien se atreve a salir con tantas invenciones en la plaza del mundo, a los ojos de las gentes, poniendo debajo del retrato: Este que veis aquí, de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada; las barbas de plata, que no ha veinte años que fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes ni menudos ni crecidos, porque no tiene sino seis y esos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño; la color viva, antes blanca que morena, algo cargado de espaldas y no muy ligero de pies».

Por esta descripción puede colegirse que cuando escribió Cervantes sus *Novelas ejempla-*

res existía ya el retrato pintado por Jáuregui, que concuerda absolutamente con los detalles y facciones de su autorretrato escrito, y como no faltan arbitrarios retratos del excelso escritor tal vez realizados con arreglo al que acabo de insertar, quiso el Museo del Ejército poseer el auténtico, pidió y obtuvo del Marqués de Casa-Torres poseedor del retrato que consideró verdadero, una copia que el pintor Izquierdo ejecutó fielmente. Posee también el Museo otro retrato de Cervantes en la época de su juventud, sin que pueda asegurarse que es verdadero.

Los siglos, al pasar, van disminuyendo, en las generaciones sucesivas, el interés por conocer los rasgos fisonómicos de las grandes figuras de la antigüedad, pues lo que más les interesa es la importancia y luminosidad de la estela que dejó su genio y la influencia que ejercieron sus obras; pero cuatro centurias de año no son mucho teniendo en cuenta la futura edad del mundo para que no se experimente la justificada curiosidad de saber cómo eran talle y rostro de aquel que nos admira cada vez más con su talento. La vida de Cervantes, gracias a la laboriosidad y el acierto de muchísimos investigadores atraídos por la gigantesca figura, tiene ya pocos velos que nos impidan conocer hora por hora los infortunios del eximio escritor; pero no sucede lo mismo con su efigie, porque diversos dibujantes y pintores han producido fantásticas reproducciones, llevados más por el ansia de glorificarle que por la exactitud en el retrato; parece lo más seguro que el pintado por Jáuregui, del Marqués de Casa-Torres, sea el único verídico, y en este sentido es el aceptado por el Museo del Ejército.

Como el Ejército es el espejo de las virtudes de un país y las de don Quijote fueron virtudes esencialmente militares, no es difícil deducir que el sublime loco sigue siendo exponente del verdadero carácter español.

La universalidad de *El Quijote* consiste no solamente en su arquitectura literaria, que nunca puede apreciarse en las traducciones a idiomas extranjeros, aunque las traducciones fuesen aceptables, sino porque la interpretación del libro no es ni puede ser única; cada lector da a la psicología de los personajes —y, sobre todo, a la del Hidalgo Manchego— un aspecto moral distinto, según la formación espiritual de cada lector, y su juicio y hasta su profesión; es decir, que don Qui-

jote, visto y oído por un soldado, no puede parecerse en nada al que examina un legista o un negociante; los lectores que ríen o sonríen ante las desventuras del Desfacedor de Entuertos no comprenden el dolor que causa a las almas delicadas las burlas y las desgracias que tanto hicieron sufrir al pobre loco las gentes soeces y aun aquellas que por su alcurnia y su educación debieron no burlarse de él, sino admirarle y compadecerle, pues, al fin, el desgraciado era Caballero de un ideal de amor y de justicia. La bellaquería de que don Quijote se declaraba enemigo a muerte le rodea y acosa a lo largo de todas las páginas del libro; bellacos los venteros y, como es lógico, las mozas de partido; bellacos los yangüeses y galeotes; más bellacos que todos los duques y su doncella Altisidora; bellacos todos, si se exceptúan, por su intención buena, el Bachiller Sansón Carrasco y el Caballero del Verde Gabán, por su hospitalaria delicadeza y su hidalga cortesía.

Entiéndase que la bellaquería era figura de delito en tiempo de Cervantes, aunque no siempre se castigara, y la pena correspondiente era de galeras, o de azotes, según los daños.

¿Quiso Cervantes sentar una jurisdicción moral acerca de los muchos bellacos por el mundo esparcidos? ¿Intentó demostrar que en aquella sociedad tan cumplidora del honor eran más los bellacos que los caballeros? ¿Se propuso definir la hidalguía como norma de la vida y costumbres, o probar que en este mundo, para ser caballero entonces, era preciso estar loco, como el inigualable protagonista de la obra?

Muchas cosas encierran las aventuras del casto enamorado de doña Dulcinea del Toboso; tal vez la menos profunda sea la de combatir aquella desmedida afición a los disparatados libros de la caballería andante, que no estarían tan divulgados como ahora las novelas policíacas, tan absurdas o más que las páginas de *Amadís de Gaula*; un libro destinado expresamente a tal nimiedad no habría conseguido la mundial difusión que conserva y conservará eternamente el Ingenioso Hidalgo de La Mancha; es mucho más profundo, y sobre todo más cristiano y caballeresco, melancólico y triste, en medio de sus regocijantes episodios; la moral; ahí está la verdadera médula, ahí la razón y causa de la universalidad de *El Quijote*, para cuya lectura y comprensión detenida se necesita bondad de sentimientos, pureza



de alma, educación del espíritu y alguna experiencia de la vida. Cervantes, en la suya, recibió piedras, palos, olvido, ingrati- tudes y maldades, como todo aquel que marcha con la con- ciencia limpia y el corazón en la mano; su libro es un reflejo.

A los que entien- dan el simbolismo de *El Quijote* les darán sus capítu- los mucho que pensar; aquellos que no lleguen al fondo de la obra no podrán, sin fatiga muy grande, leerla de corri- do, siendo de tantísima lectura, por su desme- surado desarrollo y volumen; este obstá- culo no escapó se- guramente a la pers- picacia del autor, aunque la dividiese en partes, como para que los lectores tu- viesen un respiro. Por eso, y en descanso del pensamiento sometido a tan dura prueba de constancia, intercaló Cervantes entre los capítu- los algunas novelitas cortas, como cuentos, ar- gumentadas de amor, de celos o de otras pasio- nes; las cuales novelitas contienen una moraleja sencilla y casi siempre acaban bien, poniendo de relieve ocasiones generosas determinantes de felices finales, con arrepentimiento de los que no se condujeron con arreglo a la más pura moral y caballerosidad. Estos paréntesis, en algunos asistiendo de presencia el insigne trastornado mental, tienen un encanto y un candor exento de las gotas amargas que salpican todas las aven- turas del Andante Caballero, la ruta del cual por los campos de España va dejando un rastro de altísimas ideas, que embellecen la enorme sátira del libro, como si su autor quisiera arrojar a voleo

las semillas del bien en los caminos más trajina- dos por los hombres.

Sorprende y avasalla el ánimo el variado con- junto de materiales que el Manco heroico acopia, ordena y entrelaza; de los libros de caballería que le dan pretexto para escribir, la crítica de toda una Humanidad, toma los endriagos, los en- cantadores, los gigantes; de las realidades de la vida recoge las personas vivas, con sus defectos muchos y pocas virtudes; amasa este revoltillo imaginario y verdadero alrededor de un cerebro desequilibrado, pero angelical e infantil, y lo en- carna en un jinete flaco y un rocín esquelético, tocando la perturbada cabeza con un casco de cartón o una bacía de barbero; el propósito es arreglar el mundo, limpiarlo de malandrines y fo- llones; hacer que la ancianidad sea venerada, respetadas las doncellas, amparadas las viudas, repuestos los desposeídos, los perseguidos li- bertados, los indefensos defendidos; y con suce- sos lógicos y naturales, demostrar que ello es tan imposible como enhebrar en una aguja de zurcir un calabrote de navío.

Nada más que el genio de Cervantes podría concretar en letra de imprenta una queja tan for- midable de las injusticias del mundo; pero es una queja silenciosa, invisible y tan discreta, que apenas se nota; el mundo pasa por el tamiz del crítico sin que se libre la aristocracia, ni el pue- blo, ni el Ejército, ni la Justicia, ni aun aquello que quería ordenar y moralizar la briosa españo- la Santa Teresa de Jesús, que dice el Gran Cer- vantes en solo seis palabras: «Con la iglesia he- mos topado, Sancho».

El instrumento con que el autor acompaña el épico romance de *El Quijote* es una prosa crista- lina, musical, varonil, limpia de adjetivos inútiles, directa y certera hacia el objetivo como una bala, robusta y tierna a la vez, sin lirismos sensibleros, tallada en el idioma castellano cual en una pie- dra de granito, y que suena como debieron sonar las trompetas de Jericó.

Si nos sirviéramos los españoles de medida para apreciar el mérito de la inmortal novela qui- jotesca, de las más conspicuas obras de los más notables autores extranjeros, habríamos de pro- clamar, en justicia, que a Cervantes no le llegó ninguno, y que a la grandeza de su *Don Quijote de la Mancha* hay que añadir la de que Cervan- tes era español en cuerpo y alma. ■

Ejemplario *

■ ■ ■ EDUARDO MUNILLA GÓMEZ.
Comandante. Artillería.

**Artículo ya publicado en el n.º 93 de esta revista correspondiente a octubre de 1947, número extraordinario editado con motivo del IV Centenario del nacimiento de don Miguel de Cervantes Saavedra.*

A todos los comentaristas de *El Quijote* les llama la atención la abundancia en dichos y refranes que, escaqueados a lo largo del libro, dan vigor a sus razonamientos, amenidad a su lectura y jugosidad a las pláticas. Son cerca de los cuatro centenares los que pueden leerse en tan ejemplar libro, siendo ligeramente más abundantes en la Segunda Parte, pues en el capítulo XLIII de esta Segunda Parte son no menos de 24.

Cervantes, como buen soldado y como reminiscencias del oficio, los emplea abundantemente. Se palpa en ellos la lógica del veterano,

que a cada cosa le pone un remate sentencioso, en el que hay siempre un consejo prudente a los menos hechos, a los más impetuosos o a los más novatos.

Ayudado en gran parte por el trabajo antológico de Sainz de Robles, he de presentar tan solo algunos de los más interesantes para los que vestimos uniforme. En cierto modo, todos merecen ser incluidos dentro de la más escrupulosa selección; solo la restricción de espacio me ha llevado a tamizarlos para que resultasen separados dentro de algunos grupos coherentes.

Grupo 1

Para todo lo que supone sociedad, la convivencia es básica. En el Ejército, en que todo se somete al acuerdo y concordancia del Regimiento, en que la Unidad principal se llama Compañía y los escalones más inferiores llevan el nombre aglutinado y compacto de Pelotón o expresan la necesidad de unirse a otros al llamarse Piezas, se percibe con nitidez la necesidad de las ideas de amistad y solidaridad que, unidas y mejoradas, dan origen al *compañerismo*.





▲ Interpretación de la escena de los batanes del pintor José Segrelles

Todos tenemos defectos, tantos, que al querer librarnos de unos caemos insensiblemente en los opuestos, pues «tanto es lo de más como lo de menos» (capítulo IV, 2ª parte); la existencia de tales defectos no nos debe hacer renegar de los demás y encastillarnos en una posición erizo individual. Con todas las pegas que al compañerismo queramos poner en su realización práctica, por muchos fallos que presente, es insustituible; tanto como para exclamar: «Viva la gallina, aunque sea con su pepita» (capítulo V, 2ª parte).

No todo se puede esperar de los demás. Ni que nos resuelvan siempre una situación apurada, ni que encontremos en ellos una cosa que precisemos, ni que falten malos modos a la hora de corresponder a una petición nuestra. Hay que estar prestos a poder resolver por nuestra actitud y esfuerzo las papeletas que se nos presenten. «Con lo mío Dios me ayuda» (VII, 2ª). Y de no poder con lo nuestro, entonces solicitaremos la ayuda ajena, no antes. Es muy cómodo esperar pacientemente a que las cosas maduren con

otros soles, al estilo de aquellos alumnos que comienzan su examen escrito cruzándose de brazos sin leer el enunciado, esperando e incordiando para obtener la «chuleta» salvadora. En buena doctrina, en todo compañerismo debe existir reciprocidad. «Hoy por mí y mañana por ti» (XLIV, 2ª). No el hoy, el mañana y el pasado por mí, que suele ser la acepción que del compañerismo tienen más de los que parece ¿Por qué la falta de compañerismo se invoca a las ayudas que no recibimos y jamás a las que no prestamos? Actitud bien sospechosa y prevenida cuando se dice: «El pan comido y la compañía deshecha» (VII, 2ª). Bueno será que no queramos todo, que arrimemos un poco el hombro, a pesar de que no existe proporcionalidad entre lo poco que hagamos en ocasiones y lo mucho que recibamos. «Cuando te dieran la vaquilla, corre con la soguilla» (IV, 2ª).

La vida, que nunca engaña, nos advierte que lo mejor se encuentra siempre entre los de nuestra misma especie. Bien cierto que tendremos desencantos, mas siempre muchos menos que si

alternamos con otros de distinto rango o profesión. «Cada oveja con su pareja» (XIX, 2ª), pero como tal pareja. Es demasiado boba la oveja que pretende parecer león por mucha melena que se deje. «Por la uña se saca al león» (XVII, 2ª.), y mal vivirá entre leones quien no tenga uñas; y feliz vivirá el cordero si se conforma con el encanto que le da su mansedumbre.

Si el egoísmo o una fugaz incompreensión zancadilleasen a quien obra rectamente, no se debe amilantar: «Donde una puerta se cierra, otra se abre» (XV, 1ª). Todas son puertas, y, sin embargo, unas son deformes como los moradores que cobijan y otras abren en su amplitud luminosos caminos.

Grupo 2

Cervantes, que supo presentar el contraste entre el espíritu y la materia, los dos polos entre los que acontece todo lo humano, nos vino a enseñar que hasta en esto existe un ecuador donde se reúnen una mayor cantidad de ventajas. Su justeza le llevó a ponderar de forma razonable la importancia de la *comida* como carburante humano. En su pobreza, en sus andanzas y en su cautiverio, debió de sentir alguna vez su estómago vacío. Quizá ello le dio, más que cara enjuta, un idealismo exento de grasas y de sobrante, un idealismo puro y destilado.

Aunque sufrido, en todo soldado español hay un poco de Sancho. El jolgorio y un yantar bien regado entran dentro de sus aspiraciones y necesidades. Sabe amoldarse a todo, lo que no quiere decir que le guste ser frugal, y refunfuña todo lo que le lleva en sentido restrictivo: «Tripas llevan a pies, que no pies a tripas» (XXXIV, 2ª). Esto por lo que respecta simplemente a la acción de llevar, porque si se trata de llevar bien, entrará la cabeza sin remedio, y serán las tripas y la cabeza reunidas las que lleven nuestros pasos por el camino apropiado.

Buen ejemplo de lo dicho lo tenemos en que es un caso insólito el encontrar que quien se preocupa de la comida no tenga ganado el aprecio de sus subordinados. Es más, muchas disciplinas no son sino exteriorizaciones de este estado especial que crean los estómagos vacíos o a medio llenar. No es una casualidad el que las concordias surjan a la hora de los postres y no a los entremeses. Una tropa bien cuidada mejora

su rendimiento. «Donde no hay tocino, no hay estacas» (X, 2ª).

Por lo muy golosas de las mercancías que entran en cada minuta, es necesaria una fiscalización —prevista en nuestro Régimen Interior— en lo que a cocina se refiere. La simple vigilancia todo lo mejora. No hará falta recordar que no todo el arte estriba en comprar barato. «El que compra y miente, en su bolsillo lo siente» (XXV, 1ª.). Y mucho más sentido debe ser si el bolsillo no es suyo. Si siempre el estar a cargo de estos menesteres fue cosa delicada y propicia a copiosos quebraderos de cabeza, hoy, en los tiempos de las escaseces, los racionamientos y los sustitutivos, es de verdadero delirio. Nada más propenso que esto al engaño. «Dios esta en el cielo, que ve las trampas» (XXX, 1ª); los hombres solo ven unas pocas. La cosa no suele quedar aquí; son muchos los que procuran amistar con furrieles y rancheros, buscando sean espléndidos en dar o repartir desigualmente lo que no es de ellos. He aquí el por qué una escrupulosa vigilancia debe existir desde el principio al fin de esa cadena por que pasan los alimentos. Con frecuencia hasta «de la mano a la boca se pierde la sopa» (XXII, 1ª).

No faltará quienes piensen que la comida no es todo, siendo yo uno de ellos. Lo que no cabe duda es que la comida debe ser una auténtica preocupación. Ciertamente habrá muchos que, a pesar de ser bien nutridos, no mejoran un ápice ni en valor ni en resistencia; cierto que nos dolerán los desvelos que por ellos tuvimos; mas cierto también que ya estamos prevenidos de tal posibilidad al reconocer que «no es la miel para la boca del asno» (XLII, 1ª).

Grupo 3

Don Quijote, con lanza y adarga salió contra los muchos mandrines que por el mundo caminan, es en sí un foco de ejemplaridad. El quiere ante todo «desfacer entuertos», llevar la luz y la verdad, ser un manantial de enseñanzas. *Su misma posición de prototipo moral le hace aparecer loco*. Son muchos los que desde los tiempos de Jesucristo participan de análogas imputaciones por caminar según una línea recta. Uno de sus muchos comentaristas se pregunta: «¿No es desconcertante que el mundo los acoja (a los sentimientos de don Quijote) con risas





▲ Llegada a la venta de W. H. Robinson

estrepitosas, haciendo escarnio de su modo de ser y comportarse, que, en lo fundamental, no hace más que acoger las enseñanzas prodigadas en todas las partes por los educadores antiguos y modernos?»

Él, aun a sabiendas de que lo único que hacía era «predicar en desierto» (VI, 2ª), continúa testarudamente. Le obsesiona mejorar el mundo, sin encontrar colaboración —que generalmente obtienen los que practican el mal—. La hilaridad que sus palabras provocan no nace de la pretendida exageración de las mismas, sino de que la risa es como la cortina que utilizamos para ocultar lo que no nos conviene ver.

«Nadie nace enseñado» (XXXIII, 2ª); por eso, dar enseñanzas es obligación de todos los que están en condiciones de darlas, que, dentro del Ejército, es la labor ejercida por todos y cada uno de los Mandos. En nosotros está un complemento de la escuela, lo que algunos han llamado *la segunda escuela*. El tiempo que el soldado permanezca en filas no puede ser desaprovechado. Es la última ocasión para enderezarle si crece torcido: su temple ardoroso todavía lo permite; unos años más, y su cuerpo y su alma quedarán modelados para siempre; entonces, cualquier esfuerzo será inútil; «no se puede majar en hierro frío» (VI, 2ª).

En toda enseñanza es necesario un orden; he aquí el por qué de los planes de instrucción, de los programas y de las normas: de no llevar este esquema general organizado y meditado, de fiar con creces en la improvisación, todo sale cojo y con soluciones de continuidad; equivale a «mezclar berzas con capachos» (III, 2ª). Mas una vez hecho el plan, todo es comenzar; es la primera piedra lo que cuesta más de colocar. Con unos principios, por leves que sean, los conocimientos progresan geoméricamente. «Sobre un huevo pone la gallina» (VII, 2ª). Quien aprende la primera lección está muy cerca de conocer la segunda.

Las incitaciones del hombre moderno le llevan, en su apetito de mejorar, a considerarse insatisfecho con lo que posee. Nada tan innecesario como el viejo principio pedagógico «La letra con sangre entra» (XXXVI, 2ª). Hay otras muchas maneras de obligarla a entrar. Para unos es disfrazarla de otra cosa y hacerla entrar insensiblemente; purga sigue siendo el aceite de ricino con trazas de naranjada, y se prefiere considerar que fue naranjada lo que tomamos. Para otros es ofrecer premios, motivos de necesidad o menciones honoríficas el mejor aliciente de todo aprendizaje. Unos y otros vienen a corroborar

que «si al palomar no le faltan cebos, no le faltarán palomas» (VII, 2ª). Con adecuados cebos, a casi todos se les puede hacer reaccionar hacia las directrices a las que aportamos nuestros desvelos; por muy alta que sea la meta, podrá ser lograda con perseverancia. «De los hombres se hacen los obispos» (XXXIII, 2ª). Sin que ello quiera decir que todos puedan serlo; serán muchos los que deben conformarse con menos, pues no se pueden «pedir cotufas en el golfo» (III, 2ª), o, si se prefiere, no se deben «pedir peras al olmo» (XL, 2ª).

Grupo 4

Mucho se ha discutido si don Quijote lleva en sí un *espíritu combativo*. Por sus muchas acciones, parece que sí, y por el denuedo con que a ellas se lanza, también; pero si entabla combate es porque encuentra que es el único medio efectivo de ir hacia los «agravios que pensaba deshacer, entuertos que enderezar, sinrazones que enmendar y abusos que mejorar».

Ha sido y sigue sendo verdad aquella frase de nuestro Gracián, en su *Oráculo Manual*: «Milicia del hombre contra la malicia del hombre». Y es por ir contra esa malicia por lo que él se arma caballero.

Gloria y recompensas, pocas pudo nunca lograr, pues, como tan acertadamente reconoce Ortega y Gasset, él lleva en sí *el vencido esencial*. Obra demasiado a las claras, y esto es un gran lastre. Son más los que practican el abuso de la fuerza, y en lugar de pensar que «de los enemigos, los menos» (XIV, 2ª) prefieren llevar como consigna: «de los enemigos, los pequeños» y aplastarlos a placer; o, al igual que muchas mentalidades esclavas del momento actual, «no pidas de grado lo que pudieras tomar por la fuerza» (XXI, 1ª). Pero «Dios es grande» (XXII, 1ª), y a los débiles les da apoyos que niega a los poderosos. Hay momentos en que la indignación y la exaltación de los altos ideales presta lo que falta a los medios materiales; es entonces cuando «las cañas se vuel-



▲ Llegada a la venta de Moreno Carbonero



▲ El encuentro del rucio. Gustavo Doré

ven lanzas» (XII, 2º), y lo que contaban tener en la cazuela se sale y les escalda a ellos mismos. «Muchos van por lana y vuelven trasquilados» (VII, 1ª).

Grave responsabilidad la de los poderosos que emplean su poder solo para su medro, con lo que pierden la mejor coyuntura que se les puede presentar cual es la de servir de apoyo y guía a los que menos pueden. Siempre he creído que quien mucho posee consigue más a la larga dando que quitando un poco. Cuando quien dirige se guía por el «allá van leyes do quieren reyes» (XLV, 1ª), no le han de faltar trastornos, que en un corra la bola llegan hasta el último de los que de ellos dependen. «Cuando la cabeza duele, todos los miembros duelen» (II, 2ª).

Antes de entrar en guerra o pendencia piénsese mucho, pues si normalmente «tanto se

pierde por carta de más como de menos» (XVII, 2ª), aquí hay muchas más cartas que perder. Siempre que se pueda, que la cosa quede en amenazas; una advertencia, una intimidación a tiempo, puede ser de excelentes resultados; es el «hombre apercebido, medio combatido» (XVII, 2ª). Y si la cosa sobrepasa los límites de provocación o gravedad tolerables, no debemos entretenernos demasiado esperando que se nos dé el golpe definitivo y contundente. Que «¿quién ha de llevar el gato al agua?» (VIII, 1ª). Nosotros, si es preciso; no en vano «el que luego da, da dos veces» (XXXIV, 1ª).

Especialmente preside nuestro pensamiento el que «Dios bendijo la paz y maldijo las riñas» (XIV, 2ª).

Grupo 5

En cuanto se reúnen un conjunto de hombres o mujeres en algún descanso de su labor, la *murmuración*

comienza. Creo que no nos acostamos ningún día sin haber caído en ella. El Ejército tampoco se emancipa de la murmuración, que por corriente no reparamos casi nunca en ella (aunque sean las Ordenanzas las primeras en querer abrirnos los ojos), como no nos preocupamos de esas pequeñas nubes que a intervalos nos tapan el sol, aunque dentro de sí llevan el germen de las tormentas. Si aceptamos que «de la abundancia del corazón habla la lengua» (XII, 2ª), habrá que pensar si también las restricciones llegaron al corazón.

Justo que muchas veces todo proviene, más que de una deliberada intención de hacer daño, de un hablar por hablar; mas si al comer por comer nos vamos hacia el mejor plato, no veo por qué al hablar lo hemos de hacer hacia el más dañino. Para los casos de duda, el silencio;

por algo «al buen callar llaman Sancho» (XLIII, 2ª). De enfrascarnos en la crítica adversa, no pararemos nunca por falta de materia, pues cuando parezca agotada, alguien habrá juzgado que «aún falta la cola por desollar» (II, 2ª).

Al hablar, casi nadie lo hace desinteresadamente. Esta falta de objetividad la reconocemos cuando al dar un consejo comenzamos: «Yo en su caso haría...». Las palabras suelen ir adheridas a las personas como la piel a la carne, y desligadas del individuo, no tienen auténtico sentido; son como de quien vienen: «Pon lo tuyo en Concejo: unos dirán que es blanco, otros dirán que es negro» (XXXVI, 2ª). Los que hablaron buscaron, más que ver un color, distinguir el que más les convenía ver. «La verdad siempre anda sobre la mentira, como el aceite sobre el agua» (X, 2ª); lo difícil es distinguirla cuando alguien se ha preocupado de agitarla y emulsionarla.

Tendamos a ser objetivos; y mientras no se estirpe el mal —al que debemos hacer por combatirlo dentro de nosotros mismos—, no nos acaloremos por según qué juicios. «¿Qué no han de decir de nosotros, si también de Dios dijeron?» (XXV, 1ª).

Grupo 6

Y tratándose de don Quijote, que con su admirable locura quería hacer entrar en razón al mundo, no puede dejar de hacer frecuentes alusiones a las recompensas y castigos. Ambas son empleadas en la mayoría de las colectividades, y aunque necesarias, son siempre muy criticadas en su puesta en práctica. Para algunos, en el Ejército solo debieran existir los castigos, dado que las recompensas se adjudican por un exceso y esmero en el cumplimiento del deber, y esto en realidad no debe tener límites para el militar. Yo no comulgo en la misma opinión, aunque sí creo que su concesión, en bien de la misma recompensa, debe estar muy restringida.

No menos de una docena de refranes hay en *El Quijote* sobre el particular, aunque para mi gusto, las mejores palabras son las que se pueden leer entre los consejos que da a Sancho para el buen gobierno de la ínsula Barataria, y entre los que transcribo estos dos:

«Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincuente, que no es mejor la fama del juez rívido que la del juez compasivo».

«Al que has de castigar con obras no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio sin la añadidura de las malas razones».

Entre los refranes, unos nos advierten que el superior debe quedar encima:

«Si da el cántaro en la piedra o la piedra en el cántaro, mal para el cántaro» (XX, 1ª).

«Entre dos muelas molares nunca pongas tus pulgares» (XLIII, 2ª).

Otros, lo difícil de castigar justamente:

«Pagan a las veces justos por pecadores» (VII, 1ª).

«No, sino ándeme yo buscando tres pies al gato» (X, 2ª).

Otros, lo mucho castigable:

«Hay más mal en el Aldegüela que se suena» (XLVI, 1ª).

«El diablo no duerme» (XV, 1ª).

«Por su mal le nacieron alas a la hormiga» (XXXIII, 2ª).

«A pecado nuevo, penitencia nueva» (XXX, 1ª).

«Por el hilo se saca el ovillo» (IV, 1ª).

«Dios sufre a los malos, pero no para siempre» (XL, 2ª).

Otros, el saber perdonar:

«Quien yerra y se enmienda, a Dios se encomienda» (XVIII, 2ª).

Y, finalmente, otros un conformismo a la hora de recibir recompensas:

«Mientras se gana algo, no se pierde nada» (VII, 2ª).

De no existir el peligro de extenderme más de lo que ya lo he hecho, podría continuar con los otros muchos refranes que nuestro Cervantes incluyó sobre conceptos tan nuestros como son: el mando y la disciplina, la lealtad, la limpieza y la buena presentación; el sacrificio; el morir heroico; laboriosidad, rapidez y sorpresa...

Quise ofrecer simplemente, a modo de un avance de lo mucho que podemos extraer para nuestra buena marcha en tan memorable libro, los que hemos hecho de la milicia profesión y vida, intentando por otra parte, con mis palabras mancas en demasía, asociarme al universal homenaje cervantino. ■



El Alma española*

■ ■ ■ MIGUEL MARTÍN NARANJO.
Coronel de Estado Mayor.

*Artículo ya publicado en el n.º 93 de esta revista correspondiente a octubre de 1947, número extraordinario editado con motivo del IV Centenario del nacimiento de don Miguel de Cervantes Saavedra.

Es Cervantes un genio universal de la literatura, porque universal es su obra fundamental, ya que todos sus personajes tienen un espíritu y una sangre humana, que con más o menos generalidad se dan en todos los países del mundo, y, por tanto, a todos pertenece su figura; pero, al mismo tiempo, es también el escritor español más representativo, porque *El ingenioso hidalgo* es el estudio psicológico más completo de la complicada alma española, quizá no superado, en este solo aspecto, más que por el voluminoso conjunto de los *Episodios Nacionales*, de Pérez Galdós.

Una faceta característica del español es la dualidad, el fuerte contraste; no cabe, pues, personificarle más que en un raro ejemplar humano, ya que las más contrapuestas tendencias e inclinaciones, idealistas y positivistas se amalgaman en su alma; así se nos describe a la vez como marciales y pendencieros, místicos y sensuales, altivos y hospitalarios, más amantes de la buena vida que de la riqueza, individualistas y abnegados, tan autoritarios como poco obedientes, dos tercios de Quijote y uno de Sancho, más inclinados a las prisas de la aventura que al método y la reflexión, temerarios y prudentes, sedientos de pompas y sencillos en el trato, avaros de estimaciones y generosos de los bienes, mitad caballeros y mitad frailes, orgullosos y amigos de las bromas extremadas, de gran ingenio para chistes y donaires, pero de excesiva credulidad y tan propensos a imponer nuestro criterio como refractarios a aceptar el contrario. Por ello, las figuras de don Quijote y Sancho vienen a ser como una gran síntesis de nuestra alma y el símbolo de la ley psicológica nacional.

Para algunos, como «Azorín», la cualidad fundamental de ese complicado laberinto anímico es la dignidad; pero en igual y primer plano se encuentran, en nuestra opinión, el apetito de mando, la credulidad y la espiritualidad cristiana, como si fueran cuatro grandes núcleos de atracción recíproca, de diferente fuerza en cada momento, a cuyo alrededor se agrupasen otras cualidades secundarias, y de cuya amalgama y choque surgirían las facetas intermedias. Por eso, si pudiéramos representar al alma española por un cuerpo geométrico, sería un *multi-poliedro* de forma tetraédrica, cuyos cuatro vértices corresponderían a esas cuatro cualidades; pero que por estar en permanente movimiento giratorio, lento, irregular y oscilante, la cúspide o punto dominante del conjunto variaría con la época considerada.

Estas cuatro cualidades resplandecen a cada paso en toda nuestra historia, en la literatura, en los casos concretos y hasta en los refranes como compendio de la sabiduría popular. Veámoslo:

DIGNIDAD O SENTIMIENTO DEL HONOR

Tan destacada es esta característica, que nuestro «orgullo» es tan conocido mundialmente como el «*spleen*» inglés o la «tenacidad» alemana; y no es orgullo, sino integridad, nativa dignidad, natural producto de nuestra agitada historia guerrera, que nos hace repeler el servilismo y la esclavitud, en cuyas escuelas no pueden formarse ni vivir los caballeros y, por tanto, los militares. Así, en los mismos balbucesos de nuestra historia, las mujeres cántabras, ante la poderosa y asombrada Roma, lanzaron para la raza hispana esta oración sublime, orientadora del futuro:



«Madres de hijos muertos, sí; madres de hijos esclavos, no», dijeron, cuyo alto y fiero ejemplo ni hemos olvidado ni podemos olvidar, pues es de todos los tiempos la figura del español que trazó Calderón en aquella hermosa octava real que termina con estos versos:

«Todo lo sufren en cualquier asalto,
solo no sufren que les hablen alto».

Celebrábase la batalla de Muret el 12 de septiembre de 1213, entre aragoneses y franceses. Dos caballeros de este último ejército habíanse juramentado para matar al monarca aragonés, y acometieron a un lujoso y bizarro jinete tomándolo por él; mas como se defendiese sin gran resolución, uno de ellos exclamó: «Este no es el Rey; don Pedro es mejor caballero»; el Rey, que le oyó, contestó con altivez: «Tenéis razón, el Rey soy yo», y acometió a sus enemigos hasta perder la vida en el campo de batalla.

Y el Conde de Benavente, que después de cumplimentar la orden del Emperador alojando al Condestable de Borbón en su palacio, lo incendia porque «una casa manchada con la presen-

cia de un traidor no era ya digna de habitarse por un hombre de honor».

Y el guerrillero José Roméu Porras, que en 1812 operaba por las provincias valencianas, es sorprendido y prisionero en Sot de Chera el 8 de julio y llevado a Valencia; el General Saint Cyr le brinda la libertad si reconoce la dinastía francesa de José Bonaparte, y contesta: «Roméu es un español nacido en Sagunto». Se le condena a la horca y, ya en capilla, un mensajero francés le hace saber la angustiosa situación de su mujer e hijos, que, perseguidos, se encuentran hambrientos por los montes de Cofrentes y que con una sola palabra puede salvarse y salvarlos, y responde: «Mi esposa y mis hijos tendrán un nuevo padre en cada español que sobreviva»; el enviado insiste y, admirado de su entereza, le insinúa que podía acceder a la exigencia del Mariscal, aunque en su interior sintiera lo contrario, y con altivez replica: «Antes morirá Roméu que mentir». Fue ejecutado; pero Sagunto, cuyo nombre evoca otras gestas patrias, le levantó en una de sus plazas una estatua como ejemplo vivo para el futuro y testimonio perenne de la dignidad española.



El Pedro Crespo de *El alcalde de Zalamea*; el Blas Pérez de *El zapatero y el rey*; la voz de nuestras Cartas pueblas, la behetría, los Concejos, el silencio de *Fuenteovejuna*, el tesón de los Procuradores de nuestras antiguas Cortes, todas son ramas del mismo recio roble, manifestaciones constantes de la dignidad española, siempre sedienta de superación.

¿Cómo, pues, había de faltarles esta cualidad a don Quijote y a Sancho? En este se manifiesta cuando deja el apetecido gobierno de la ínsula, pues comprende que no está a la altura de las funciones que había de ejercer; en aquel, cuando, vencido e inmovilizado por el caballero de la Blanca Luna, no quiere reconocer que pueda existir una mujer más hermosa que su amada y dice: «Dulcinea es la más hermosa mujer del mundo y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad; aprieta, caballero, la lanza, y quítame con ella la vida, pues me has quitado la honra».

CREDULIDAD EXCESIVA

Cervantes nos tinta al Hidalgo cautivado por los libros de Caballería que lee y cuyos hechos y acciones sorprendentes cree a pie juntillas; olvida el aforismo senequiano de «que todo el que tiende a cautivar su juicio y no a elaborarlo, nunca raciocina y siempre cree», y sugestionado por lo que desea, sale en busca de aventuras, tomando en su exaltada imaginación las

ventas por castillos, los molinos de viento por gigantes, las mozas de partido por princesas, los venteros por castellanos y los rebaños por ejércitos. Es tanta su buena fe, que llega hasta a liberar a los galeotes, que después le apedrean, maltratan y roban, porque cree que la maldad de esos hombres no es más que una consecuencia de la maldad de los demás. Y de esta credulidad participa Sancho, pues si bien muchas de las cosas que le comunica su señor no las cree, lo disimula, que, al fin y al cabo, menos molestias y sufrimientos le imponen las locuras de su amo que el esfuerzo que habría de realizar en su cotidiano trabajo campesino, tanto más cuanto que por dichas locuras podría llegarle la corona condal o, por lo menos, el anhelado gobierno, en cuyo ejercicio podría desquitarse; conducta que no es más que el fruto de una amalgama de su credulidad y pereza, estimuladas por la ambición.

Y esta credulidad y esta pereza colectiva se ve en la España de siempre, donde el pueblo ha creído y cifrado su salvación en fórmulas maravillosas y en recursos de arbitristas ajenos a su propio esfuerzo, o en simples palabras mesiánicas y sonoras que, como la lluvia, habrían de venir de arriba: europeización, constitución, república, revolución etc; es que somos la Nación de los grandes arranques y momentos, pero en la que, por regla general, no se ha encontrado, a partir del siglo XVII, ese tipo medio del ciudadano necesario para todos los días intermedios, en los que hay que vivir de esas virtudes menores que se lla-



man disciplina y jerarquía social, cumplimientos del deber, respeto hondo y sentido de la Autoridad, rendimiento en el trabajo. Por eso en las crisis que los pueblos padecen, se ha dicho, y con razón, que las dificultades más graves no son originadas por los hechos externos, sino que radican en los propios ciudadanos del país, porque es en el alma de un pueblo, mucho más que en los acontecimientos, donde hay que buscar las causas de su Destino.

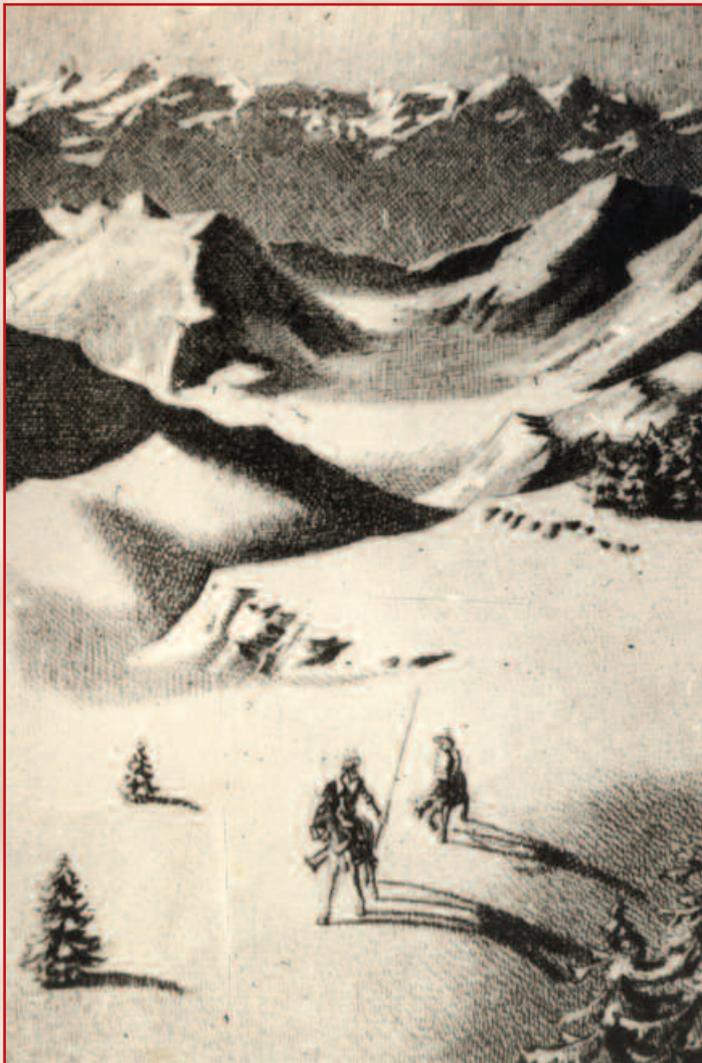
AFÁN DE MANDO

Es tan primordial esta cualidad en el español, que aun para los militares que ejercen permanentemente el mando dentro de una severa y reglamentada disciplina, las propias Ordenanzas consideraron preciso ponerle el freno de que sea *honrada* la ambición de *merecer* ascensos, distinguiéndola así de la simple pasión o deseo de mandar. Tanto don Quijote como su escudero se nos muestran llenos de este deseo primordial y acuciante; el Hidalgo se considera capaz de oscurecer la fama de Licurgo, Solón, Dracón y cuantos legisladores existieron en el mundo; está poseído de que sus leyes no dejarían ningún menesteroso sin amparo, ninguna desventura sin socorro, que en adelante no habría ningún entuerto que enderezar; llevado de esta rectitud del fin que se propone, no piensa con la cabeza, sino con el corazón, porque si no recordaría que esos deseos fundados en el amor y en la caridad fueron los que llevaron a la Cruz al Hijo de Dios, precisamente a petición de esos humildes y desvalidos, que fueron los que gritaron ¡crucifícale!, y habría pensado que ni aun la práctica de esa doctrina a través de los siglos había acabado con la existencia de humildes y de entuertos; cree, sin embargo, que si así ocurre, es por falta de leyes o, por lo menos, por falta de príncipes y de autoridades que las hagan cumplir; de aquí su deseo fijo de que sus aventuras le conduzcan a la conquista de una corona para poder dar leyes y hacerlas cumplir... a los demás; es el ¡trágala!, locura tan española de todos los tiempos. Sin embargo, este apetito de mando, estos propósitos de legislador, no tienen ni un átomo de avaricia ni aun de codicia, pues él puede practicar la fórmula de la felicidad o del *modum ferva* de Cleóbulo, uno de los siete sabios de Grecia, porque tiene lo suficiente para vivir y aun algo

para lo superfluo, que emplea en comprar libros de Caballería, llegando incluso a vender parte de lo que tiene, para ir en busca de la corona de Emperador.

En Sancho se ve también el afán de mando, pues cuando el Hidalgo le hace la proposición de seguirle, sostiene una lucha íntima entre el salario fijo que desea y la promesa de un gobierno, y esta es la que le decide a acompañarle; pero este afán en Sancho está lleno de codicia, y si lucha entre el salario y la promesa es porque no sabe cuál será la que le satisfará más; olvida que uno y otra no le librarán de su condición servil; se decide por la promesa porque esta puede proporcionarle el medio de huir para siempre del odiado trabajo manual y darle la satisfacción de comer en buenas vajillas, abrigarse con pieles, incluso facilitar buenos casamientos a su prole; mas como esto era un poco problemático, a fin de sostenerle en el cumplimiento de su compromiso, tiene buen cuidado Cervantes de ponerle como señuelo, en sus primeras aventuras, los cien escudos de la abandonada maleta hallada en Sierra Morena; ignora aquel otro aforismo de Séneca de que «el conseguir riquezas no acaba con los sufrimientos, sino que lleva consigo una mudanza de ellos»; quiere y desea mandar, no por pasión de mando, ni por avaricia de atesorar dinero, sino simplemente para no trabajar y darse buena vida.

Esta pasión de mando, tan bien discriminada por el doctor Marañón en su biografía del Conde Duque de Olivares, y esta falta de ambición materialista son las que nos han dado siempre nuestra fuerza individual, pero al mismo tiempo nuestra debilidad colectiva como entidad nacional: son las que han guiado y han producido una ingente cantidad de héroes en todas las épocas de nuestra Historia, pero son también las cualidades temperamentales que han impedido que conserváramos en el mundo la preponderancia que nuestras grandes epopeyas nos hicieron merecer. Y este apetito, lejos de disminuir con el tiempo y con la instrucción, adquirió un mayor desarrollo en el siglo pasado con el liberalismo, que hizo de la política la manera de vivir de muchos y en el que todos y cada uno desearon mandar y suspiraron por los gobiernos de ínsulas, desarrollando personalismos y zancadillas para alcanzar el poder, como si la gobernación



de un Estado no requiriese una mayor estabilidad que cualquier otra empresa particular. Es que nuestro país requiere formas de gobierno, que otros pueblos ni sienten ni comprenden, pero cuyas normas y procedimientos no pueden adaptarse al temperamento español.

SENTIMIENTO RELIGIOSO

Tampoco podía faltar en los protagonistas de la obra cervantina, cuya bondad natural resalta, pese a las alucinaciones del uno y la socarronería desconfiada del otro, pero cuya profunda formación cristiana manifiestan, en la resignación con que Sancho deja su cargo de gobernador y en la retractación que de sus errores hace Alonso Quijano a la hora de su muerte.

Y es que este sentimiento religioso, la fe y la moral cristiana, presiden por doquier nuestra historia. Así es el lazo de unión entre la raza vencedora y la vencida en los períodos godo y romano: mantiene el espíritu y alienta la lucha contra los invasores en la Reconquista, en la guerra de la Independencia; libra a nuestra Patria de elementos perjudiciales a la unidad étnica y espiritual (moriscos y hebreos), causa prima, quizá, de muchas otras luchas posteriores; inspira y preside la obra colonizadora de América y su legislación de Indias; es el que hace que mantengamos el catolicismo en Europa; nutre el genio de nuestros grandes artistas y el de nuestras célebres Universidades de Salamanca y Alcalá; es el que da a todas nuestras gestas y hechos ese sello de espiritualidad, de idealidad que nos distingue de los demás pueblos, y es, en fin, el que en medio de la descomposición actual del mundo mantiene todavía en España la organización cristiana y tradicional de la familia, como el puntal más firme de la nación. Es que el sentimiento religioso constituye el resorte más poderoso de la voluntad y el motor más eficaz para la acción.

El mundo moderno, como consecuencia de las dos más grandes guerras de la humanidad, soportadas por una misma generación, parece como si hubiera vaciado al hombre del sentido moral que había sido acumulado durante siglos, entregándole a las granjerías de un materialismo absoluto; por fortuna, España es hoy la nación menos contagiada, pero debemos vigilar y pulir constantemente nuestra alma, porque el fundamento principal de la grandeza de un pueblo reside, más que en nada, en la fuerza de su carácter y en la permanencia de su acción en la Historia. Que *El Quijote* sea siempre considerado, como lo calificaba su propio autor, de libro que «los niños lo manosean, los mozos lo leen, los hombres lo entienden y los viejos lo celebran», ayudándonos a practicar la máxima «Nosce te ipsum». ■

Así murieron dos caballeros andantes*

MANUEL LAMATA DESBERTRAND.
Coronel Médico.

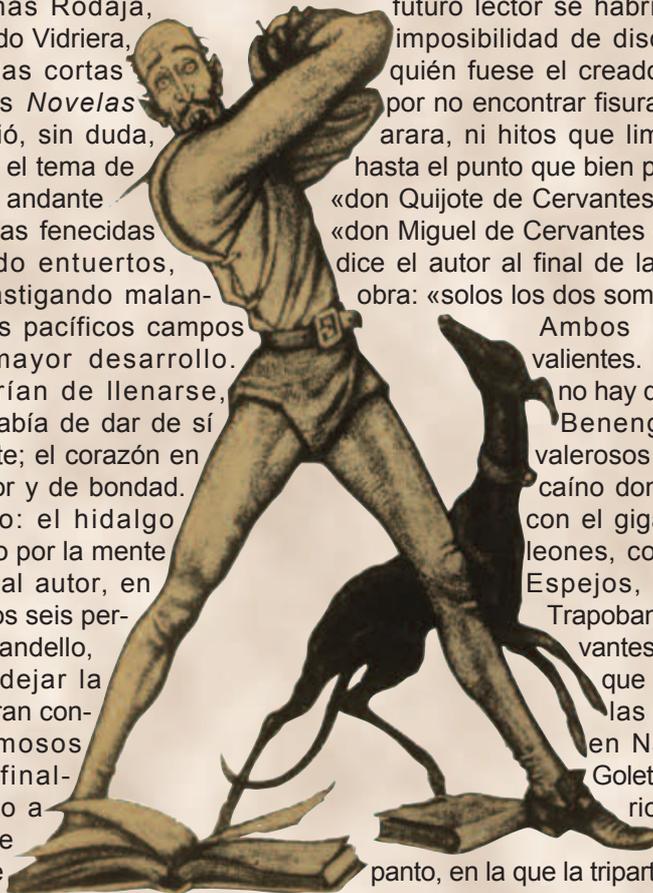
*Artículo ya publicado en el n.º 93 de esta revista correspondiente a octubre de 1947, número extraordinario editado con motivo del IV Centenario del nacimiento de don Miguel de Cervantes Saavedra.

Cuando se ha leído varias veces *El Quijote*, se llega a sospechar que el primer plan de Cervantes no iba más allá de escribir en unos pocos capítulos la historia de un original loco. Algo así como la historia de ese otro loco, muy original también, llamado Tomás Rodaja, conocido por el Licenciado Vidriera, para el que bastaron las cortas páginas de una de las *Novelas ejemplares*. Pero ocurrió, sin duda, que el autor advirtió que el tema de un anacrónico caballero andante ambicioso de resucitar las fenecidas aventuras, desfaciendo entuertos, matando gigantes y castigando malandrines, todo ello por los pacíficos campos manchegos, exigía mayor desarrollo. Muchas páginas habrían de llenarse, en efecto, con lo que había de dar de sí el corazón de don Quijote; el corazón en su doble sentido de valor y de bondad. O dicho de otro modo: el hidalgo manchego, recién creado por la mente cervantina, se impuso al autor, en rasgo que más tarde otros seis personajes usarían con Pirandello, y le conminaría a no dejar la pluma, hasta que quedaran contados todos sus famosos hechos, y lo dejara, finalmente, tendido de largo a largo en la fosa donde para siempre habían de

yacer los cansados y podridos huesos del valiente caballero.

Es más, a medida que la historia se dilataba sobre las cuartillas, don Quijote y Cervantes establecieron un nexo entre ellos, tal, que el futuro lector se habría de encontrar en la imposibilidad de discernir, en ocasiones, quién fuese el creador y quién la criatura, por no encontrar fisura o surco que los separara, ni hitos que limitaran sus fronteras, hasta el punto que bien pudiera hablarse de un «don Quijote de Cervantes y Saavedra» y de un «don Miguel de Cervantes de La Mancha». Ya lo dice el autor al final de la segunda parte de la obra: «solos los dos somos para en uno».

Ambos son esforzados y valientes. Del Ingenioso Hidalgo no hay que decir. Cide Hamete Benengeli nos detalla sus valerosos combates con el vizcaíno don Sancho de Azpeitia, con el gigante Briareo, con los leones, con el caballero de los Espejos, con Alifanfarón de Trapobana y tantos otros. Cervantes, en los muchos años que fue soldado, demostró las mismas condiciones en Navarino, Túnez y La Goleta; en su largo cautiverio y, sobre todo, en la gloriosa gesta de Lepanto, en la que la tripartita escuadra española,



veneciana y papal, bajo el mando supremo de don Juan de Austria, abatió el poder del turco. Allí, a bordo de la galera *Marquesa*, luchó bravamente hasta resultar herido, mientras doce mil cautivos cristianos, que estaban al remo de los bajeles turcos, quedaban en libertad. Y dice Cervantes en su epístola a Mateo Vázquez:

«A esta dulce sazón, yo, triste, estaba
con la una mano de la espada asida,
y sangre de la otra derramaba;
el pecho mío de profunda herida
sentía llagado, y la siniestra mano.
estaba por mil partes ya rompida».

Ambos tuvieron la virtud de la paciencia. El caballero de La Mancha, porque sabía que era el mejor bálsamo para las heridas y los no faustos sucesos; y así, en su réplica al canónigo que tenía por locura el ejercicio andantesco en aquellos tiempos, «soy —le dice— blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos» (I, 50). En cuanto a Cervantes, que allá por el año 1575 regresaba de Nápoles en la galera *Sol*, llena la cabeza de proyectos literarios, al ser abordada por los bajeles corsarios del renegado Arnaute Mami, fue llevado en cautividad a tierras de África, donde pasó aventuras que podemos deducir de la historia del cautivo Rui Pérez de Viedma (I, 37) y de la referencia a un tal de Saavedra, que parece un sosia del autor (I, 40), de todo lo cual resume en el prólogo al lector de *Las Novelas Ejemplares* «que fue cinco años y medio cautivo, donde aprendió a tener paciencia en las adversidades».

Los dos sufrieron prisiones. Don Quijote en una inmundada jaula tirada por perezosos bueyes, y don Miguel «en una cárcel donde toda incomodidad tiene su asiento, y donde todo ruido hace su habitación». (Prólogo. 1ª parte).

El hidalgo manchego es lector infatigable que se pasaba «las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio» sobre los libros (I, 1). Cervantes, aficionadísimo a leer, «aunque fueran los papeles rotos de la calle» (I, 9). Aquel era algo poeta y se preciaba de recitar algunas estancias de Ariosto; este, gran enamorado de la poesía, que cultivaba de continuo. Resaltemos aquí un rasgo de su modestia. Cuenta en el prólogo de los *Entremeses* que al ir a vender a un librero los

manuscritos de unas comedias, este le dijo haber oído que de su prosa se podía esperar mucho, pero que del verso nada. Y Cervantes comenta con pueril ingenuidad: «y si se va a decir la verdad, cierto que me dio pesadumbre el oírlo». Por eso dice en el *Viaje del Parnaso* (cap. I):

«Yo, que siempre trabajo y me desvelo
por parecer que tengo de poeta
la gracia que no quiso darme el Cielo...»

Recordemos otro rasgo caracterológico que les es común. La consecuencia y constancia en sus opiniones. Cuando el caballero de la Triste Figura fue derrotado por el de la Blanca Luna (II, 64) este, poniéndole la punta de la lanza en la cara, le intimó: «Vencido sois caballero, y aún muerto, si no confesáis las condiciones de nuestro desafío». Las cuales eran que el derrotado había de declarar que su dama era menos hermosa que la de su contrincante. Don Quijote, inerte en el suelo con voz que parecía salir de una tumba dijo estas lapidarias palabras:

DULCINEA DEL TOBOSO ES LA MÁS HERMOSA MUJER DEL MUNDO, Y YO EL MÁS DESDICHADO CABALLERO DE LA TIERRA, Y NO ES BIEN QUE LA FLAQUEZA DE MI BRAZO DEFRAUDE ESTA GRAN VERDAD. APRIETA, CABALLERO, LA LANZA, Y QUITAME LA VIDA, PUES ME HAS QUITADO LA HONRA.

Don Miguel de Cervantes, fiero de sus heridas y orgulloso de la acción en que fueron cobradas, rebosante de ideal, he aquí lo que responde al autor del falso *Quijote* que le motejó de manco y de viejo, como si su manquedad hubiese nacido en una taberna y no en la más grande ocasión que vieron los siglos pasados ni verán los venideros: «El soldado más bien parece muerto en el campo de batalla, que libre en la fuga; y esto es en mí de manera, que si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella facción prodigiosa que sano ahora de mis heridas sin haberme hallado en ella». (Prólogo, II parte).

Pero esta asunción de la criatura a su creador aún va más allá, y más allá ya no puede ir. ¿Cuál es su actitud ante el enemigo incorpóreo e invencible, que está siempre en la extrema retaguardia de la vida y se presenta para ponerle el finiquito? ¿Cómo se comportan estos dos caballeros ante la espantable aventura de su



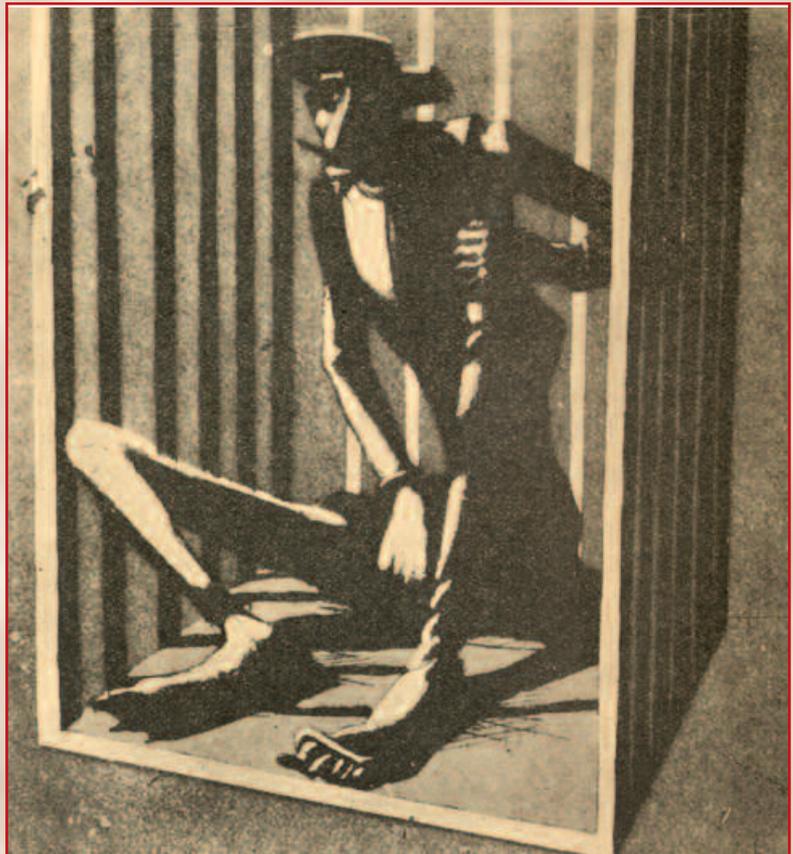
propia muerte? Cara a cara saben mirarla, con el estoicismo de un Sócrates cristiano.

Don Quijote ya no levanta cabeza desde su derrota en Barcelona por el Caballero de la Blanca Luna (que no era tal, sino el bachiller Sansón Carrasco), y lleno de melancolía llegó a su aldea, donde «se le arraigó una calentura» que le tuvo seis días en cama (II, 74). Cervantes, después del desaforado ataque de Alonso Fernández de Avellaneda (que tampoco era tal, aunque aún no haya sido identificado), también desasosegado e inquieto, se le recrudece su enfermedad, de la que solo conocemos su síntoma, hidropesía, y poco a poco se retrae a su casa. Hidropesía, como la que describe en la altiva Vanagloria (*Viaje del Parnaso*, Cap. VI):

«La enfermedad llamada hidropesía
así le hincha el vientre,
que todo el mar caber en él podría».

¿Qué médicos les asistieron? Del que estuvo a la cabecera del Ingenioso Hidalgo solo sabemos que le tomó el pulso y no le contentó mucho, y dijo que, por sí o por no, atendiera a la salud de su alma, pues la del cuerpo corría peligro. Del de don Miguel nada consta, pero presumimos que no sería una especie de doctor Pedro Recio de Agüero, natural de Tirteafuera, por las razones que se indican en el capítulo XLVII de la segunda parte de *El Quijote*, sino alguno sabio, prudente y discreto, de los que Sancho Panza ponía sobre su cabeza y los honraba como a personas divinas. Alguien ha dicho que Cervantes nunca lleva sus sátiras e ironías más allá de lo que permite la recta justicia. Si se le presenta ocasión de zaherir a los médicos, lo hace, pero dejando a salvo a los discretos, prudentes y sabios. No como, por ejemplo, Quevedo y Molière que no se paran en barras ni exceptúan a nadie. ¡Que Dios se lo pague a Cervantes!

Se acerca, pues, la muerte para ambos. El caballero de La Mancha, desengañado del mundo, pero fortalecido por la fe cristiana, dice: «Vámonos poco a poco, pues en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño». (II, 74). El manco de Lepanto tiene el mismo desaliento resignado. Cervantes es maestro inimitable en sus prólogos. Son insuperables los dos de *El Quijote*, el de las *Novelas* y el de los *Entremeses*. Pero a noble emoción no gana a ninguno el que puso a su última obra *Los trabajos de Persiles y Segismunda*. Reléalo el lector. Sucedió, pues, que viajaba con unos amigos, de esos que hizo, como él dice, más con la bondad de su trato que con su ingenio, desde el famoso lugar de Esquivias a Madrid, cuando los alcanzó un estudiante. Trabada conversación, al descubrir el recién incorporado al grupo que estaba en presencia de Cervantes, se apeó de su cabalgadura y, asiéndole de la mano izquierda, le dice: «Sí, sí; este es el manco sano, el famoso todo, el escritor alegre y, finalmente, el



regocijo de las Musas». A lo que se le respondió: «Yo, señor, soy Cervantes; pero no el regocijo de las Musas ni ninguna de las demás baratijas que ha dicho. Vuesa merced vuelva a cobrar su burra y caminemos en buena conversación lo poco que nos queda del camino». Y aún dice luego: «¡Adiós, gracias; adiós, donaires, que yo me voy muriendo!...» Tampoco en los nidos de antaño cervantinos quedaba ningún pájaro.

Y ya cerca del momento de entregar el alma a Dios, ¡qué nobles palabras saben pronunciar!

Don Quijote de la Mancha (II, 74): «Yo, señores, siento que me voy muriendo a toda prisa; déjense burlas aparte y tráiganme un confesor que me confiese y un escribano que haga el testamento; que en trance como éste no ha de burlar el hombre con el alma...». Y murió.

Don Miguel de Cervantes (dedicatoria del *Perisiles*): «Puesto ya el pie en el estribo —y en las ansias de la muerte—, gran señor, ésta te escribo. Ayer me dieron la Extremaunción y hoy escribo ésta. El tiempo es breve, las esperanzas menguan, y si está decretado que haya de perder la

vida, cúmplase la voluntad de los cielos...». Y murió.

Murió. Y hoy no sabemos dónde están sus cenizas. La raza hispana ha perdido el cadáver de su más pura gloria literaria. Pero, en cambio, de otro gran hombre de nuestra historia, Cristóbal Colón, tiene dos cadáveres: uno que descansa en la catedral de Santo Domingo (República Dominicana), y otro, en la de Sevilla. Y esto sí que es un maravilloso rasgo de la raza. Parece que cuando muere un hombre, debe existir un cadáver. Pues bien, entre nosotros no. O dos o ninguno. Nada de términos medios. Siempre por los extremos en alucinante oscilación pendular: o blanco o negro, o derecha o izquierda, o todo o nada, como en el lema de aquel otro español César Borja: *O César o nada*; nunca en el equilibrado reposo del centro, donde la vida puede ser fecunda por ser pacífica. ¡Oh España! ¿Te das cuenta de que estás viviendo ahora la oportunidad de centrar tu vida, huyendo de extremismos, inoculando a la ideal locura de don Quijote un poco del sentido práctico de Sancho? ■



▲ Cervantes en sus últimos días. Cuadro de F. Oliva



La profesión de las Armas en la obra cervantina*

■ ■ ■ JOSE JOAQUÍN AGUINAGA.
Comandante. Artillería.

**Artículo ya publicado en el n.º 93 de esta revista correspondiente a octubre de 1947, número extraordinario editado con motivo del IV Centenario del nacimiento de don Miguel de Cervantes Saavedra.*

Cuando se investigan las relaciones de Cervantes con la milicia, suele ser obligado recurrir a la batalla de Lepanto si se estudia la vida del escritor, y si se considera, en cambio, su obra, al llamado Discurso de las Armas y de las Letras, incluido en la segunda mitad del capítulo XXXVII y en todo el XXXVIII, ambos de la primera parte del Quijote. Sin embargo, la aportación de Cervantes a una literatura militar no termina con esto. A lo largo de sus obras trata repetidas veces de temas relacionados con la milicia, hasta el punto de que nuestro trabajo está inspirado en citas cervantinas, ninguna de las cuales corresponde al Discurso citado, que no hemos querido traer aquí por demasiado conocido.

El siglo XVI, en que transcurre la mayor parte de la vida de Cervantes, era todavía para España un siglo heroico, en el que —como observa Antonio Espina— «aún no cantaban los mozos que partían para África, para Italia o para los Países Bajos aquella canción escéptica que ya a principios del siglo XVII, cuando empiezan a llover los desengaños, se oía por los caminos

de nuestra Patria: «A la guerra me lleva mi necesidad si tuviera dineros no fuera, en verdad».

Y es lógico que quien vivió —y padeció— la jornada de Lepanto consagrarse repetidas veces a ensalzar las virtudes castrenses una pluma apta para usarse

«pintando en la palestra rigurosa
las acciones de Marte o entre flores
las de Venus, más blanda y amorosa»¹.

La pluma y la espada no se oponen. «Nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza»². Misión del escritor es muchas veces la de procurar a las armas gloria perdurable:

«Y fue muy justa prevención del Cielo
que a un tiempo ejercitaras tú la espada
y él su prudente y verdadera pluma;
porque, rompiendo de la envidia el velo
tu fama en sus escritos dilatada,
ni olvido, o tiempo, o muerte la consuma»³.





Tanto la una como la otra pueden borrar «la mancha que una honra lleva puesta»⁴, y hasta tal punto no se oponen, que «no hay mejores soldados que los que se trasplantan de la tierra de los estudios en los campos de la guerra; ninguno salió de estudiante para soldado que no lo fuese por extremo, porque cuando se avienen y se juntan las fuerzas con el ingenio y el ingenio con las fuerzas; hacen un compuesto milagroso, con quien Marte se alegra, la paz se sustenta y la república se engrandece»⁵.

Cervantes canta la guerra con extremos que sólo justifica la exaltación poética:

«Y aquel que no ha gustado de la guerra,
a do se aflige el cuerpo y la memoria,
parece Dios del Cielo le destierra»⁶.

El se refiere, naturalmente, a aquella «guerra justa» que tanto estudiaron nuestros filósofos y moralistas, y que Cervantes define así en sus motivos: «Los varones prudentes, las repúblicas bien concertadas, por cuatro cosas han de tomar

las armas y desenvainar las espadas y poner a riesgo sus personas, vidas y haciendas: la primera, por defender la fe católica; la segunda, por defender su vida, que es de ley natural y divina; la tercera, en defensa de su honra, de su familia y hacienda; la cuarta, en ser vicio de su rey, en la guerra justa; y si le quisiéramos añadir la quinta —que se puede contar por segunda—, es en defensa de su patria»⁷.

Una guerra así concebida puede ser fuente de virtudes: «Fuéme Marte favorable, alcancé nombre de buen soldado, honróme el Emperador tuve amigos y, sobre todo, aprendí a ser liberal y bien criado, que estas virtudes se aprenden en la escuela del Marte cristiano»⁸. También será manantial de gloria imperecedera, pues «ya que la guerra no dé muchas riquezas, suele dar mucho valor y mucha fama»⁹, y «la honra que por ella se alcanza, como se graba en láminas de bronce y con puntas de acero, es más firme que las demás honras»¹⁰.

En procurar la justicia de las contiendas pondrán tanto interés las naciones como los individuos, pues

«quien lleva en el desafío
a la razón de su parte,
de hombre tierno se hace un Marte;
de flaco y torpe, con brío»¹¹.

Y por el contrario,

«la fuerza del ejército se acorta
cuando va sin animo de justicia,
aunque más le acompañen a montones
mil pintadas banderas y escuadrones»¹².

Por eso, cuando un pueblo tiene la razón de su parte, podrá también lanzar a los cuatro vientos, como el personaje de Cervantes:

«pues yo, en mi espada y mi verdad lo dejo
y en la sana intención de mi buen pecho»¹³.

Entre las virtudes que caracterizan al soldado destaca, para Cervantes, el valor, porque «la guerra, así como es madrastra de los cobardes, es madre de los valientes»¹⁴.

Este valor no hemos de buscarlo fuera de nosotros,

«porque no se coronan en la gloria
si no es los capitanes valerosos,
que llevan en sí mismos la victoria»¹⁵.

ni en las armaduras, pues hemos de ir «más
que de hierro, de valor armados»¹⁶, porque

«el cobarde está desnudo
aunque se vista de acero»¹⁷.

Tampoco servirán de mucho las fortificaciones
si falta el buen ánimo:

«donde el deseo de la fama se halla
las defensas se estiman en un cero
y a campo abierto salta a la batalla»¹⁸,

si bien advierte Cervantes:

«quiero inferir que puede ser valiente
detrás de un muro un corazón medroso
cuando a sus lados que le animan siente»¹⁹.

El valor será discreto y cumplirá con las obras
tanto como promete con las palabras, ya que

«el vano blasonar no es admitido
de pecho valeroso, honrado y fuerte.
Templa las amenazas, Fabio, y calla,
y tu valor descubre en la batalla»²⁰.

Será igualmente comedido, pues «nunca dijo
bien la crueldad con la valentía»²¹, y no desdeñará
ser regido por la prudencia, ya que «la valentía que
entra en la jurisdicción de la temeridad, mas tiene
de locura que de fortaleza»²², y «la que no se funda
sobre la base de la prudencia se llama temeridad, y
las hazañas del temerario más se atribuyen a la
buena fortuna que a su ánimo»²³. Este toque de
situar el valor en su justo medio es delicado: «La
valentía es una virtud que está puesta entre dos
extremos viciosos, como son la cobardía y la
temeridad; pero menos mal será que el que es
valiente toque y suba al punto de temerario, que no
que baje y toque en el punto de cobarde»²⁴.

No cederá ante las adversidades, siguiendo el
ejemplo de aquel que

«dijo: — Caí, paciencia; que algún día
será la nuestra, mi valor mediante»²⁵.

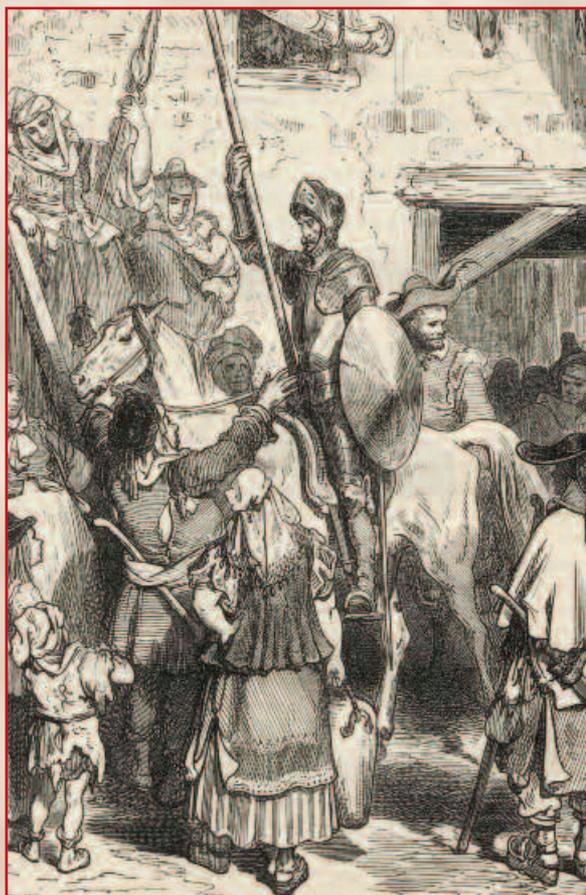
o de quien pensaba

«a la triste fortuna, alegre cara
debe mostrar el pecho generoso;
que a cualquier mal, buen ánimo repara»²⁶.

No ha de fundarse en vanas supersticiones:

«Menandro, al que es buen soldado
agüeros no le dan pena,
que pone la suerte buena
en el ánimo esforzado,
y esas vanas apariencias
nunca le turban el tino:
su brazo es su estrella o sino;
su valor, sus influencias»²⁷.

El valeroso tiene ya mucho adelantado para
su éxito:



▲ Ilustración de Gustavo Doré

«El que, en el palenque puesto,
teme a su contrario, yerra,
y está el que animoso cierra
a la victoria dispuesto»²⁸.

Por el contrario, «la fuerza de los valientes,
cuando caen, se pasa a la flaqueza de los que
se levantan»²⁹.

El miedo a perder la vida no ha de ser causa
de que el valor mengüe. A la frase de Marcela:

«la desventura mayor
más espantosa y temida,
es la de perder la vida».

contesta D. Antonio:

— «Primero es la del honor»³⁰.

Y en otro punto se advierte: «El soldado más
bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga»³¹. y «las heridas que muestra en el rostro y en
los pechos, estrellas son que guían a los demás al
cielo de la honra y al de desear la justa alabanza»³².

Solamente el cobarde

«quiere dar a sus pies el cargo y cura
de conservar la vida que sostiene»³³.

Pero ya se señaló antes que ni el valor es la
temeridad ni está reñido con la prudencia; «que
el retirar no es huir, ni el esperar es cordura,
cuando el peligro sobrepuja a la esperanza»³⁴. O
dicho de otro modo: «Tiempos hay de acometer
y tiempos de retirar, y no ha de ser todo ¡Santia-
go y cierra, España!»³⁵.

En los versos que siguen se contiene un elo-
gio de la disciplina:

«Si a militar concierto se reduce
cual que pequeño ejército que sea,
veréis que como sol claro reluce
y alcanza las victorias que desea;
pero si a flojedad él se conduce,
aunque abreviado el mundo en él se vea
en un momento quedará deshecho
por más reglada mano y fuerte pecho»³⁶.

Presupuesto de ella es la obediencia, deber
y gloria del militar, pues, «a decir verdad, no

hace menos el soldado que pone en ejecución
lo que su Capitán le manda que el mismo Capi-
tán que se lo ordena»³⁷, y «tanto alcanza de fa-
ma el buen soldado cuanto tiene de obediencia
a sus Capitanes y a los que mandar le pue-
den»³⁸.

La vida y la disciplina castrenses exigen una
austeridad que mal se compagina con las carna-
les satisfacciones:

«La blanda Venus con el duro Marte
jamás hacen durable ayuntamiento
y mal se aloja en las marciales tiendas
quien gusta de banquetes y meriendas»³⁹,

ni tampoco con un afeminado abandono:

«No me huela el soldado otros olores
que el olor de la pez y de resina»⁴⁰,

porque «al soldado mejor le está el olor a pól-
vora que a algalia»⁴¹.

Se ha de advertir, sin embargo, que aquel si-
glo caballeroso y enamorado veía con buenos
ojos que el amor sirviera de estímulo a las em-
presas guerreras: «Id con Dios, que pues vais
enamorado, como imagino, grandes cosas me
prometo de vuestras hazañas; feliz fuera el rey
batallador que tuviera en su ejército diez mil
soldados amantes que esperaran que el premio
de sus victorias había de ser gozar de sus
amadas»⁴².

Decir guerra es decir privaciones, «que las
cosas a ella tocantes y concernientes no se
pueden poner en ejecución sino sudando, afa-
nando y trabajando»⁴³. Estos inconvenientes no
se han de olvidar por más que quiera rodearse
aquella de una aureola atrayente: «Puso las
alabanzas en el cielo de la vida libre del solda-
do..., pero no le dijo nada del frío de las centi-
nelas, del peligro de los asaltos, del espanto de
las batallas, de la hambre de los cercos, de la
ruina de las minas, con otras cosas de este
jaez, que algunos las toman y tienen por añadi-
dura del peso de la soldadesca, y son la carga
principal de ella»⁴⁴.

En alguna ocasión la incomodidad puede
ser motivo de burla y alguien encontrará bie-
nes donde otros sólo males perciben. Tal el
que dice:



«Dura y detestable guerra,
por sólo aquesto eres buena:
que en pluma vuelves la arena,
y en blanda cama la tierra.
Tú ofreces, doquier que estás,
amplios y extendidos lechos»⁴⁵.

Cervantes no olvida señalar cuánto importa el prestigio del Jefe:

«Séte decir, Señor, que no hay soldado
que no te tema juntamente y ame
y piense hacer en tu servicio cosas
que pasen las hazañas fabulosas»⁴⁶.

He aquí cómo nos pinta un Capitán, «valeroso con todas las partes que para ser tal se requieren, mostrándose prudente previniendo las astucias de sus enemigos, y elocuente orador persuadiendo o disuadiendo a sus soldados, maduro en el consejo, presto en lo determinado, tan valiente en el esperar como en el acometer»⁴⁷.

Al buen Jefe se exige un gran sentido de la oportunidad, porque

«si sucediere que el cabello ofrezca
la ligera ocasión, ha de tomarse,
antes que a espaldas vueltas desaparezca;
que en la guerra, el perderse o el ganarse
suele estar en un punto que, si pasa,
vendrá el de estar quejoso y no vengarse»⁴⁸.

O como se señala en otro lugar: «En la guerra, la celeridad y presteza previene los discursos del enemigo, y alcanza la victoria antes que el contrario se ponga en defensa»⁴⁹.

Cuidará también el Jefe de economizar sus fuerzas:

«que los que fueron prácticos soldados
dirán que es de tener en mayor cuenta
la victoria que menos ensangrienta»⁵⁰.

En aquella época los combates tenían algo de empresa de la andante caballería, en que los corazones no chocaban con los artefactos y donde — como dice Crame— los soldados, en el momento trascendental del abordaje o del asalto —hacha o cuchillo en mano y el alma en un grito—, podían ser verdaderamente heroicos. El rojo, amarillo y

verde que caracterizaban los uniformes de los Tercios (llamados por eso «papagayos») convertían las batallas en cuadros de vistosidad inigualable.

Véase la descripción que Cervantes hace de un Capitán: «Era Recaredo alto de cuerpo, gentil hombre y bien proporcionado; y como venía armado de peto, espaldar, gola y brazaletes y escarcelas, con unas armas milanesas de once vistas, grabadas y doradas, parecía en extremo bien a cuantos le miraban; no le cubría la cabeza morrión alguno, sino un sombrero de gran falda, de color leonado, con mucha diversidad de plumas terciadas a la valona; la espada, ancha; los tiros, ricos; las calzas a la esguízara; con este adorno y con el paso brioso que llevaba, algunos hubo que le compararon a Marte»⁵¹.

A la vista de este conjunto, no es raro que exclame una joven, deslumbrada por tanto brillo y colorido: «Ahora, Señora, yo imagino que debe de ser cosa hermosísima la guerra, pues aun entre las mujeres parecen bien los hombres armados»⁵².

Cervantes reserva sus mejores elogios para cantar las virtudes de los soldados españoles, que ya en la gesta de Numancia se anunciaron espléndidas:

«Indicio ha dado esta no vista hazaña
del valor que en los siglos venideros
tendrán los hijos de la fuerte España,
hijos de tales padres herederos»⁵³.

Entre ellas se cuenta la arrogancia:

«Este español me atosiga,
que siempre aquesta nación
fué arrogante y porfiada»⁵⁴,
el brío

« — Carahoja, ¿este no es español?
— Pues no está claro?
¿En su brío no lo ves?»⁵⁵,

y la tenacidad indomable:

«... Pues no te canses
que es español, y no podrán tus mañas,
tus iras, tus castigos, tus promesas,
a hacerle torcer de su propósito»⁵⁶.

Conociendo estas cualidades, ¿cómo no ha de exclamar otro de sus personajes esta frase que sin-



tetiza todos los elogios?: «Llevando a un español a mi lado y tal como vos me parecéis, haré cuenta que llevo en mi guarda los ejércitos de Jerjes»⁵⁷.

Tales fueron las cosas que pensaba y decía de la guerra y de los que la hacían el escritor soldado, «máximo ingenio de su siglo, cuyos servicios militares en las campañas más gloriosas de su tiempo fueron sellados con honrosas heridas y cicatrices y recomendadas por los más insignes caudillos, cuyos trabajos y arriesgadas empresas en el cautiverio le hicieron respetar aun de los mismos bárbaros y en cuyas obras y producciones literarias en la paz y en el retiro han sido y serán la gloria de su nación y las delicias del género humano» (FERNÁNDEZ DE NAVARRETE). Aquel Cervantes que mostraba en testimonio de su valor tan señaladas heridas y cicatrices como recibidas (según él confesaba) «en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros», y al que podríamos apostrofar, como él mismo lo hizo en su Viaje del Parnaso:

«Bien sé que en la naval, dura palestra,
perdiste el movimiento de la mano
izquierda, para gloria de la diestra».

NOTAS

¹ Viaje del Parnaso.

² Quijote.

³ Soneto en alabanza al Marqués de Santa Cruz.

⁴ El laberinto de amor.

⁵ Los trabajos de Persiles y Segismunda.

⁶ Elegía al Cardenal D. Pedro de Espinosa.

⁷ Quijote.

⁸ Los trabajos...

⁹ Quijote.

¹⁰ Los trabajos...

¹¹ El laberinto de amor.

¹² El cerco de Numancia.

¹³ El laberinto de amor.

¹⁴ Los trabajos...

¹⁵ Elegía al Cardenal...

¹⁶ Canción a la Armada invencible.

¹⁷ El gallardo español.

¹⁸ El gallardo español.

¹⁹ Idem id.

²⁰ El cerco de Numancia.

²¹ La española inglesa.

²² Quijote.

²³ Idem.

²⁴ Idem.

²⁵ Viaje del Parnaso.

²⁶ El trato de Argel;

²⁷ El cerco de Numancia.

²⁸ El rufián dichoso.

²⁹ La española inglesa.

³⁰ La entretenida.

³¹ Quijote.

³² Idem.

³³ Epístola a Mateo Vázquez.

³⁴ Quijote.

³⁵ Idem.

³⁶ El cerco de Numancia.

³⁷ Quijote.

³⁸ Quijote.

³⁹ El cerco de Numancia.

⁴⁰ Idem id.

⁴¹ Quijote.

⁴² La española inglesa.

⁴³ Quijote.

⁴⁴ El Licenciado Vidriera.

⁴⁵ La casa de los celos.

⁴⁶ El cerco de Numancia.

⁴⁷ Quijote.

⁴⁸ El gallardo español.

⁴⁹ Quijote.

⁵⁰ El cerco de Numancia.

⁵¹ La española inglesa.

⁵² Idem id.

⁵³ El cerco de Numancia.

⁵⁴ La casa de los celos.

⁵⁵ Los baños de Argel.

⁵⁶ Idem id.

⁵⁷ La señora Cornelia. ■



Las dos mitades de Miguel de Cervantes *

■ ■ ■ JOSÉ MANUEL MARTÍNEZ BANDE.
Capitán. Artillería.

**Artículo ya publicado en el n.º 93 de esta revista correspondiente a octubre de 1947, número extraordinario editado con motivo del IV Centenario del nacimiento de don Miguel de Cervantes Saavedra.*

1

He aquí dos actitudes del hombre radicalmente distintas. El intelectual —se llame escritor, artista, investigador— vive en un mundo propio, coto cerrado que su espíritu le forja, donde se mueve más a gusto que en contacto con el aire de fuera. El guerrero pelea —o se prepara a pelear— frente al enemigo, un ente ajeno, que se puede contar y pesar, algo definible con líneas y colores, algo del mundo exterior. Dos actitudes tan opuestas parecen, a primera vista, irreconciliables. ¿Cómo el imaginativo, el hombre cuya más exacta estampa es la del pensador, quieta la figura, meditando, podrá aparearse dentro de sí mismo y entenderse con el que tiene por misión emprenderla a mandobles con medio mundo?

Y, sin embargo, la realidad dice que, con frecuencia, se han entendido y que no tienen por qué no entenderse. Raro es el que no lleva dentro algo que quedó frustrado. El hombre muchas veces quiere, de niño, una cosa, y luego la vida le lleva hacia otras playas: pasa el tiempo y los afanes y trabajos de cada día le ocupan por entero; ya no se acuerda de lo que quiso. Pero antes sintió su verdadera vocación. Este es el secreto de las extrañas admiraciones de muchos. ¿Quién no ha tenido su «violín de Ingres»? Si Federico de Prusia tocaba la flauta, Alfonso X

hurtaba tiempo a su tarea de reinar para componer loores a la Virgen; véase en esta menuda historia de la intimidad de los destacados, huella de truncados afanes. No pudieron desarrollarlos: el cerco que la vida social, la educación, los amigos, los estudios, la propia Historia les puso, se lo impidió.

Abramos de par en par la vida de los grandes capitanes. Hay quien se los imagina eternamente dando voces, soltando «rayos y centellas», jurando de todo. Sin embargo, una mirada superficial nos dice cómo, por de pronto, fueron muchos de ellos magníficos gobernantes. Difícil deslindar política y milicia en Julio César, en Jaime el Conquistador, en Carlomagno; incluso en militares profesionales: el Gran Capitán, el Duque de Alba. Y la política es, generalmente, arte sutil, opuesto a la radical acción de las armas.

Doblemos la página. De vez en cuando las aguas se remueven. La Historia pasa de épocas tranquilas a los días turbulentos. Corre un cierzo violento que deja remolinos en todos los rincones; se sienten altos ideales. Entonces los hombres de cualquier condición toman las armas. Y luego, muchos no regresan a su vida antigua.

He aquí una doble corriente: el hombre de armas remonta actividades distintas a la suya habitual y el hombre civil se hace soldado provisio-



nalmente, y a veces esa provisionalidad se vuelve luego definitiva.

2

¿Qué le lleva a este último a trocar el traje vulgar de su país, el traje «de paisano», por el uniforme? Varios pueden ser los motivos, pero yo solo quiero fijarme en uno: la admiración por el heroísmo. El heroísmo, para ciertos ánimos, es un imán. Particularmente el tipo más vulgarizado y conocido de héroe, el héroe por temperamento, el que parece poseer una cierta predisposición a ser un elegido «de los dioses», como dirían los paganos.

Baltasar Gracián hablaba, a este efecto, del natural imperio del nacido héroe: «Brilla en algunos un señorío innato, una secreta fuerza de imperio. Tienen sus razones un secreto vigor, que recaban más por simpatía que por luz... Sujétaseles la más orgullosa mente sin advertir el cómo, y ríndeseles el juicio más exento. Tienen mucho andado para leones en humanidad, pues participan de lo principal, que es señorío».

El heroísmo encarnado en esos «leones en humanidad», lanza su lejana y poderosa voz sobre determinados espíritus: a su conjuro sienten estos,

cómo les nacen alas a su corazón, cómo se les va el alma tras las historias heroicas, los hechos sin par, las gentes elegidas para entregar mensajes a «los otros», los hombres vulgares. Y quieren ellos también ser así. La vida la notan pequeña. Son gentes imaginativas, sensibles, de cuerpos débiles muchas veces; algo distinto del guerrero clásico perpetuado en bronce y frisos. Pero allá lejos está la Historia que forja héroes. Y si tienen suerte de nacer en un buen momento, esos héroes les son contemporáneos y conviven con ellos; pasan próximos, les rozan, notan su respirar.

¡Cómo resuena para algunos el acerado y radiante heroísmo!

3

Cervantes tuvo honrados pañales, pero pañales míseros. Su padre, cirujano torpe y despreciado, va de acá para allá. Desde pequeño se acostumbra Miguel a la vida trashumante del que no tiene hogar porque en todas partes le cierran las puertas. Juventud sin goces, posiblemente triste, o al menos amarga.

Los tiempos, sin embargo, son magníficos. España reluce en el mundo como un ascua de



oro. Primeros años de la segunda mitad del siglo XVI. Felipe II es amo del orbe. Aún no hemos sufrido derrotas. Y el temple español reúne la experiencia de los años de duro batallar para forjar la nacionalidad, las bondades de razas dispares que los siglos fundieron, la brillantez del mediodía, la capacidad práctica levantina, el buen sentido trabajador, casero y a la vez lírico, del hombre del norte y la aspereza casta y viril de la meseta, dureza española que ni quiebra ni se dobla.

En tal España maravillosa el soldado era uno de los goznes, era un pilar señero. Ya, sin embargo, ese soldado no tenía siempre que ver con el antiguo caballero medieval. En los tercios y compañías se *alistaban* pícaros, huidos de galearas, hombres con las manos manchadas en sangre, haraganes, y también es verdad que gente de pro. Mas, pese a esa extraña compostura del Ejército español, todavía pervivía en las mentes de la mayoría aquel sentido noble de la milicia, que la convertía en una de las formas selectas de existencia. Aún sonaban frescas, a vivo, aquellas palabras de Raimundo Lulio (siglo XIII): «Son muchos los oficios que Dios ha establecido

en el mundo para que los hombres le sirvan, pero los más nobles, más honrados y más semejantes son los de clérigo y caballero».

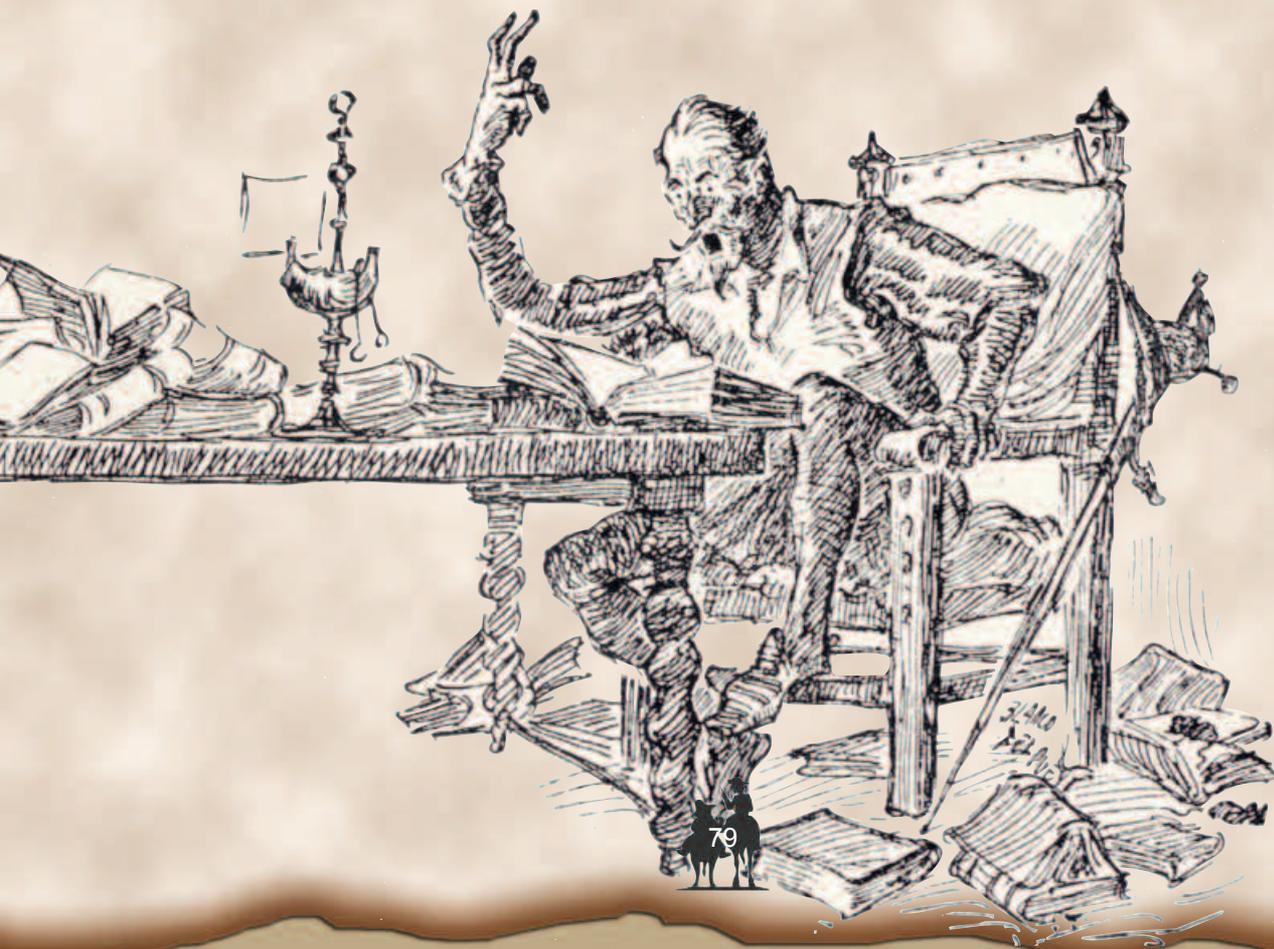
Miguel de Cervantes, de familia pobre, sin hidalguía, sin posibilidad de estudios, sin horizontes, debió de mirar acá y allá. Todo parece hostil, todo semeja estar cerrado. Sin embargo, los soldados se alistaban un día y otro. Van a lejanas tierras. Mueren. O ascienden y son alféreces, capitanes; y más quizá. El vulgo cuenta sus hazañas. Les admira la prosaica gente. Se puede morir o llegar a héroe.

Entonces Cervantes se hace soldado.

4

Su vida militar es sencilla. 1570. Italia. Lepanto, «la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperen ver los venideros». Italia otra vez. Y en 1575 —al caer prisionero del pirata Arnaute Mami, *el Cojo*, renegado griego— termina su carrera militar.

Verdad es que en su cautiverio se porta como un hombre, como un verdadero soldado. Trata de evadirse hasta cuatro veces, y al fracasar, recaba siempre para sí toda la responsabilidad:





«Ninguno de estos cristianos que aquí están —dice tras una evasión frustrada— tiene culpa de este negocio, porque yo solo he sido el autor del y el que les ha inducido a que huyesen». Es el alma de los prisioneros, el que levanta su ánimo.

Y es cosa de ver como todas esas calamidades tienen su raíz en su afán de prosperar en la Milicia. Al caer bajo los piratas se dirigía a España, con cartas de recomendación para el católico Señor del mundo, Felipe II, escritas por don Juan de Austria, general en Jefe en Lepanto, y el Duque de Sessa, Virrey de Nápoles; con ellas pretendía nada menos que ser nombrado capitán. ¿Nos imaginamos lo que esto significaba entonces?

La voz capitán había sido aplicada en la Edad Media a los gobernadores de las fortalezas importantes y también a los caudillos o jefes principales de tropa. Este último significado es el que perdurará durante mucho tiempo, llamándose capitanes, en un sentido figurado y a modo de alias, a los grandes conductores de gente armada —*El Gran Capitán*, por ejemplo—. En tiempo de Cervantes, la voz conserva aún sus mejores timbres: capitán es el que manda la Capitanía, no simple compañía al modo de ahora, sino casi,

en importancia y número de gente, el actual Regimiento. Ser capitán era, pues, el primer escalón importante del que quería llegar a las más altas cumbres: era empleo militar fundamental en la organización del Ejército y clave en las batallas.

Cervantes quiso ser capitán, y ello nos dice de su sueño, pero también del buen concepto que se llegó a tener de él; que por mucha que sea la fantasía, ningún soldado piensa en ser, de golpe y porrazo, jefe. Cervantes quiso ser capitán, pero su cautiverio le tumbó los proyectos. Cuando, ya libre, en 1580 quiere hacer valer sus planes, nadie se acuerda de él. Va a Portugal, donde de momento está la Corte, inútilmente. Y lo vemos paseando nervioso en largas antesalas, buscando gente de que hacerse oír.

En 1585 publica su novela pastoral *La Galatea*, y por entonces hace representar varias obras teatrales; el hombre de acción vuelve a ser el hombre imaginativo, intelectual.

5

¿Comprendemos bien lo que esto significa? Durante diez años se ha ceñido el uniforme, se han ambicionado rosados sueños, se ha estado en contacto con el heroísmo. En Lepanto no cabe duda de cuál debió ser el buen comportamiento de Cervantes. Recordar aquellas palabras del que, enfermo y todo, pide un puesto de peligro: «Más vale pelear en servicio de Dios y de mi Rey que quedarme so cubierta». Y esta declaración hecha luego, a modo de resumen, y que no puede sonar a vanidoso por lo sincera: «En fin has respondido a ser soldado —antiguo y valeroso, cual lo muestra— la mano de que estás estropeado».

Se ha estado, sí, tocando el heroísmo y, de pronto, hay que dejarlo a un lado. La Historia presenta de vez en cuando ejemplos así. La mala suerte, la mutilación, la enfermedad, un incidente malaventurado separa de las Armas al que las sintió de lleno. Se trunca la misión de un hombre. En Cervantes fue, pues, primero la literatura; pues, cuando en 1570 se alista en el tercio de don Miguel de Moncada, había ya dado amplio cultivo a la poesía; pero esto nos dice

que la Milicia no fue para él un simple recurso, pues un hombre de espíritu no se da a la misma si solo ve en ella un oficio servil.

¡Cómo le cambia la existencia! Ahora le esperan las pequeñas luchas, las pequeñas victorias y los pequeños reveses: hay que lidiar cada día con la necesidad. Se hace cobrador de contribuciones y recorre los pueblos de Andalucía entre números, papeleo, detalle.

Mirando a la vida desde este rincón de la cotidiana prosa, ya no parecen tan distintos el soldado y el intelectual; antes bien, les vemos unidos por su falta de sentido práctico, en el comercio diario, perdidos cada cual en sus arrebatos, unos de heroísmo, otros de fantasía. Cervantes casa bien una y otra vocación en esta declaración, ingenua y a la vez profunda: «Yo señores, soy un hombre curioso; sobre la mitad de mi alma predomina Marte y sobre la otra mitad Apolo; algunos años me he dado al ejercicio de la guerra y algunos otros, y los más maduros, en el de las letras».

Quiso los laureles de bronce y no pudo conseguirlos. Su misma imaginación desbocada, que luego creará sus mejores escritos, le llevaba a ello. Y su pluma cantará ya siempre, con temple, la admiración por el clima de altura de los espíritus esforzados.

6

Esa admiración por lo difícil fue siempre bien nuestra. Séneca había dicho: «No tiene Dios al hombre virtuoso entre placeres; lo prueba, lo endurece y lo prepara para sí». Y el padre Vitoria: «El varón fuerte se deleita en conseguir su fin, pues llena su deseo». Ahora bien; este no rehuir la aspereza, antes muchas veces buscándola, es la más pura raíz del heroísmo. La admiración por lo difícil llega en algunos escogidos a pretender no ser influidos por la adversa suerte: «Muestre un mismo semblante en ambas fortunas», había aconsejado Saavedra Fajardo. Que luego esto sea posible es otra cuestión, pero aquí señalamos únicamente el anhelo español por recorrer los caminos ásperos, estrechos y pinos y el afán de no dar importancia a la excursión.

En Cervantes no es difícil encontrar a montones citas de este tenor. Su vida misma fue una constante dificultad. Llevado por su malaventura, ha de vivir casi siempre contra corriente de sus

propios deseos. Ni el hogar ni la sociedad le son acogedores. El triunfo en las Letras no lo consigue realmente hasta la publicación de la primera parte de *El ingenioso hidalgo* (1605). Tiene ya entonces, con los 58 años, «las barbas de plata, que no hace veinte años fueron de oro». Está gastado el mutilado de Lepanto, el cautivo de Argel, el que quiso ser Capitán. Conoce bien la soledad, que siempre es triste, cuando la impone el abandono de la gente, y en la que, a pesar de todo, sabe hallar goce: «¡Oh soledad, alegre compañía de los tristes!».

Los éxitos tardíos de la pluma son dignos de la mayor admiración. El escritor ha tratado en vano, una y otra vez, de hacerse oír: escribe sin cesar y nadie le lee. Pasan los años, y él sabe que con cada uno, uno menos le queda de vida, esto es, de ocasión de triunfar. Pero no cesa. Es su temple. «En la porfía encierra la victoria su alegría», dirá Cervantes.

Y aún después del triunfo le persiguen las desventuras. Sigue sin hogar, sin voces amigas; le parodia vilmente su *Quijote* el buen truhán de Fernández de Avellaneda, «natural de la villa de Tordesillas»; se ve envuelto, sin su culpa, en un proceso criminal; y él se remite a lo que en cierta ocasión proclamara Don Quijote: «Bien podrán los encantadores quitarme la ventura; pero el esfuerzo y el ánimo es imposible». ¿Seremos capaces de deslindar, en muchos aspectos, dónde empieza don Miguel de Cervantes y dónde termina don Alonso Quijano?

Y así siguen las cosas. Sus últimos años son de extraordinaria fecundidad literaria: *Novelas ejemplares*, *Comedias*, *Entremeses*, *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, la segunda parte de *El Quijote*. Se diría que tiene prisa por proclamar algo: «Mucho prometo con fuerzas tan pocas; pero ¿quién pondrá rienda a mis deseos?». Moribundo casi, exclamará: «El tiempo es breve, las ansias crecen». Y, sobre todo, que «el soldado mejor parece muerto en la batalla que libre en la fuga».

7

¿Fue la Milicia la que le infundió ánimo tanto, o fue a la Milicia porque tal ánimo tenía? Su sentido militar —en el concepto del deber rígido, de austeridad moral, de altos afanes— bien probado lo dejó. Podríamos aquí reproducir algunos párrafos de *El Quijote*, y a la cabeza el famoso





Discurso de las Armas y las Letras sin olvidar otras obras como su *Numancia*, verdadera exaltación del heroísmo. Lo escribió todo la mano diestra, que quedara sana en homenaje a la siniestra, que un arcabuzazo mancó. Sus dos personalidades —hombre de fantasía y hombre de acción— parecen en esas manos encarnarse.

No debe, sin embargo, extrañarnos demasiado el caso de Cervantes. Por entonces, poco más o menos, si el valiente don Sancho de Londoño redactaba su *Discurso sobre la disciplina militar*, fueron soldados —y no a la fuerza sino orgullosos

de serlo— gente tan ilustre como Alonso de Ercilla, Garcilaso de la Vega, Calderón de la Barca y tantos y tantos que la memoria olvida. Era una época en la que el sentido de lo heroico informaba el tono general de la vida. No existía la separación abismal que hoy día aísla unas y otras profesiones. Los bravos capitanes cultivaban las letras y las Letras confraternizaban con las Armas.

8

La figura acabada del héroe, según el concepto español y cristiano, está aún por dibujar. De dar la vida en Lepanto a morir como Dios manda, no hay un paso. «Si está decretado que haya de perder la vida, cúmplase la voluntad de los cielos», dice Cervantes en su lecho de muerte, como en la fragata *Marquesa* gritara un día su deseo de pelear «en servicio de Dios y de su Rey»; y el Rey era el católico Felipe II, que si mandaba su escuadra contra los turcos, era para defender la fe y la cultura del mundo occidental.

La sublimación del héroe griego y romano, figura que tiene algo de monstruosa, al querer fundir de mala manera la humanidad terrena con la divinidad, es obra del cristianismo, y en ella España ha tomado buena parte. «Ser héroes del mundo [al modo del tiempo pagano], poco o nada es; serlo del cielo [por una causa justa], es mucho», había dicho Gracián. Solo dando a las luchas terrenas la brisa fresca de una razón más allá de lo natural dejan de

ser peleas criminales.

Buceando en la vida y en el pensamiento de Cervantes, encontraremos anomalías, aparentes oposiciones entre su vocación de soldado y su vocación intelectual, para ir a dar en el héroe cristiano, que quiso ser y que en el fondo fue, aunque él no acertase seguramente a verlo. Murió, sin saber probablemente cuál había sido su verdadero papel en la vida. Quizá le dolió no ver entregado a los demás el mensaje que creyó recibir de lo alto. Pero no fue culpa suya si nosotros no acertamos a recogerlo. ■

Las malaventuradas aventuras del Gran Luchador*

■ ■ ■ LUIS MARTÍNEZ KLEISSER.
De la Real Academia Española.

*Artículo ya publicado en el n.º 93 de esta revista correspondiente a octubre de 1947, número extraordinario editado con motivo del IV Centenario del nacimiento de don Miguel de Cervantes Saavedra.

Don Quijote, gran soñador de quiméricos idealismos, es un enamorado de la paz. En su famoso *Discurso sobre las armas y las letras*, que tan estrechamente colaboran, dice que las primeras «tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida». Por eso continúa diciendo: «Y así, las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo y tuvieron los hombres fueron las que dieron los ángeles la noche que fue nuestro día, cuando cantaron en los aires: 'Gloria sea en las alturas, y en la tierra a los hombres de buena voluntad'; y la salutación que el mejor maestro de la tierra del cielo enseñó a sus allegados y favorecidos fue decirles que cuando entrasen en alguna casa dijese: 'Paz sea en esta casa'; y otras muchas veces les dijo: 'Mi paz os doy; mi paz os dejo; paz sea con vosotros', bien como joya y prenda dada y dejada de tal mano; joya que sin ella, en la tierra ni en el cielo puede haber bien, alguno» (cap. XXXVII, parte 1ª). Pero añade después, en dicho capítulo, que «esta paz es el verdadero fin de la guerra». He aquí, por tanto, cómo pudo pasarse su vida, plétórica de malhadadas aventuras, en lo que pudiéramos llamar continua guerra, siendo tan amante de la paz; luchó por lograrla, por no verla perturbada o interrumpida, que la concordia es equilibrio santo sostenido

por la buena voluntad y por el amor a la justicia, y no puede prevalecer sin contienda contra quienes socavan sus cimientos con el azadón de sus ambiciones, el barreno de sus egoísmos y la mina de sus malas artes.

Proclama, en efecto (cap. XXVII, parte 2ª): «Los varones prudentes, las repúblicas bien concertadas, por cuatro cosas han de tomar las armas y desenvainar las espadas, y poner a riesgo sus personas, vidas y haciendas: la primera, por defender la fe católica; la segunda, por defender su vida, que es de ley natural y divina; la tercera, en defensa de su honra, de su familia y hacienda; la cuarta, en servicio de su Rey, en la guerra justa; y si le quisiéramos añadir la quinta (que se puede contar por segunda), es en defensa de su patria».

Bien se compenetran, en verdad, a lo largo de tan elevadas afirmaciones, aquel amor suyo a la paz con esta necesidad de la guerra, que dejaría de ser necesaria y de merecer su glorioso nombre, si no enarbolase la bandera de la justicia y no hubiese salido previamente victoriosa de las propias concupiscencias dañinas.

La devoción que a la paz profesa el bienfama-do caballero andante, y no los mezquinos intereses humanos, es la que le lleva, como lazarillo de su honor, a empuñar las armas. Es un ena-



morado del valor, padre del valer y esposo del renombre. No le mueve la codicia sino la santa emulación de los héroes, porque lleva grabada en su corazón aquella máxima puesta por Cervantes en boca del padre del cautivo: «ya que la guerra no dé muchas riquezas, suele dar mucho valor y mucha fama» (cap. XXXIX, parte 1ª). Y es, por eso mismo, un heraldo de los prestigios que alcanzaron cuantos con nobles fines la practican, no ya solo por los riesgos que hace correr, sino por los sacrificios que impone, al punto que, como él mismo afirma: «los soldados y los caballeros» cumplen sus altos deberes «no debajo de cubierta, sino al cielo abierto, puestos por blanco de los insufribles rayos del sol en el verano y de los erizados yelos del invierno. Así que somos —continúa declarando el hidalgo manchego— ministros de Dios en la tierra y brazos por quien se ejecuta en ella su justicia. Y como las cosas de la guerra —concluye— y las a ella tocantes y concernientes no se pueden poner en ejecución sino sudando, afanando y trabajando, síguese que aquellos que la profesan tienen, sin duda, mayor trabajo que aquellos que en sosegada paz y reposo están rogando a Dios favorezca a los que poco pueden», aun cuando no quiera decir con ello que sea «tan buen estado el de caballero andante como el del encerrado religioso» (capítulo XIII, parte 1ª).

Hay, sin embargo, en su desprendida determinación del abandono de su hogar, en su voto de buscar los peligros y en su voluntario sacrificio ante las calamidades que pudieran afligirle, un destacado sello de amargura. No quiere, por sí misma, la guerra; ni como pasión desordenada de su espíritu ni como venero de nombradía; se adiestra esforzado en su ejercicio, lamentando

que lo hagan necesario las flaquezas y las ruindades de los hombres. Su poética y acibarada elegía, en plática con los cabreros, es todo un poema de tristeza y toda una égloga virgiliana: «Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quienes los antiguos pusieron nombre de dorados y no porque en ellos el oro, que en nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces, los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes; a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y abundantes aguas les ofrecían. En las quebradas de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo a cualquiera mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron a cubrir las casas, sobre rústicas estacas sustentadas, no más que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia; aún no se había atrevido la pesada reja del corvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre; que ella, sin ser forzada, ofrecía por todas las partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían. Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, en tren-

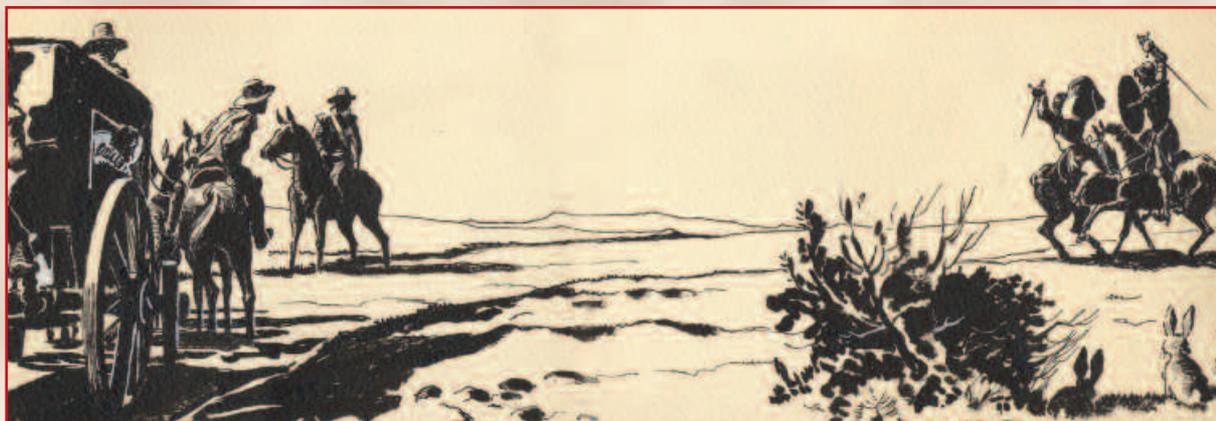
za y en cabello, sin más vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra, y no eran sus adornos de los que ahora se usan, a quien la púrpura de Tiro y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas verdes de lampazos y yedra, entretejidas, con lo que iban tan pomposas y compuestas como van agora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se decoraban los conceptos amorosos del alma simple y sencillamente, del mismo modo y manera que ella los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No había el fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen» (cap. XI, parte 1ª). Este canto magnífico que, prendido de su hermosura quise copiar íntegramente, llora sobre la tumba de la envidiable Arcadia venturosa y pregona la necesidad de volver, hasta donde los nuevos tiempos lo permiten, por sus excelencias y virtudes a costa de las crueldades de la lid, que las torcidas conductas y las insanas ambiciones de los hombres desataron, desde aquellas edades felices, sobre la faz luctuosa de la tierra.

Y sale nuestro caballero al «antiguo y conocido Campo de Montiel» (cap. II, parte 1ª) en busca de aventuras, «apretándole a ello la falta que él pensaba que hacía en el mundo su tardanza, según eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmen-

dar y abusos que mejorar, y deudas que satisfacer» (cap. II, parte 1ª), y según eran, en una palabra, las ofensas que por doquiera recibía la virtud de la convivencia, dueña y señora de su espíritu.

Al tardo andar de Rocinante se aleja de su casa y se acerca su mente a la consideración de las virtudes que había de alimentar para ser digno milite de tan altos designios, formalizando un código de honor tan acabado y perfecto que mereciera ser estampado en los frontispicios de los cuarteles y de las Academias militares: Quien a tales menesteres encamina sus gloriosos pasos «ha de ser casto en los pensamientos, honesto en las palabras, liberal en las obras, valiente en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos y, finalmente, mantenedor de la verdad, aunque le cueste la vida el defenderla» (cap. XVIII, parte 2ª).

Deja, en efecto, escrita con sus hechos una historia tan resplandeciente de limpieza en el propósito, como empañada por su adversa fortuna. Hasta treinta importantes aventuras se cuentan en su voluntariado, y en las más de dichas valerosas empresas solo consigue ser víctima de su temeridad: Unas veces son las veras y otras las burlas; ahora es el fracaso del fin perseguido, y luego la realidad que le despierta de su ensueño; en esta ocasión es la ingratitud y en aquella el desdén. Acongoja el ánimo seguirle paso a paso, admirando la nobleza de sus ansias, la constancia de sus convicciones, la dignidad de sus ideales y el tesoro de sus sentimientos, siempre derramados a lo largo de su generoso camino, y siempre hollados por la sinrazón, por la fuerza y por la desventura. Porque sus victo-



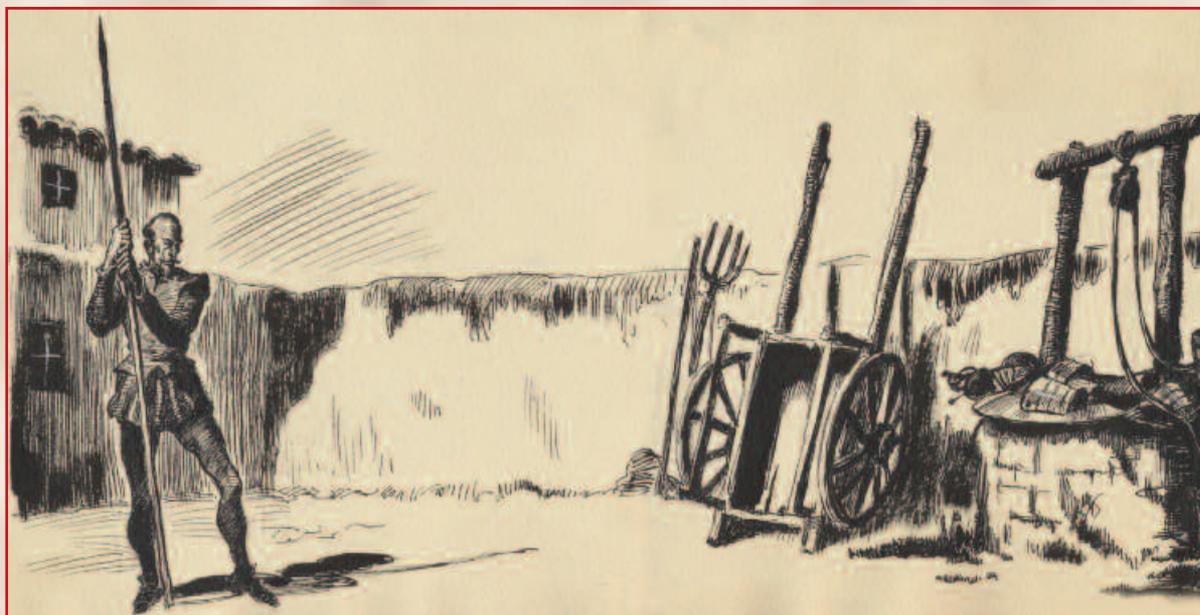
rias, ¡tristes victorias algunas de las que consi- gue!, suelen acabar «en punta como pirámide puesta al revés», según dijo él mismo de algunos linajes (capítulo XXI, parte 1ª), bien a pesar de haberse asentado sobre la sólida y ancha base de una causa gallarda y redentora.

Oye salir de una espesura los lamentos de una voz infantil; acude a socorrer al desvalido, dando gracias al cielo que «tan presto le pone ocasiones delante donde pueda cumplir con lo que debe a su profesión», y halla que Juan Haldudo el Rico, labrador avaro de las cercanías, tiene atado y desnudo de medio cuerpo arriba, para mayor crueldad, a un muchachuelo como de quince años a quien azota sin compasión con una pretina. El pretexto que alega el labrador es el mal comportamiento del azotado, cuyo nombre es Andrés. De ser ciertas sus explicaciones, le sirve de guardar las ovejas, y es tan descuidado que cada día le falta una. El pastorcillo proclama en voz doliente que su amo busca con tal acusación disculpa para no pagarle la soldada. Don Quijote comenta: «mal parece tomaros con quien defender no se puede», y amenaza: «yo os haré conocer ser de cobardes lo que estáis haciendo». Hace desatar a la víctima e impone al verdugo el deber de abonar su descubierto, bien que no pueda esto realizarse de presente por no llevar dinero encima Juan Haldudo. Sigue, después, su camino el desfacedor de aquel

vejamen, satisfecho de la victoria conseguida sobre la mala fe y el atropello; pero no bien sale de la espesura y se pierde de vista, vuelve a ser atado el rapazuelo y llueven sobre su cuerpo nuevos despiadados azotes, con cuyo regalo y sin el de la soldada, parte, al fin, llorando el pastorcillo mientras queda muerto de risa el labrador. O lo que es lo mismo: queda victorioso el brazo amenazador del gran hidalgo y derrotado el noble fin en que se había empeñado su espíritu (cap. IV, parte 1ª). Esta es la triste portada de sus desventuradas aventuras, que parece lanzar un mal agüero sobre las que ha de emprender en adelante.

Otra vez ve venir hacia él un caballero sobre un caballo rucio rodado, que trae sobre la cabeza un yelmo de oro. No es en realidad el vislumbrado sino el barbero de un inmediato pueblo que se defiende con su bacía de los rayos del sol y se dirige a cumplir deberes de su oficio en otra localidad vecina. Pero al soñado soñador se le antoja caballero el menestral y yelmo de Mambriño la bacía, y así, cuando cree conquistar el talismán famoso, queda su loca fantasía vencida y en ridículo (cap. XXI, parte 1ª).

Poco después contempla cómo avanzan a su encuentro hasta doce hombres a pie, ensartados a manera de cuentas en una gran cadena y con esposas en las manos. Sancho le hace saber que son galeotes o gente forzada del Rey, con-



denada por sus delitos a cumplir en galeras la pena señalada por la justicia. El inmortal manchego no concibe que, aunque delincuentes, sean llevados por fuerza, o sea sin consentimiento de su voluntad. Se le antojan, al conjuro de la palabra forzados, seres débiles que reclaman su protección. «Aquí encaja la ejecución de mi oficio: desfacer fuerzas y socorrer y acudir a los miserables», exclama, porque para él la libertad «es uno de los más preciados dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida» (cap. LVIII, parte 2ª). Se dirige, pues, a los guardas, y por parecerle «duro caso de hacer esclavos a los que Dios y naturaleza hizo libres», ruega sean servidos el comisario y los guardianes de desatarlos y dejarlos ir en paz. No acceden estos, como es natural, a una petición tan arbitraria. Embiste contra ellos el mercedario seglar. Los guardianes acuden a defenderse. Los galeotes, entretanto, logran desprenderse de la cadena que los tenía convertidos en rosario y desarman a los guardas, que se ven en la necesidad de huir. El fervoroso enamorado ruega entonces a sus libertos que vayan a poner en conocimiento de doña Dulcinea del Toboso su incomparable hazaña; y como los favorecidos no entienden de tan sutiles delicadezas, acaban pagando el bien recibido con palos sobre las carnes y latrocinios sobre las pertenencias de su paladín, para convertir en aflictivo fracaso sus flamantes laureles. Con razón puede, por tanto, comentar con amargura que «siempre las desdichas persiguen al buen ingenio» (cap. XXII, parte 1ª).

Descansa en pleno campo. Le despierta un ruido que siente a sus espaldas (cap. XII, parte 2ª). Parece ser el que llega otro caballero andante con su escudero zafio. Este caballero, que da en llamar del Bosque la puntual historia del nuestro, se confiesa enamorado de la sin par Casildea de Vandalia, que le ocupa en «muchos y diversos peligros». Hace saber a lo largo de su amena narración que ha vencido a muchos caballeros, aun cuando no se precia de ninguna victoria como de la conseguida sobre Don Quijote, a quien hizo confesar ser más hermosa su Casildea que doña Dulcinea del Toboso. Asombrado el héroe de Cervantes al escuchar tan in-



sólito aserto, niega su veracidad; atribuye la superchería rufianesca no a invención del supuesto rival suyo, sino a obra de malévolos encantadores, y concluye su moderada peroración ofreciendo que, si lo dicho «no basta» para enterarle en la verdad que dice, allí «está el mismo Don Quijote, que la sustentará con sus armas a pie, o a caballo, o de cualquier suerte» que le agrade. El Caballero del Bosque se aviene complacido a luchar con Don Quijote nuevamente. Demoran el desaffo hasta la hora en que mil suertes de pintados pajarillos anuncian con sus gorjeos que la jovial aurora descubre la hermosura de su rostro por los balcones del Oriente. La luz del nuevo día, por fin, les da la señal de subir a caballo y emprender la lucha. Quiere la buena fortuna que Don Quijote derribe a su rival, y se derrota con su fortuito triunfo a sí mismo, puesto que quien yace por el suelo a sus pies no es otro

que su amigo el Bachiller Sansón Carrasco, empeñado en el intento de arrancarle de su locura (cap. XIV, parte 2ª).

Le llevan sus andanzas a ser espectador de una representación con que le regala el Retablo de Maese Pedro. Ante aquel hombre, «todo vestido de camuza, medias, gregüescos y jubón», y su retablo se acomodan cuantos en la venta se hallaban (cap. XXV, parte 2ª), y el llamado ingenioso hidalgo por su glorioso creador, puede ver reproducida la escena en que don Gaiferos dio libertad a su esposa Melisendra, que se hallaba cautiva de moros en la ciudad de Sansueña, llamado hoy Zaragoza. Asiste luego a la expedición que organiza el rey Marsilio para salir en seguimiento de la pareja fugitiva. Al ver congregada tanta morisma el poderoso valedor de necesitados y al conocer sus intenciones, se levanta en pie y exclama: «No consentiré yo que en mis días y en mi presencia se le haga superchería a tan famoso caballero como don Gaiferos. Deteneos, mal nacida canalla; no le sigáis ni persigáis; si no conmigo sois en la batalla». Y diciendo y haciendo, desenvaina la espada, se pone de un brinco junto al retablo y, con nunca vista furia, da cuchilladas tras cuchilladas sobre la morisma titerera, con lo cual, en menos de dos credos, da con todo el retablo en el suelo y deshace todas sus figuras, con lo cual Maese Pedro llora la cierta ruina de su hacienda, mientras el defensor de don Gaiferos se felicita de su falso triunfo (cap. XXVI, parte 2ª).

Pero si tales andanzas entristecen a quienes contemplan con ojos compasivos cómo se tocan y confunden en sus lances el éxito aparente y el desastre real, la efectividad y la ilusión, la sublimidad y el ridículo, dentro del arca sellada donde custodia el cuerdo loco su alma caballeresca e infantil, despiertan solo íntima satisfacción de conciencia, por la pureza del fin perseguido y la valía del ilusorio bien, logrado con el arresto de su espada y el esfuerzo de su valentía.

De sus treinta renombrados encuentros solo en uno persigue un fin personal y utilitario, y es aquel en que arranca de manos del barbero, para su propio empleo y protección y para sustituir a la celada que le había maltrecho el Vizcaíno (cap. IX, parte 1ª) el decantado yelmo «que tan caro le costó a Sacripante» (cap. X, parte 1ª), y que, según era fama, convertía en invulnerable a quien alcanzaba la dicha de poseerlo. En las veintinueve restantes defiende pleitos ajenos o dictados de sus sagradas convicciones.

No consiente ver atropellada la justicia, y ya se ha visto cómo acude a repararla enfrentándose con Haldudo para que satisfaga sus haberes al pastorcillo Andrés.

Es paladín de la libertad, como queda dicho, en su acometividad contra la morisma guñolera que persigue a Melisendra, redimida de su cautividad por don Gaiferos.

Es campeón de la verdad en su afortunado duelo con el Caballero del Bosque, según queda mencionado, por haber asegurado este, y no ser



cierto, que había vencido anteriormente a don Quijote de la Mancha.

Le mueve la preciosa virtud de la compasión al sentir incautamente las desdichas de los galeotes.

Venga intolerables agravios ante los yangüeses. Ello sucede mientras sesteaba el caballero. Había dejado Sancho «al jumento y a Rocinante a sus anchuras pacer de la mucha yerba que allí había». «Andaban por aquel valle paciéndose una manada de hacas galicianas» de los arrieros dichos. Se acercó Rocinante, con reverdecida juventud, a comunicarse con ellas, y poco corteses las jacas, le recibieron con las herraduras, de tal modo que le rompieron las cinchas y derribaron su silla por el suelo. Los yangüeses, advertidos del revuelo que había puesto en conmoción su manada, intervinieron con sus estacas y le vejaron a palos. Rocinante no es un ser humano, pero es un ser débil y agraviado por añadidura. Su dueño piensa que la insolente demasía merece castigo, y aun cuando Sancho le advierte que son más de veinte los arrieros y ellos solo dos, él replica que «vale por ciento» y arremete contra los ofensores, que repiten sobre su cuerpo los excesos cometidos antes sobre su cabalgadura (capítulo XV, parte 1ª).

Sale a la palestra como adalid de la paz al dirigirse a los «doscientos hombres armados de diferentes suertes de armas» del pueblo del rebuzno, que salían a pelear con los del pueblo vecino, cuyas burlas pasaban de lo tolerable. «Ningún particular —les dice— puede afrentar a un pueblo entero, si no es retándole de traidor». «Vuesas mercedes —concluye su largo y sustancioso razonamiento— están obligados por leyes divinas y humanas a sosegarse». Si la locura le impide considerar su falta de sosiego en otras ocasiones, su cordura fugaz le hace medir en esta que tomar las armas, «por niñerías y por cosas que antes son de risa y pasatiempo que de afrenta..., carece de todo razonable discurso». Y tan grande y generoso se ofrece a nuestra simpatía cuando habla con sensatez como cuando procede con delirio (cap. XXVII, parte 2ª).

Empuña la espada por la fe religiosa en aquella, tan bufa como solemne, batalla contra hueses de ovejas y carneros. Son ejércitos para los ojos de su demencia. «Este que viene por nuestra frente —hace saber a Sancho— le conduce y

guía el grande emperador Alifanfarón, señor de la grande isla Trapobana; este otro que a mis espaldas marcha es el de su enemigo el Rey de los garamantas, Pentapolín del Arremangado Brazo». Se quieren mal —según continúa explicando a su escudero— porque «Alifanfarón es un furibundo pagano, y está enamorado de la hija de Pentapolín, que es... cristiana, y su padre no se la quiere entregar al Rey pagano si no deja primero la ley de su falso profeta Mahoma y se vuelve a la suya». No puede dominar el ímpetu que le acomete de ayudar al católico rey Pentapolín, y se entra por medio del escuadrón de las ovejas para dar testimonio de su denuedo y de los arraigados que se hallan en su espíritu sus amores al dogma (cap. XVIII, parte 1ª).

Se apresura valerosamente a reparar el honor ofendido de las damas siempre que la ocasión de hacerlo se le presenta, sean ellas personas de carne y hueso, como doña Rodríguez, o sean creaciones quiméricas de novelones caballerescos, como la reina Maldásima; trátense de sucesos acaecidos o de palabras que se claven como saetas en el buen nombre. Acaece lo primero después de oír, en casa de los Duques, la exposición, que le hace doña Rodríguez, del desventurado suceso por el que su muy querida y amada hija fue víctima de una «sinrazón y alevosía que un mal Labrador la tiene fecha», y de verse requerido para conseguir que cumpla el mancebo la promesa de matrimonio falazmente empeñada (cap. LII, parte 2ª). Nada importa que a su tiempo el Duque suplante la personalidad del Labrador por la de su lacayo Tosilos, ni tampoco cuenta para el caso que termine su siempre infortunada intervención en boda distinta de la pensada, puesto que se formaliza con Tosilos a gusto de todos. El levantado y señorial altruismo de su propósito no sufre mengua por el resultado de sus acciones (capítulo LVI, parte 2ª). Se tercia lo propuesto en segundo lugar no bien oye malpensar y peordecir a Cardenio «que aquel bellaconazo del maestro Elisabat estaba amancebado con la reina Maldásima», porque no sufre la que considera calumnia y, tras defender la honra de la Reina, estalla su cólera en estas palabras vibrantes: «y quien lo contrario entendiere, miente como muy gran bellaco, y yo se lo daré a entender, a pie o a caballo, armado o desarmado, de noche o de día, o como más

gusto le diere», reto que ni fue lanzado en balde ni contestado en la forma caballeresca que merecía, sino con un cantazo de Cardenio en los pechos que le tumbó de espaldas (cap. XXIV, parte 1ª).

Y es también velador esforzado del honor y de la dignidad propias, sin cuyo título no se consideraría digno de pasear su immaculado nombre por el mundo, ante lo que considera desacato del cuadrillero por llamarle simplemente «buen hombre», sin el debido respeto a su honrosa profesión de caballero andante (capítulo XVII, parte 1ª).

Y consagra su actividad incansable a exterminar a los malhechores de todo género que pueblan la tierra, para tormento y daño de las gentes pacíficas, cuando quiere aniquilar los molinos de viento, «aun que muevan más brazos que los del gigante Briareo», ya que furibundos gigantes le parecían (cap. VIII, parte 1ª), y en presencia de los seis mazos de batán que considera como amenaza malsana del otro mundo, sin que basten a detenerle las súplicas dolientes del temeroso Sancho, a quien responde con ejemplar entereza: «no se ha de decir por mí, ahora ni en ningún tiempo, que lágrimas y ruegos me apartaron de hacer lo que debía a estilo de caballero» (cap. XX, parte 1ª).

Y se conserva, en toda ocasión, fiel, aun con detrimento de sus huesos y de sus carnes, a la memoria siempre viva de su siempre amada Dulcinea, lo mismo con la *princesa* Maritornes en el camaranchón de la venta (donde, amparada por las tinieblas, busca la moza el incontinente y poco refinado afán amoroso del arriero,

y topa, en un solo acto, con Don Quijote y su galante repulsa) (cap. XVI, parte 1ª), que a los pies del ventanuco donde hace a caballo la guardia del *castillo*, y donde otra *princesa*, no que la hija de la ventera, le llama para pedirle una de «sus hermosas manos», otorgada, no sin vacilación, por cortesía, para quedar con la mano, «verdugo de los malhechores del mundo», atada por un cabestro, y suspendido él de ella, después, al escapársele Rocinante de entre las piernas (cap. XLIII, parte 1ª).

Y es siempre amparo de la debilidad atropellada. Ante la litera de la dama vizcaína, escoltada en su viaje por servidumbre de a caballo, mozos de mulas a pie y, casualmente, por dos frailes de la Orden de San Benito, comitiva cuya presencia le mueve a decir: «aquellos bultos negros que allí parecen deben de ser, y son, sin duda, algunos encantadores que llevan hurtada alguna princesa», y le hace arriesgarse a una lucha en la que sufre una cuchillada en un hombro para librarla (capítulos VIII y IX, parte 1ª); al acercársele la «gran multitud de lumbres que no parecían sino estrellas que se movían» en medio de la noche, y que no eran sino sacerdotes acompañantes de un entierro, a quienes se dirigió exigiendo: «dadme cuenta de... qué es lo que en aquellas andas lleváis; que según las muestras, o vosotros habéis fecho, o vos han fecho, algún desaguizado, y conviene y es menester que yo lo sepa, o bien para castigaros del mal que fecistes, o bien para vengaros del tuerto que vos fizieron» (capítulo XIX, parte 1ª); empeñado en combate de pesadilla contra el gigante enemigo de la prin-



cesa Micomicona y en contienda de realidad con desangrados pellejos de vino (cap. XXXV, parte 1ª); derribado por uno de los portadores de las andas donde llevaban algunos disciplinantes a la Virgen, en procesión de rogativa, para impetrar la lluvia, cuando trata de arrancar a la que juzga señora humana del cautiverio en que la tienen aquellos follones (cap. LII, parte 1ª); dispuesto a rescatar con su espada el rucio de Sancho, espantado y huido al oír el tintineo de los cascabeles de un recitante, vestido de bojiganga, y viajero en una carreta con la compañía de Angulo el Malo, para representar de pueblo en pueblo el auto de las Cortes de la Muerte (cap. XI, parte 2ª); convertido en égida de Basilio contra Camacho y contra todos, porque la riqueza no puede avasallar al amor (cap. XXI, parte 2ª); a bordo del barco, por último, que piensa le brinda, en el río Ebro, la ocasión de socorrer a un caballero necesitado, aventura que, como ninguna otra, le hubiera costado la vida, si las varas de los molineros no hubiesen volcado la barca cuando ya se hallaba en trance de hundirse en las gargantas de las aceñas, y si, salvados como náufragos, no llegaran a salir de las revueltas aguas «más mojados que muertos de sed» (capítulo XXIX, parte 2ª), es siempre, a nuestros ojos, la inflamada pasión de hacer el bien, la intención pródiga, la mente alta, el corazón desprendido, la voluntad franca y la espada valiente.

Porque aquel gran soldado del ideal había de ser ante todo valiente, para ejemplo de cuantos guerreros pueblan el mundo. Varios de sus hechos de armas, mirando a los heroísmos que se propuso realizar, ya que no a las nimiedades en que se convirtieron, serían galardonados en nuestros días con la concesión de la Cruz Laureada de San Fernando. Hazañas que, de ser ciertas, despertarían de modo perdurable asombro entre los hombres, fueron la de ordenar que abriesen la jaula de los leones en medio del campo (capítulo XVII, parte 2ª); aquella otra de su descenso a la cueva de Montesinos (capítulos XXII y XXIII, parte 2ª), y su extraordinario viaje por los aires, a lomos de Clavileño, como medio de librar a la condesa Trifaldi del encantamiento que para mengua de sus encantos había poblado de barbas su rostro (capítulo XLI, parte 2ª).

Don Quijote despierta en nuestro espíritu admiración, afición, cariño y respeto. Le respeta-

mos más cuanto más despeñado le vemos en las simas de sus fracasos, desde las elevadas cimas de sus sueños. Repetida y donosamente burlado por los Duques, gustosos de saborear el deleite de su locura; corrido por los del pueblo del rebuzno; molido por los yangüeses; descabrado por el cuadrillero de la Santa Hermandad (cap. XVII, parte 1ª); apedreado por los pastores (cap. XVIII, parte 1ª); robado por los galeotes en recompensa de haberles redimido (cap. XXII, parte 1ª); tullido por los disciplinantes (cap. LII, parte 1ª); arañado cruelmente por el gato, que a los ojos de su extravía es un maligno encantador (capítulo XLVI, parte 2ª); despreciado por el león, que, tras no dignarse luchar con él le vuelve olímpicamente la espalda (cap. XVII, parte 2ª), y pisoteado por los toros, cuya loca carrera desafía con jamás igualada temeridad (capítulos LVIII y LIX, parte 2ª), merece bien que Altisidora le llame, al final de sus días, como pudiéramos llamar a todos los fracasados idealistas de la tierra, «don vencido y don molido a palos» (capítulo LXX, parte 2ª).

Pero, aun cuando siempre parece vencido, resulta eternamente vencedor. Su cuerpo sufre los reveses propios de la temeridad o de la mala fortuna. Su espíritu, en cambio, eternamente victorioso, triunfa de todas las miserias, de las concupiscencias insanas, de las bajas pasiones y de los insaciables egoísmos que suelen apoderarse, como invencibles dictadores, del corazón humano. Es don Quijote un símbolo inmortal. Su postrer aventura, epílogo de una vida, gloriosa en fines y significados, nos lo muestra hollado innoblemente por una piara de seiscientos cerdos. Son los cerdos de la mezquindad, del materialismo y de la torpeza, humillando bajo sus infamantes pezuñas el ensueño, el sacrificio, el honor, la pureza, la virtud, la heroicidad y la entrega pródiga de sí mismo. Podrá írsenos el estómago vil tras los puercos inmundos que nos ofrecerán el sustento y el regalo. Bien al contrario, el corazón no dejará nunca de contemplar estático la colosal figura del gran Luchador. A la postre, la piara de aquellos inmundos animales, justamente llamados *de la vista baja*, es conducida camino del matadero, mientras el aparentemente hollado por ella, imagen de la Patria que le vio nacer, perdura en mármoles y en bronces y pasea por el mundo los resplandores de su gloria. ■

La intención militar de *El Quijote**

■ ■ ■ ÁNGEL GONZÁLEZ DE MENDOZA Y DORVIER.
Teniente Coronel de Estado Mayor.

**Artículo ya publicado en el n.º 93 de esta revista correspondiente a octubre de 1947, número extraordinario editado con motivo del IV Centenario del nacimiento de don Miguel de Cervantes Saavedra.*

CERVANTES, escritor y soldado; príncipe de los ingenios y glorioso mutilado; poeta y héroe de Lepanto; novelista y cautivo; genial y glorioso, y enterrado de misericordia; hidalgo y miserable; provinciano y universal; paradoja viviente y total, estudiada en todos sus aspectos, y más grande cuanto más se le estudia en su doble condición de soñador y práctico, de loco —como su ingenioso hidalgo— y de sensato ¿Qué puede decir de él, en su cuarto centenario, un profesional de la milicia sin más título que este, que coge su pluma, en tal coyuntura, más para honrarse que para honrar a quien ya alcanzó el pináculo del reconocimiento de la posteridad?

Y, sin embargo, es tal la gratitud que aún deben los soldados todos a quien al hermanar las armas y las letras puso con estas tan alto el nombre de aquellas, que aunque no sea más que por darle la razón, nos creemos obligados, solo por soldados, a tomar la pluma: «Ca ciertamente, bienaventurado príncipe..., la ciencia non embota el fierro de la lanza, ni face floxa la espada en la mano del caballero», diríamos al glorioso manco con frase de otro gran escritor¹ del siglo XV.

La natural dificultad de elegir un tema que antes no haya sido apurado con más conocimiento y autoridad, nos ha decidido por uno de los matices de la obra cervantina que creemos de los menos estudiados. El de Cervantes, escritor militar y, más concretamente, la intención militar de *El Quijote*.

Sobre la principal y preeminente que presidió la génesis del inmortal libro de Caballería que

eclipsó a todos los que pretendía satirizar, ya quedan hoy pocas dudas. Está generalmente admitido por los más autorizados críticos que la causa determinante de la decisión de Cervantes de escribir *El Quijote*, en sátira de los libros de Caballería, fue la obra titulada *El felicísimo viaje del muy alto y muy poderoso príncipe don Felipe, hijo del Emperador don Carlos Quinto Máximo, desde España a sus tierras de la baja Alemania: con la descripción de todos los estados de Brabante y Flandes*. Escrito en cuatro libros por Juan Cristóbal Calvete de Estrella. En Amberes, en casa de Martín Nucio, año de 1552. Un volumen en folio.

Este libro, cuyo autor es probablemente un familiar del Príncipe, está dedicado al Emperador, y parece deducirse de su texto que tanto este como sus cortesanos sentían desmedida afición por la práctica, *simulada*, de los ritos de la caballería andante.

En efecto, recoge, entre otras circunstancias de análogo orden, un memorial que los caballeros errantes de la Galia Bélgica presentaron al Emperador en la ciudad de Bins, haciéndole presente que un encantador de las cercanías llamado Norabroch, enemigo de la andante caballería, estaba dedicado a toda suerte de fechorías contra los nobles caballeros de la provincia, y amenazaba extenderlas a las limítrofes, y aun al extranjero, si Su Majestad no proveía el remedio. Añade el memorial que el encantador tiene su morada en el castillo Tenebroso, guardado por la isla Venturosa, a la que conduce el Paso Afortu-



nado, a su vez guardado por la Torre Peligrosa, que hay que pasar a viva fuerza, y que para destruir al tal Norabroch hay que batir primero a los caballeros de este, que guardan los pasos, para lo que piden la venia de Su Majestad los caballeros de su corte.

Según la Memoria referida, parece que el Emperador concedió el permiso, y al día siguiente empezó la aventura de la Espada encantada y del Castillo Tenebroso, en las que durante varios días pelean los caballeros uno a uno, pero todos quedan cautivos por Norabroch, hasta que el príncipe Felipe destruye al gigante y los pone en libertad.

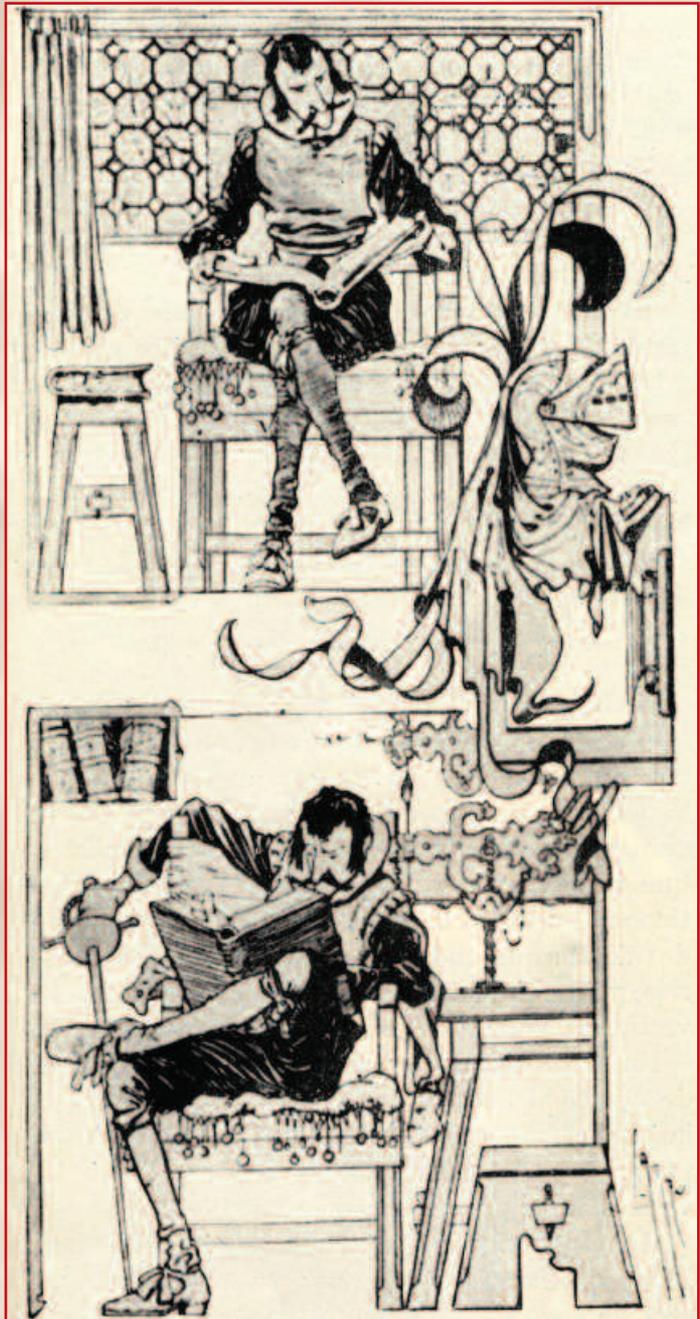
Estas y otras que hoy nos parecen extravagancias, se repitieron en Bruselas y otras ciudades, con el beneplácito del Emperador. Y el deseo de ridiculizar los disparatados libros que las cultivaban e inspiraban, sin duda, llevaron a Cervantes la idea de escribir su *Don Quijote*, en sátira de tan pernicioso literatura y defensa de las verdaderas virtudes militares y de la profesión de las armas, tan poco atendidas por los Gobiernos de la época. Nos proponemos probarlo aduciendo citas de *El Quijote* y de otros autores que con análoga intención escribieron, recogiendo los mismos conceptos fundamentales.

Esta intención del glorioso soldado de Lepanto se puso muy de manifiesto en la prolija discusión que se mantuvo alrededor del famoso *Buscapié*, que se le atribuye, y que tan vivas polémicas suscitó entre letrados.

En 1864, don Adolfo de Castro publicó, como se sabe, atribuyéndolo a Cervantes un librito titulado *Buscapié*, en la edición de Sáenz de Jubera, y lleva incluidas las aprobaciones de censura. En la del doctor Gutiérrez de Cetina, fechada en Madrid a 27 de junio de 1605, se aprueba la publicación «del muy donoso librito, llamado *Buscapié*, donde demás de su mucha erudición y excelente doctrina, se declaran aquellas cosas escondidas y no declaradas en *El ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha...*, que

puede ser muy de provecho para los que tienen el cerebro lleno de mil locuras y vanidades de las que andan por los libros de caballerías, y... se le podrá dar a Miguel de Cervantes, vecino de Valladolid, licencia para ello...».

En la de Tomás Gracián, en Valladolid, a 6 de agosto del mismo año, se propone también la publicación porque... «será útil y provechoso pa-





▲ Cuadro de Moreno Carbonero

ra los que quieran desterrar del mundo la vana lección de los libros de caballerías».

En el prólogo del autor dice textualmente: «Lector amantísimo: Si por tu mala fortuna eres de rudo entendimiento (hablando con perdón) y no has desentrañado las cosas escondidas en mi ingenioso Manchego, flor y espejo de toda la andante Caballería, lee este *Buscapié*».

Como este folleto de Adolfo de Castro ha sido tachado de apócrifo, hay que pensar que el verdadero se ha perdido, dado que notables eruditos afirman su existencia, como vamos a ver.

«El *Buscapié* que vi en casa del difunto Cando de Saceda habrá como unos 16 años, dice don Antonio Ruidiaz en carta fechada en Madrid a 6 de Diciembre de 1775, dirigida a don Vicente de los Ríos, y leí en el corto espacio de tiempo que me la confió aquel erudito caballero porque se le prestó para el mismo fin con igual precisión (ignoro quién), era un tomito anónimo en 12^o impreso en esta Corte, con solo aquel título (no tengo presente el año ni en qué oficina); su grueso co-

mo el de unos seis pliegos de impresión, buena letra y mal papel. De su asunto referiré sustancialmente lo que me ofrezca mi limitada memoria.

Presupone, pues, o finge nuestro autor, que aunque había ya algún tiempo que se publicó un libro intitulado (vierte toda la portada de la primera parte de su *Quijote*), no le había leído, así porque se persuadió a que sería una de las muchas novelas que se publicaban, como porque no tenía el autor por ingenio capaz de inventar cosa de grande importancia; que en este concepto estuvo perezoso (como los más) en comprar y leer la obra; pero que al cabo hizo uno y otro por mera curiosidad; que leída la primera vez le quedó deseo de volverla a leer ya con más gusto y reflexión; que entonces se aseguró que era una producción de las más ingeniosas que hasta entonces se habían dado a luz, y una sátira llena de instrucción y de gracia, contraída con la mayor oportunidad y destreza para lograr el destierro de la preocupación que dominaba en general a la nación, y principalmente a los grandes y demás nobleza, procedida de la continua lección de los extravagantes libros de caballería, y que las personas que se introducían en la obra eran de mera

invención, y con el fin de ridiculizar a todos aquellos que estaban encaprichados; pero no tan imaginarias que no tuviesen cierta relación y representasen el carácter y alguna de las acciones caballerescas que se aplaudían en un campeón con quien estuvo indulgente con los elogios la fama, y en otros paladines que le procuraron imitar; como también las de otras personas que tenían a su cargo el gobierno político y económico de una región, la más vasta y la más opulenta del mundo en otros tiempos. Prosigue parangonando los sucesos, y aunque procuró desfigurarlos con arte, se traduce, no obstante, que tuvo por objeto varias empresas y galanterías de Carlos V, porque la mayor parte de las comparaciones son de este héroe, las cuales no puedo puntualizar por la razón que llevo expresada, y lo mismo me sucede en cuanto a los otros personajes. Finalmente, concluye diciendo que, para satisfacer en parte a su autor el agravio que le hizo en el primer juicio, contribuir al desengaño de los preocupados, y que pudiesen

hallar el tesoro que se ocultaba debajo de aquel supuesto, se propuso echar un *Buscapié* que pudiese en movimiento a los embobados (que eran todos o los más de los españoles) y que los alentase a tomar en la mano y leer la obra, bien persuadido de que con solo una vez que pasasen por ella los ojos, apreciarían lo que hasta entonces habían tratado con menosprecio (como a él le sucedió) antes de haberla visto».

Otro testigo muy docto, don Agustín García de Arrieta, académico y autor de *Historia analítico-crítica a la vida y escritos de Miguel de Cervantes*, dice en carta fechada en París en 20 de diciembre de 1831, y dirigida a don Joaquín María Ferrer, el editor de la admirable edición miniatura de *El Quijote* de 1832:

«... *Buscapié*, que realmente ha existido y desaparecido por desgracia, como lo ha probado hasta la evidencia el Sr. Ríos en su *Vida de Cervantes y análisis del Quijote*.

Yo, por mi parte, puedo añadir en su apoyo la noticia que me dio en 1897 la difunta Condesa viuda de Fernán-Núñez, de haber tenido en sus manos el ejemplar de aquél, que el señor Conde, su esposo, adquirió siendo embajador por la Corte de España en la de Portugal...».

Pero si antes de seguir con el análisis de la intención de *El Quijote* nos detenemos un momento en la afirmación del *Buscapié*, que dice, hablando de *El Quijote*: «Por cierto que este libro que vuestra merced llama de novedades y de locuras, es libro de dulce entretenimiento y sin perjuicio de tercero, y de muy lindo estilo y donosas aventuras, y que debiera su autor ser premiado y ensalzado por querer con discreto artificio desterrar de la república la lectura de los vanísimos libros de caballerías que con su artificioso rodeo de palabras ponen a los leyentes melancólicos y tristes; cuanto más que su autor está más cargado de desdichas que de años, y aunque alienta con la esperanza del premio que esperar puede de sus merecimientos, con todo eso desconfía al contemplar al mundo tan

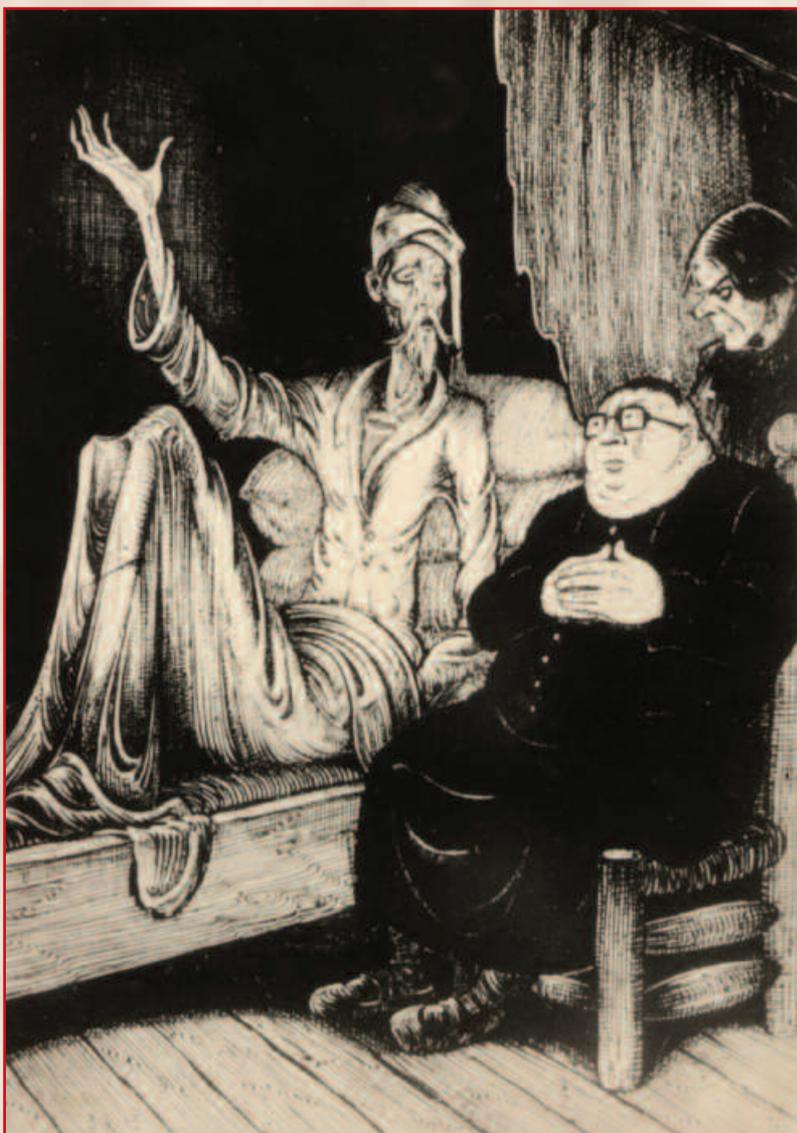
preñado de vanidades y mentiras, y que la envidia suele ofrecer mil inconvenientes para no dejar de oprimir a los ingenios y que anda en los siglos presentes muy valida por los palacios y las cortes y entre los grandes señores»..., queda bien probada nuestra afirmación de que el principal objeto del inmortal libro fue satirizar la afición a las fantásticas aventuras y encantamientos, y llamar la atención de los Poderes sobre la que debían prestar a la verdadera profesión de las armas.

Porque no está en nuestro ánimo terciar en la polémica de la existencia del *Buscapié*, que de manera tan definitiva niega el escritor y crítico gaditano León², cuando dice: «Uno de los primeros biógrafos de Cervantes, el señor don Vicente de los Ríos, tal vez el que ha contado más consejos y anécdotas al ocuparse del gran autor, habló de cierta obrilla escrita por Cervantes a los pocos meses de publicada su primera parte de *El Quijote*, en que tenía por objeto despertar la atención sobre su libro y declarar por medios ingeniosos la tendencia que entrañaba...».

«... para la verdadera crítica la existencia del *Buscapié* ha sido, desde casi los primeros momentos de haber escrito Ríos, materia de evidente falsedad o convencional anécdota que na-



▲ Dibujo de Castro Gil



▲ Ilustración de Hann

da explica ni a nada conduce, pues ni *El Quijote* necesitaba de libritos que excitasen la atención pública...».

«Conociéndolo así, indudablemente, un literato tan erudito y docto como don Adolfo de Castro, quiso, sin embargo, aparentar lo contrario de lo que pensaba y demostrar las fáciles galas de su inventiva, escribiendo un *Buscapié*³, dándolo como hallazgo precioso y como producto de la pluma de Cervantes».

Pero sea cualquiera el juicio definitivo que haya que formar sobre la existencia del *Buscapié*, o

mejor, sobre su autenticidad o carácter apócrifo, lo cierto es que en todo caso se desprende, tanto de la polémica como de los escritos que la representan, la intención cervantina de salir por los fueros de la verdadera profesión de las Armas.

La fama inmortal que ha alcanzado el inigualable *Discurso de las Armas y las Letras* bastaría aprobarlo así, si no se creyera por muchos que es más bien una digresión en el relato general de la obra que la tesis fundamental de ella. A nuestro entender toda la primera parte de *El Quijote* está escrita con el solo objeto de sentar la prioridad del ejercicio de las Armas y de hacer la crítica de los libros de Caballería que distraían indebidamente de él.

Y prueba de todo ello es también que, cuando un escritor militar del siglo XIX, Ibáñez Marín, quiere salir de nuevo por los fueros del Ejército⁴, lo hace al amparo del nombre del Ingenioso Hidalgo —siquiera se contrae a la glosa del *Discurso de las Armas y las Letras*— insertando párrafos como los siguientes, hablando de la intención de *El Quijote*:

«La hermosa doctrina..., que estaba en la sangre de las huestes dominadoras del mundo, lleva la sanción de los ingenios más claros y peregrinos de la época, cual

Colonna, don Bernardino de Mendoza y el gran don Diego Hurtado de Mendoza, caudillos calificados que por haber puesto mano en los fragores de la campaña rasa, en los mandos de Tercio o de Ejército, en el Gobierno de Virreinos y en cometidos políticos y diplomáticos bien intrincados, representan alta y suprema autoridad, lo mismo para castrenses que para civiles».

Más adelante añade: «Un camarada de Cervantes en el Tercio de Moncada, Marcos de Isaba⁵, y el mismo, Miguel en la segunda parte de

su *Don Quijote*, nos van a llenar la medida en esto de las lacerías que ya carcomían al Estado militar del Católico Rey, y en lo de la vida guerrera y hazañosa de las huestes, hasta entonces, y aún en mucho tiempo después, invencibles».

Terminando con frases como las siguientes: «Grande, excelso peón castellano, eternizado por Don Quijote, tu glorificación cabal y bizarra... ¡No has muerto...!, porque tu alma, el alma buena del soldado Miguel de Cervantes Saavedra, vivía dentro de tu ser, devorada ahora como entonces por el ruin desencuadernamiento del cerebro directivo.

Vives tú y vivirás eternamente para gala del nombre español, si logras nutrir tu medula con el sentido común y el patriotismo, con la doctrina, la nobleza y la virtud que campean en todos los discreteos del clarividente *Ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha*».

Han querido ver algunos, sin embargo, una contradicción de esta intención cervantina en el estribillo del paje⁶: «A la guerra me lleva mi necesidad, —si tuviera dinero— no fuera, en verdad».

Esto no debe considerarse sino como una ironía más, como luego veremos, pues en los Tercios de Flandes sirvió el Duque de Pastrana a las órdenes del de Parma y con un hijo de este, ambos con su pica en la Infantería; en Portugal, «con plaza de cuatro escudos», el Duque del Infantado, y en Barcelona, también como soldados, el Marqués del Vasto y el de Pescara, que no tenían la menor necesidad de una paga que no se cobraba nunca. El mismo autor antes citado dice a propósito de ello: «Si el mancebillo volaba acuciado por el hambre a la pelea, allí, en el seno del viejo Tercio, trocaba su villanía por el humillo de clase, realzado y abonado siempre por el heroísmo de las personas, no regateando jamás riesgos, sacrificios, esfuerzos, sangre y vida».

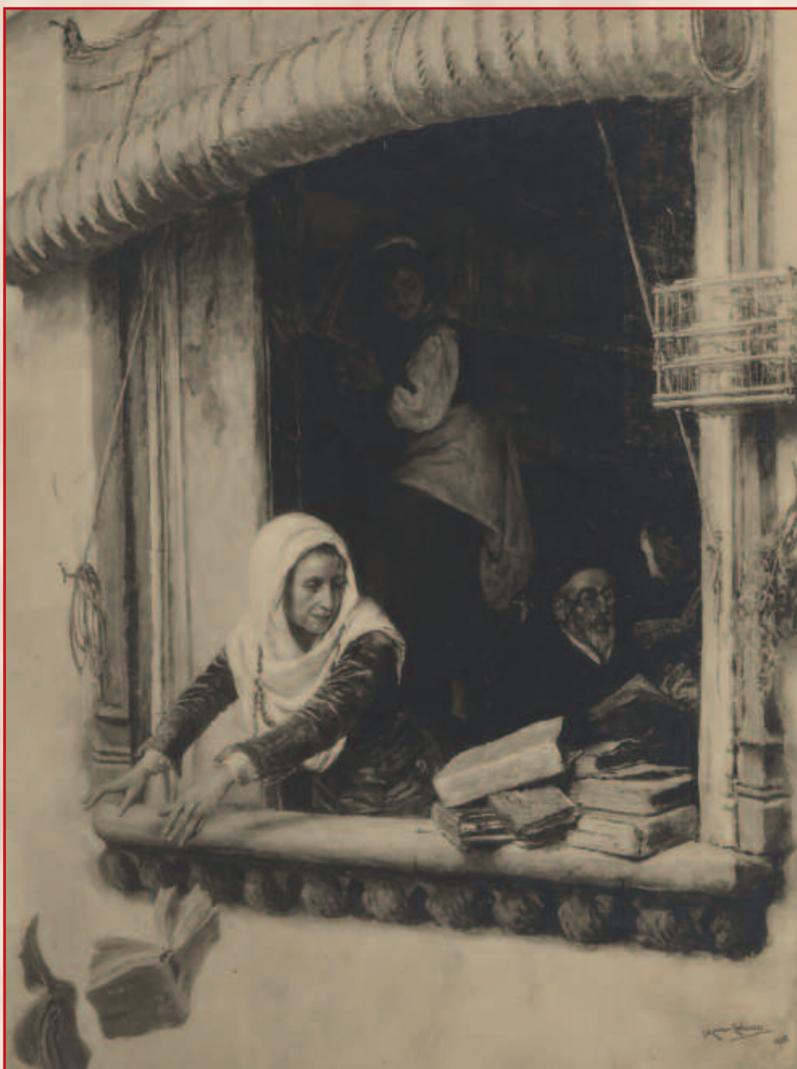
Y también dice Londoño en su famoso *Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar a mejor y antiguo estado*. Bruselas, 1587: «Porque entre la Infantería española anda siempre mucha gente noble y principal, no se les debe impedir, a lo menos, que por cada cien soldados haya doce caballos en que puedan caminar los tales...».

Es decir, que hay que aceptar que se trata de establecer que el que se alistaba pensando en la paga, iba camino de la desilusión, si no fuera porque se dejaría prender en el juego, y seguiría en él

sin volver a pensar en el beneficio. Y prueba de ello es que dice a continuación: «... tenga a felice ventura el haber salido de la corte con tan buena intención como lleva, porque no hay otra cosa en la tierra más honrada ni de más provecho que servir a Dios primeramente y luego a su Rey y Señor natural, especialmente en el ejercicio de las armas, por las cuales se alcanzan, si no más riquezas, a lo menos más honras que por las letras, como yo tengo dicho muchas veces; que puesto que han fundado más mayorazgos las letras que las armas, todavía llevan un no sé qué los de las Armas a los de las Letras, con un sí se qué de esplendor que se halla en ellos, que los aventaja a todos. Y esto que ahora le quiero decir, llévelo en la memoria, que le será de mucho provecho y alivio en sus trabajos: y es que aparte la imaginación de los sucesos adversos que le podrán venir, que el peor de todos es la muerte, y como esta sea buena, el mejor de todos es morir..., más bien parece el soldado muerto en la batalla que salvo en la huída; y tanta alcanza de fama el buen soldado, cuanto tiene de obediencia a sus capitanes y a los que mandarle pueden; y advertid, hijo, que al soldado mejor le está el oler a pólvora que a algalia, y que a la vejez os coge en este honroso ejercicio, aunque sea lleno de heridas y estropeado o cojo, a lo menos no os podrá coger sin honra, y tal que no se la podrá menoscabar la pobreza: cuanto más que ya se va dando orden cómo se entretengan y remedien los soldados viejos y estropeados, porque no es bien que se haga con ellos lo que suelen hacer los que ahorran y dan libertad a sus negros cuando ya son viejos y no pueden servir...». Conceptos, todos ellos muy semejantes a los del *Discurso de las Armas y las Letras*.

La atención de los glosadores y comentaristas se ha fijado generalmente en este *Discurso de las Armas y las Letras*, de intención y expresión puramente militares. Pero hay muchos más pasajes en que se advierte claramente la intención del autor.

Empezando por el famoso «escrutinio» de los libros de Caballería⁷, es indudable que de lo que se trata es de condenar para el público —y más especialmente para lo que pudiéramos llamar público militar— la lectura de tales libros, que distraen de los verdaderos estudios militares, y si se salva *Amadís de Gaula* por ser el primero⁸ y aún más por ser «el mejor de todos los libros



▲ Cuadro de Moreno Carbonero

que de este género se han compuesto», la verdadera amnistía solo se concede a los relatos épicos de verdaderas campañas. Y así, de *La Araucana*, de Ercilla; de *La Austriada*, de Juan Rufo —dedicada al primer don Juan de Austria y con un relato en dieciocho cantos de la guerra de la Alpujarra contra los moriscos—, y de *El Monserrate*, de Cristóbal de Virues, se dice: «Todos esos tres libros... son los mejores que, en verso heroico, en lengua castellana están escritos...; guárdense como las más ricas prendas de poesía que tiene España». Aunque deja en duda si debieron ir al fuego, *La Carolea* y *El león de España*, con los hechos del Emperador, «com-

puestos por don Luis de Ávila», se obtiene la impresión de que el beneficio de la duda deriva de que Cervantes no los conocía bien, pues según Rodríguez Marín hay dos obras tituladas *La Carolea*: una de Jerónimo Sempere (Valencia, 1560) y otra de Juan Ochoa de la Salde (Lisboa, 1585), y aunque ninguna es por don Luis de Ávila, opina que Cervantes debió querer referirse a la primera, por estar escrita en verso. En cuanto *El león de España*, dice que es un poema en veintinueve cantos, por Pedro de la Vecilla Castellanos (Salamanca, 1586), de donde infiere se trata de un error de Cervantes que, trascordado, debió querer referirse al *Carlos famoso* de Luis Zapata (Valencia, 1566), en cincuenta cantos, muy medianamente versificados⁹.

Otra tesis que aparece con frecuencia en *El Quijote* es la de la pobreza del soldado, que en realidad transparente en toda la obra cervantina. Ciñéndonos a *El Quijote*, tanto en el *Discurso de las Armas y las Letras* (primera parte, capítulo XXXVIII) como en la *Historia del cautivo* (primera parte, cap. XXXIX), por no citar otras en que se insiste, es el pensamiento predominante.

Y es ello tema en que insisten la mayoría de los tratadistas militares. El Marqués de Santa Cruz de Marcenado¹⁰ dice a este respecto: «Deberá considerar el Príncipe que el más pobre hombre de cualquier oficio gana más salario que un soldado, está donde quiere, duerme en su cama y no arriesga su vida; sólo al soldado y al marinero faltan estas ventajas».

Y no se piense, por ello, que Cervantes y estos otros escritores buscan el beneficio personal y material. Trataban de llamar la atención de los Poderes sobre la que debían prestar a la Institución militar, pues si aún no conocían —por no formularla— la sentencia epigramática de Ayala: «Aquí,

para vivir en santa calma, o sobra la materia o falta el alma», sí querían con Platón: «Dar fuerza a la razón y armas a la moralidad», como hemos tratado de probar al comentar el caso del mancebillo que «a la guerra llevaba la necesidad».

Por eso pudo decir luego Muñiz y Terrones a fin del pasado siglo¹¹: «Algunos han pretendido hacer otra distinción más entre el *oficio* y la *profesión*, comprendiendo en el primero a los que contemplan la milicia como un medio de hacer fortuna y arrostran el peligro de los combates sólo por el deseo de lucro, como el pizarrero se sube a un tejado; y en la segunda, únicamente a los que sienten en su alma el amor a los trabajos que lleva consigo la vida militar y los aceptan con fe y entusiasmo; pero esta distinción, más metafísica que real, es inadmisibles, por cuanto saben todos que de la carrera militar nadie puede esperar ya el medro que fácilmente lograría en cualquier otra, y el que la sigue no es sino por aquel entusiasmo y aquella fe que hace amar los peligros».

Cervantes estaba orgulloso de su condición militar, pues respondiendo a Avellaneda, que le había motejado de viejo y manco, dice¹²: «Lo que no he podido dejar de sentir es que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo que no pase por mí, o si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes y esperan los venideros. Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas a lo menos en la estimación de los que saben dónde se cobraron: que el soldado más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga; y es esto en mí de manera, que si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella facción prodigiosa, que sano ahora de mis heridas sin haberme hallado en ella. Las que el soldado muestra en el rostro y en los pechos, estrellas son que guían a los demás al cielo de la honra, y al de desear la justa alabanza; y hase de advertir que no se escribe con las canas, sino con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los años».

Entrando ahora en el *Discurso de las Armas y las Letras*, y no para su análisis, tantas veces hecho por plumas privilegiadas, sino para com-

parar su doctrina con la de otros escritores militares, empecemos por la afirmación¹³: «Porque la razón que los tales suelen decir y a lo que ellos más se atienen, es que los trabajos del espíritu exceden a los del cuerpo, y que las Armas sólo con el cuerpo se ejercitan, como si fuese su ejercicio oficio de ganapanes, para el cual no es menester más de buenas fuerzas».

Tratando sobre el mismo tema, decía Banús¹⁴: «Entre cierta clase de gentes, que por haber leído algo, quizá sin provecho, y por conocer algunos términos técnicos que, a veces, ni aun saben aplicar, se consideran sabios, corre muy válida la opinión de que el militar es el representante genuino de la ignorancia, unida a la fuerza bruta. Si estuviéramos aún en la Edad Media, en que para ser caballero era preciso poseer las fuerzas de un gañán o de un mozo de cuerda, podríamos darles la razón; pero hoy las cosas han cambiado, y el militar ignorante apenas puede ser cabo de escuadra...».

Más adelante, y en el mismo *Discurso*¹⁵, plantea otro tema interesantísimo: el de las recompensas, al decir: «Pero decidme, señores, si habéis mirado en ello: ¿Cuán menos son los premiados por la guerra que los que han perecido en ella? Sin duda, habéis de responder que no tienen comparación ni se pueden reducir a cuenta los muertos, y que se podrán contar los premiados vivos con tres letras de guarismo».

Pudiera pensarse que Cervantes, como mutilado en el campo de batalla, habla por el despecho del no obtenido beneficio; pero hombre tan ajeno a la profesión militar como el Padre Mariana¹⁶, dice al mismo respecto: «No se conceda ninguna *cruz de nobleza insigne* a nadie que, por lo menos, no haya servido dos años, agora en la milicia, agora en la Armada; y oblíguese al agraciado a pasar otro tanto tiempo en la milicia con un módico sueldo, que podía sacarse de las rentas de cualquier Orden Militar. Dense premios militares a estos hombres en razón de sus merecimientos y según lo pidan los sucesos del tiempo; pero que las *recompensas* inventadas por nuestros mayores y por ellos destinadas a sujetos meritorios se repartan entre los cortesanos, hombres afeminados que no vieron nunca al enemigo, esto es un mal grande y una grandísima injusticia que debe a toda recuesta evitarse».



Por su parte, hombre tan poco sospechoso de militarismo como don José Canalejas, escribía en 1893: «Los Estados que en su Constitución militar relegaron a términos secundarios la educación moral y el estímulo de la recompensa a sus institutos armados, labraron por ignorancia, o por error, su flaqueza y su apocamiento; y no ya por razones de egoísmo, sino por espíritu de justa proporción entre el servicio y el premio, parece natural ofrecer alicientes a una vida que —según la expresión del gran Cervantes— *tan cercana está siempre a la muerte*».

Enlazan estos conceptos con el de la necesidad de los ejércitos, al decir Cervantes: «A esto responden las Armas, que las leyes no se podrán sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despejan los mares de corsarios...».

La misma tesis que desarrolla el Padre Mariana¹⁷ con las siguientes palabras: «Agora debemos tratar de la Arte a cuyo amparo descansan las santas leyes, todas las otras artes y los intereses todos, públicos y privados; ca no podía ser feliz por luengo tiempo la república sin el ayuda y protección de las armas, los presidios y las legiones. Dónde no difícil, si no imposible, sería tener a raya la audacia y temeridad de los hombres mal hallados, cuyo número es siempre grande en toda ciudad y provincia...».

Bien claro queda, por cuanto llevamos expuesto, que la preocupación principal de Cervantes es el destierro de la lectura de los libros de Caballería y su sustitución por los que hoy llamaríamos de Historia Militar. Y buena prueba de ello es la *Vida del cautivo*¹⁸, en que en un «relato rigurosamente histórico» —en frase de don Francisco Rodríguez Marín— va enlazando las hazañas, o mejor los hechos de guerra de don Pedro de Aguilar, Zanoguera, Puertocarrero, Gabrio Cervellón y Pagán Doria, en la campaña de Túnez, llegando a insertar dos sonetos, que si son de endeble factura poética, no por ello tienen menos intención de glorificar a los heroicos defensores de La Goleta.

El tantas veces repetido tema de los libros de Caballería vuelve a aparecer en los discursos del canónigo¹⁹ cuando conducen a don Quijote en la jaula. De cuanto en ellos se afirma, lo que más nos interesa destacar es cuando dice: «De mí sé

decir que cuando los leo, en tanto que no pongo la imaginación en pensar que son todos mentira y liviandad, me dan algún contento; pero cuando caigo en la cuenta de que lo son, doy con el mejor dellos en la pared, y aún diera con él en el fuego si cerca o presente lo tuviera, bien como a merecedores de tal pena, por ser falsos y embusteros y fuera del trato que pide la común naturaleza y como a inventores de nuevas sectas y de nuevo modo de vida, y como a quien da ocasión que el vulgo ignorante venga a creer y a tener por verdaderas tantas necedades como contienen. Y aun tienen tanto atrevimiento que se atreven a turbar los ingenios de los discretos y bien nacidos hidalgos, como se echa bien de ver por lo que con vuestra merced han hecho, pues le han traído a términos...».

Y después de la diatriba, vuelve a recomendar a los discretos el estudio de la Historia Militar y a enumerar las virtudes que de ello han de derivarse, en general, para los profesionales de las armas, diciendo²⁰:

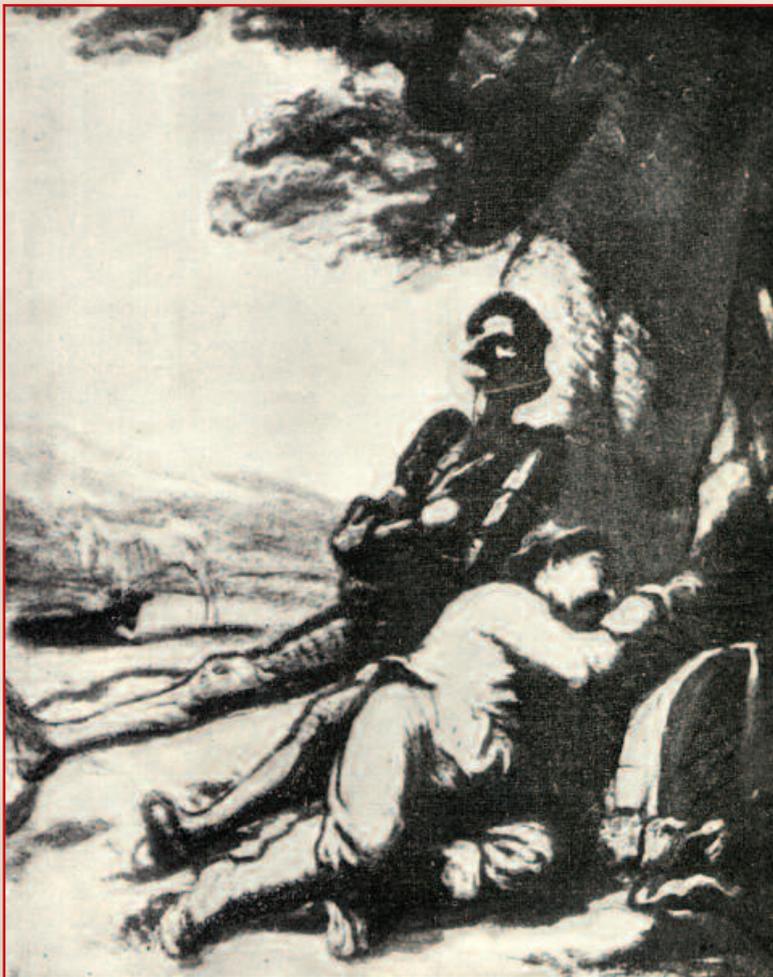
«¡Ea, Señor Don Quijote, duélase de sí mismo y redúzgase al gremio de la discreción, y sepa usar de la mucha que el cielo fue servido de darle, empleando el felicísimo talento de su ingenio en otra lectura que redunde en aprovechamiento de su conciencia y en aumento de su honra! Y si todavía, llevado de su natural inclinación, quisiera leer libros de hazañas y de Caballería, lea en la Sacra Escritura el de los Jueces, que allí hallará verdades grandiosas y hechos tan verdaderos como valientes. Un Viriato tuvo Lusitania; un César, Roma; un Aníbal, Cartago; un Alejandro, Grecia; un Conde Fernán González, Castilla; un Cid, Valencia; un Gonzalo Fernández, Andalucía; un Diego García de Paredes, Extremadura; un Garci Pérez de Vargas, Jerez; un Garcilaso, Toledo; un Manuel de León, Sevilla, cuya lección de sus valerosos hechos puede entretener, enseñar, deleitar y admirar a los *altos* ingenios que los leyesen. Esta sí es lectura digna del buen entendimiento de vuestra merced, señor Don Quijote mío, de la cual saldrá erudito en la historia, enamorado de la virtud, enseñado de la bondad, mejorado en las costumbres, valiente sin temeridad, osado sin cobardía, y todo esto para honra de Dios, provecho suyo y fama de La Mancha, do, según he sabido, trae vuestra merced su principio y origen».



Más ejemplos pudiéramos aducir de la intención militar de *El Quijote*, pues sembradas están sus páginas de sentencias y argumentos en defensa de la profesión militar; pero renunciamos a hacerlo, por no alargar con exceso este artículo, modesto homenaje que hemos querido rendir al príncipe de los ingenios y glorioso mutilado de la más decisiva batalla de la Cristiandad en el cuarto centenario de su nacimiento en la sede de una de nuestras más gloriosas Universidades, como si su sino ya le hubiera marcado al nacer para aunar en su persona e inmortalizar en su nombre tanto a las armas como a las letras.

NOTAS

- ¹ Don Iñigo López de Mendoza, Marques de Santillana. Prólogo de *Los proverbios*.
- ² Ramón León Máinez. *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*. Cádiz, 1876, cap. XXI, pág. 158, nota.
- ³ La Academia y la crítica solvente no admiten hoy que el *Buscapié*, aunque haya existido, deba atribuirse a Cervantes.
- ⁴ José Ibáñez Marín: *Don Quijote y las Armas*. Madrid, 1905.
- ⁵ *Cuerpo enfermo de la milicia española, con discursos y avisos para que pueda ser curado, útiles y de provecho*. Compuesto por el Capitán Marcos de Isaba, castellano de Capua, acabado por el Teniente Miguel Guerrero de Caseda, a cuyo cargo estuvo el castillo de la ciudad de Capua. El cual desea el servicio de Su Majestad, la quietud y reposo de sus súbditos y vasallos y el acrecentamiento y reputación y buena disciplina de esta valerosa nación. Madrid, 1594.
- ⁶ Segunda parte, cap. XXIV.
- ⁷ Primera parte, cap. VI.
- ⁸ No es esa la opinión de Menéndez y Pelayo, que en su introducción a los *Orígenes de la novela* dice que de *Amadís de Gaula* no se conoce edición anterior a 1508, y que los libros de Caballerías más antiguos de que tienen noticias los bibliógrafos son: *Tirant lo Blanch*, Valencia, 1490, y *Baladro del sabio Merlin*, Burgos, 1498.
- ⁹ Don Luis de Ávila y Zúñiga es autor de *Comentarios a las batallas de Carlos V* (Venecia, 1550), y tal vez a esto se refería Cervantes. (*N. del A.*)
- ¹⁰ *Reflexiones militares*, lib. III, cap. III.
- ¹¹ *Cartas a Alfonso XIII*. Carta 2ª, VI. De la Institución y la profesión militar.
- ¹² Segunda parte. Prólogo al lector.
- ¹³ Primera parte, cap. XXXVII.
- ¹⁴ *Art. e Hist.*, cap. XIII.
- ¹⁵ Primera parte, cap. XXXVIII.
- ¹⁶ *De rege et regis institutione*, libro III, cap. V.
- ¹⁷ *Obra cit.*, ídem íd.
- ¹⁸ Primera parte, capítulos XXXIX, XL y XLI.
- ¹⁹ Primera parte, capítulos XLVII, XLVIII y XLIX.
- ²⁰ Primera parte, cap. XLIX. ■



▲ Ilustración del caricaturista francés Daumier

Sumario

Internacional

THE SPANISH GOLDEN AGE OF LETTERS, CERVANTES AND THE SOLDIERLY SPIRIT..... 7

Mario Hernández Sánchez-Barba
Professor of Contemporary History of the Americas.

It is hard to place The Golden Age of Spanish literature within a specified period of years. This century has witnessed the writing of a set of splendid literary works. The main literary work also deemed as the first modern novel is Cervantes' Quixote. The "Quixote" is a far reaching parable of human life reviewed from different viewpoints. The narration relates two very different characters, one an idealist and the other a realist, are in fact the two outlooks that man adopts to face the everyday problems of life. In those days Spanish society showed an unquestionable loyalty to the King and displayed a true soldier's spirit towards the defense of Spain and her territorial expansion as well as promoting her religious ideals. This martial zeal was especially displayed by Saint Ignatius of Loyola, founder of the Company of Jesus, based on the principles of obedience and action to achieve their objectives.

THE CONCEPT OF MAN IN THE "QUIXOTE"..... 11

Ángel Sánchez-Palencia Martí
PhD. Dean of Humanities of the Francisco de Vitoria University.

The author tries to explain the concept of man that exists in Quixote. It is a concept of

man based on the platonic notion of the Spanish Knight, in which the virtue of Arms and the Letters have existed since very early times. This nobleman defends the Christian vision seeking peace not in the absence of conflict but in spiritual harmony, due to his Christian heritage that changes the most noble chivalrous endeavor into an unattainable ideal whose heroic quest paves the way to saintliness and the purpose of life. This is the ideal of man envisaged in the Quixote.

THE MOST MEMORABLE AND GLORIOUS EVENTS OF PAST CENTURIES 18

Francisco Javier Gómez Díez
PhD. History of the Americas. Professor, Pontifical University of Comillas & Professor of History at the Francisco de Vitoria University.

After the middle of the 16th century, the Turks were the virtual masters of the Eastern Mediterranean, thus threatening the Western Mediterranean coasts. In order to face this threat, Pope Pius V formed the Holy League along with Spain and Venice to check the Turkish advance. This was predominantly a maritime Alliance under the command of the Spaniard Juan de Austria made up mainly of Galley type ships. The two fleets clashed on the 7th of October, 1571 and Miguel de Cervantes on board the "Marquesa" showed outstanding courage and gallantry, was wounded thus disabling his left hand.



HOW DON QUIXOTE SET FORTH IN HIS DISCOURSE ON THE ARMS AND THE LETTERS MANDATORY ORDERS AND DOCTRINAL PRINCIPLES SUITABLE IN THOSE TIMES 26

Juan Batista González
Colonel. Artillery (Staff College graduate).

In Quixote's discourse on the Arms and the Letters, a number of military qualities are narrated that must at all times be an essential feature for all professional soldiers. Several of these virtues are to be found in some of the paragraphs pertaining to the current Royal Regulations. On the other hand the author of the article makes his case in favor of the artillery, as Don Quixote does not extol the qualities of this corps, going on to praise the dignified attitude that Cervantes observed during his imprisonment in Algiers. Cervantes is endowed with a great soldierly spirit and is thus not ashamed of his disabled hand, as it evokes the greatest episode of all times and he would rather be rendered an invalid than not have taken part in so glorious a battle.

THE ORIGINS AND THE EXPANSION OF QUIXOTE 35

Justo García Morales
Cervantes Section in the Spanish National Library.

Where was the Quixote written ? What year was it finished in ? How wide was its circulation ? These questions are answered in this article. Cervantes began writing Quixote in the year 1602 in the Seville prison, where he was incarcerated. The work was finished in Toledo or Valladolid in 1605. From that time onwards, its expansion has been astounding, translated into almost all the different languages of the world, while the talents and genius of some of the world's most renowned artists and painters were availed to embellish its pages.

CERVANTES THE SOLDIER 45

Walter Starkie
Director British Institute in Spain

In the Quixote itself as well as other novels written by Cervantes reveal a passion for arms and the martial spirit of its author. Its is mainly in his discourse on the arms and the letters that Cervantes describes the life and the interests of soldiers of those times, which may well be adapted to present day armies, showing us how a humble soldier like himself was able to write everlasting words of enormous universal significance.

CERVANTES AND THE MILITARY PROFESSION 50

Luis Bermúdez de Castro
Major General. Director of the Spanish Army Museum.

The books and plays that flowed from the pens of the great Spanish writers of the Golden Age, throb with a soldierly spirit, consolidated in times when their authors served Spain with their weapons. However no one of these writers exalts the military values in the manner Cervantes does nor have they spread these values all over the world. The secret behind Quixote's universality is in the moral element that lies beneath the entire literary work. The reader who understands the symbolism of the Quixote, finds in its chapters ample room for thought, as he discovers that the literary work is a judicious and silent satire about the injustices in this world.

SAYINGS AND PROVERBS 55

Eduardo Munilla Gómez
Major. Artillery.

A great many sayings and proverbs are to be found in the Quixote that uphold its arguments, simplify its reading and make its dialogues very savory. This article attempts to place some of them under consistent headings. Space limitations preclude the classifica-

tion of all those that appear in these works, about 400 in all. We thus find proverbs relating to coexistence that culminate in comradeship. We also find others about the soul and the matter, on education, gossip, on rewards and punishments. In all of these sayings there is a deep sense of logic with a sententious finale.

THE SPANISH SOUL 62

Miguel Martín Naranjo
Colonel. General Staff.

A characteristic feature of the Spaniard is his duality, a marked contrast. Idealist and positive tendencies merge in his soul. Every Spaniard is two thirds Quixote and one third Sancho, and both figures are believed to be a full blend of our souls. The Spanish soul boasts of four qualities: Dignity, an urge to command, credulity and Christian spirituality.

The author of this article spells out these four qualities seeking them in the enduring literary works of Cervantes, thus reaching the conclusion that it indeed is the Quixote that veritably embodies the soul of the Spanish people.

THE WAY TWO KNIGHTS ERRANT DIED 67

Manuel Lamata Desbertrand
MD. Colonel. Medical Corps

This article deals with close ties that existed between Cervantes and Quixote. Both of them are hard-working and brave. Both were gifted with patience. Both were imprisoned. Both were avid readers and were coherent in their beliefs and at the approach of death both accept their fate with fair words that bear testimony to the kindness that dwells in their hearts.

THE MILITARY PROFESION IN THE LITERARY WORK OF CERVANTES 71

José Joaquín Aguinaga
Major. Artillery.

Cervantes's contribution to military literature does not conclude with his well known "Discourse on Arms and the Letters" from Chapters

XXXVII & XXXVIII from Quixote. In all his works he repeatedly addresses topics dealing with the military profession. In this article light is shed on some of Cervantes's quotations on this subject.

Thus time and again he exalts military qualities; to wage a just war as a source of virtue; to display modesty in courage, cautious restraint; discipline; the Commander's prestige; the virtues of Spanish soldiers which includes arrogance, indomitable determination and tenacity. These allusions made by Cervantes in all his literary works truly define his soldierly spirit.

THE TWO HALVES OF MIGUEL DE CERVANTES 77

José Manuel Martínez Bande
Captain. Artillery.

Cervantes possesses two stances that are radically apart. As an Intellectual and a warrior. At first sight these two approaches seem incompatible but they eventually blend smoothly. What does a civilian require to be a soldier? There are several reasons but above all they are motivated by an admiration for heroism. It is this admiration for a heroic conduct that motivates Cervantes to join as a soldier and fight bravely on several occasions. Only the time he was held captive in Algiers saw an end to his military career. From there onwards he embarked on a new career in the field of arts which by no means was an easy ambition. He achieved success in this field with the publication of the First part of the Ingenious Hidalgo. In the latter as well as in his other literary works he upholds his true martial vocation. The two personalities of Cervantes seem to symbolize his hands, he used his right hand to write (fantasy) in deference to his left hand (action) that was disabled by a harquebus shot at Lepanto.

THE HAPLESS ADVENTURES OF THE GREAT KNIGHT 83

Luis Martínez Kleiser of the Royal Spanish Academy.

Don Quixote is a great admirer of peace and states that peace is the ultimate purpose



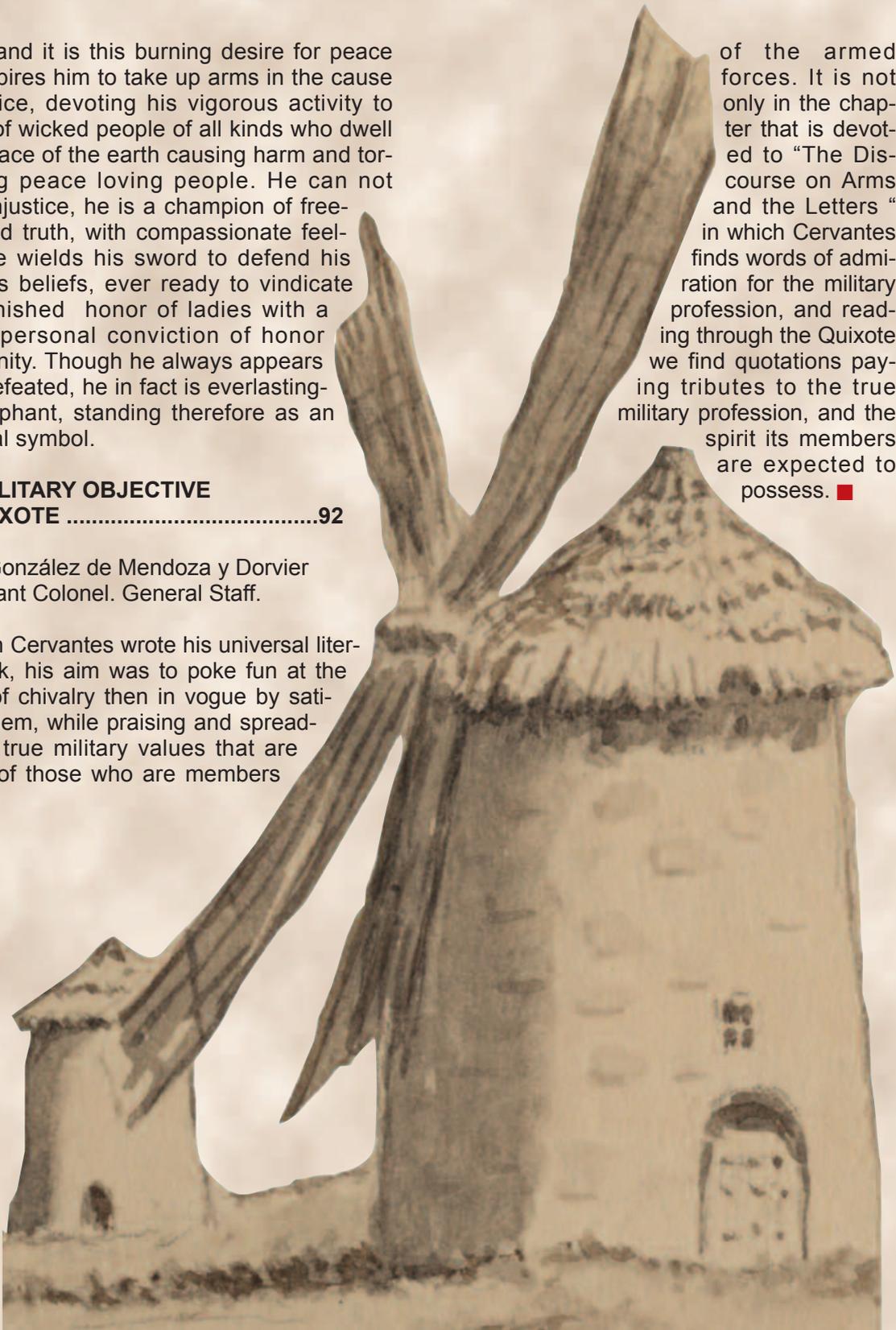
of war and it is this burning desire for peace that inspires him to take up arms in the cause of justice, devoting his vigorous activity to get rid of wicked people of all kinds who dwell on the face of the earth causing harm and tormenting peace loving people. He can not stand injustice, he is a champion of freedom and truth, with compassionate feelings, he wields his sword to defend his religious beliefs, ever ready to vindicate the tarnished honor of ladies with a strong personal conviction of honor and dignity. Though he always appears to be defeated, he in fact is everlastingly triumphant, standing therefore as an immortal symbol.

**THE MILITARY OBJECTIVE
OF QUIXOTE92**

Ángel González de Mendoza y Dorvier
Lieutenant Colonel. General Staff.

When Cervantes wrote his universal literary work, his aim was to poke fun at the books of chivalry then in vogue by satirizing them, while praising and spreading the true military values that are worthy of those who are members

of the armed forces. It is not only in the chapter that is devoted to "The Discourse on Arms and the Letters" in which Cervantes finds words of admiration for the military profession, and reading through the Quixote we find quotations paying tributes to the true military profession, and the spirit its members are expected to possess. ■



«Tanta alcanza
de fama el
buen soldado
cuanto tiene de
obediencia a sus
capitanes y a los
que mandar le
pueden»



«Al soldado
mejor le está oler
a pólvora que a
algalia»



Archivo Cartográfico y Estudios Geográficos

«Más hermoso parece el soldado muerto



«No hace menos el soldado que pone en ejecución lo que su capitán le manda que el mismo capitán que se lo ordena»



«Va que la guerra no dé muchas riquezas, suele dar mucho valor y mucha fama»

en la batalla que sano en la huida»

